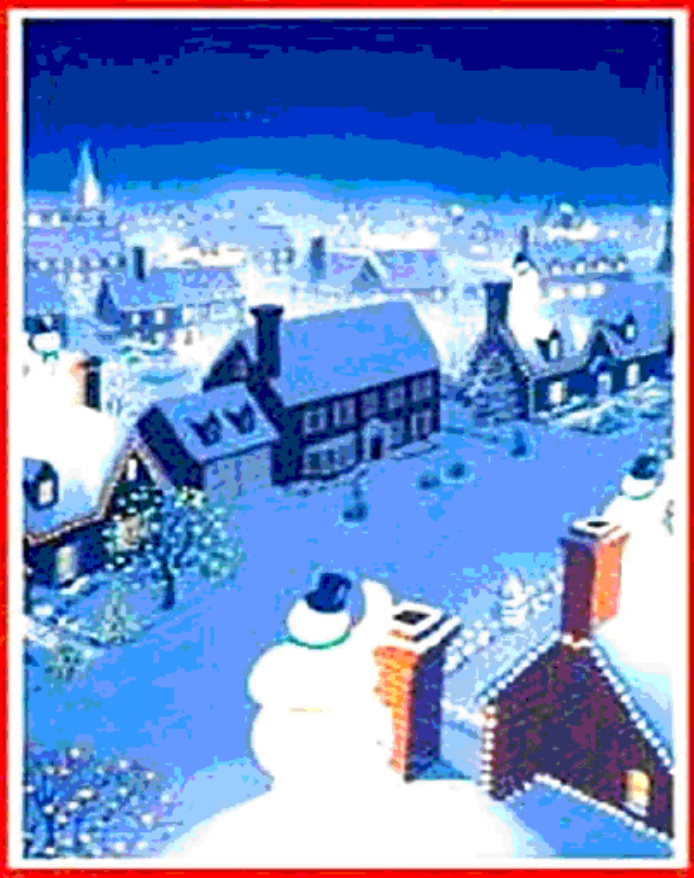
UNA NAVIDAD DIFERENTE
JOHN GRISHAM

JOHN GRISHAM



Una Navidad Diferente

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Junto a la puerta se apretujaban los cansados viajeros, casi todos ellos de pie y apoyados contra las paredes, pues las escasas sillas de plástico ya llevaban mucho tiempo ocupadas. Todos los aparatos que iban y venían transportaban por lo menos cien pasajeros, y sin embargo sólo había sillas para unas pocas docenas.

Al parecer, había mil esperando el vuelo de las siete de la tarde con destino a Miami. Iban todos muy abrigados y tremendamente cargados, y tras haber luchado a brazo partido contra el tráfico, el mostrador de embarque y las multitudes del vestíbulo, parecían más bien apagados. Era el martes anterior al Día de Acción de Gracias, la jornada más ajetreada del año en viajes aéreos y, mientras se abrían paso a codazos en medio de las apreturas para congregarse en la puerta, muchos de ellos se preguntaban, y no por primera vez, por qué demonios habrían elegido justo aquel día para tomar un avión. Las razones eran muy variadas e irrelevantes en aquel momento. Algunos procuraban sonreír. Otros intentaban leer, pero la aglomeración y el ruido se lo impedían.

Otros se limitaban a mirar el suelo y a esperar. Cerca, un escuálido Papá Noel negro hacía repicar una molesta campana y entonaba unos monótonos saludos de vacaciones.

Se acercó una reducida familia y, tras comprobar el número de la puerta y la cantidad de gente que había, sus componentes se detuvieron en el extremo del vestíbulo e iniciaron la espera. La hija era una joven bonita. Se llamaba Blair y era evidente que se tenía que ir. Sus padres, no. Los tres contemplaron la muchedumbre y, en aquel momento, también se preguntaron en silencio por qué razón habrían elegido precisamente aquel día para viajar. Las lágrimas ya se les habían terminado, por lo menos casi todas. Blair tenía veintitrés años, acababa de terminar sus estudios universitarios con un estupendo expediente, pero aún no estaba preparada para ponerse a trabajar. Un amigo de la universidad se encontraba en África con el Cuerpo de Paz y semejante circunstancia le había inspirado la idea de dedicar los dos años siguientes de su vida a ayudar a los demás. Su destino era la zona oriental de Perú, donde enseñaría a leer a los niños de las comunidades indígenas. Se alojaría en un cobertizo sin agua, electricidad ni teléfono, y se moría de ganas de empezar su viaje.

El vuelo la llevaría a Miami, desde donde se trasladaría a Lima, y después viajaría a otro siglo, recorriendo por espacio de tres días las montañas en autocar. Por primera vez en su joven y protegida vida, Blair pasaría las Navidades lejos de casa. Su madre le comprimió la mano y procuró ser fuerte. Todos los adioses ya se habían dicho.

-¿Estás segura de que es eso lo que quieres? -le habían preguntado por centésima vez.

Luther, su padre, estudió a la muchedumbre frunciendo el entrecejo. Qué locura, pensó. Las había dejado en el bordillo y se había ido a aparcar a varios kilómetros de distancia en un aparcamiento satélite. Un autobús abarrotado de gente lo había devuelto a Salidas y, desde allí, se había abierto camino a codazos con su mujer y su hija hasta aquella puerta. La partida de Blair lo entristecía y detestaba todo aquel enjambre de gente. Estaba de muy

mal humor. Las cosas le irían peor a Luther a partir de aquel momento. Aparecieron los agotados agentes de la puerta y los pasajeros iniciaron su lento avance. Se hizo el primer anuncio, el que pedía que los ancianos y los pasajeros de primera clase se situaran delante.

Los empujones y los codazos se desplazaron al siguiente nivel.

-Creo que será mejor que nos vayamos -le dijo Luther a su única hija.

Se volvieron a abrazar y procuraron reprimir las lágrimas. Blair sonrió diciendo:

-El año pasará volando. Estaré en casa las próximas Navidades.

Nora, su madre, se mordió el labio, asintió con la cabeza y la volvió a besar.

-Ten mucho cuidado, por favor -le dijo sin poder evitarlo.

-No pasará nada.

La soltaron y la contemplaron con impotencia mientras se incorporaba a una larga cola y se iba alejando poco a poco de ellos, de su casa, de la seguridad y de todo lo que había conocido hasta entonces. En el momento de entregar la tarjeta de embarque, Blair se volvió y les dirigió una última sonrisa.

-En fin -dijo Luther-. Ya basta. No le ocurrirá nada.

Nora no supo qué decir mientras contemplaba desaparecer a su hija. Dieron media vuelta y se mezclaron con el tráfico peatonal, una larga marcha por el abarrotado vestíbulo, pasando por delante de Papá Noel con su molesta campanita y por delante de las minúsculas tiendas llenas a rebosar de gente. Estaba lloviendo cuando salieron de la terminal y localizaron la cola para el autobús que los llevaría al aparcamiento satélite, y diluviaba cuando el autobús cruzó chapoteando el aparcamiento y los dejó a doscientos metros de su automóvil. Luther tuvo que pagar siete dólares para librarse y librar su automóvil de la codicia de la autoridad del aeropuerto.

Nora habló finalmente cuando ya se habían puesto en marcha para regresar a la ciudad.

-¿Tú crees que no le ocurrirá nada? -preguntó.

Él había oído tantas veces aquella pregunta que su respuesta fue un gruñido automático.

-Seguro que no.

-¿De veras lo crees?

-Pues claro.

Tanto si lo creía como si no, ¿qué más daba a aquellas alturas?

No sabía si su mujer estaba llorando o no, pero la verdad era que le daba igual. Lo único que quería Luther era regresar a casa, secarse bien, sentarse junto al fuego y ponerse a leer una revista.

Se encontraban a algo más de tres kilómetros de casa cuando ella anunció:

-Necesito unas cuantas cosas del colmado.

-Está lloviendo -dijo él.

-Pero, así y todo, las necesito.

-¿No puedes esperar?

-Tú quédate en el coche. Sólo tardo un minuto. Vamos al Chip's.

Y él se dirigió al Chip's, un lugar que no soportaba, no sólo por sus exorbitantes precios, sino también por su imposible ubicación.

Seguía lloviendo, naturalmente, pero ella no podía irse a un Kroger, donde aparcabas y efectuabas rápidamente una compra. No, quería el Chip's, donde aparcabas y te tenías que pegar una caminata.

Sólo que a veces ni siquiera podías aparcar. Los aparcamientos estaban llenos. Los carriles para vehículos de emergencia estaban atestados de coches. Se tuvo que pasar diez minutos buscando infructuosamente antes de que Nora le dijera:

-Déjame junto al bordillo.

Estaba irritada por su incapacidad de encontrar un lugar apropiado.

Él aparcó en un espacio, cerca de una hamburguesería, y le dijo:

-Dame la lista.

-Voy yo -dijo ella, pero sólo por pura fórmula. Luther caminaría bajo la lluvia y ambos lo sabían.

-Dame la lista.

-Sólo chocolate blanco y una libra de pistachos -dijo ella, lanzando un suspiro de alivio.

-¿Nada más?

-Nada más, pero mira que el chocolate sea de la marca Logan's, una tableta de cuatrocientos gramos, y que los pistachos sean de Lance Brothers.

-¿Y eso no puede esperar?

-No, Luther, no puede esperar. Tengo que preparar un postre para la comida de mañana. Si no quieres ir, te callas y voy yo.

Luther cerró violentamente la portezuela. Su tercer paso lo llevó a un bache. El agua fría le empapó el tobillo derecho y se filtró rápidamente al interior de su zapato.

Se quedó momentáneamente petrificado y contuvo la respiración, después se apartó de puntillas, tratando desesperadamente de descubrir otros charcos mientras esquivaba el tráfico.

Chip's creía en los precios elevados y las rentas moderadas. Se encontraba situado en una calle lateral y lo cierto era que no resultaba visible desde ningún sitio.

A su lado había una licorería regentada por un europeo de ignorada procedencia que afirmaba ser francés, pero que, según los rumores, era húngaro. Hablaba un inglés espantoso, pero había aprendido el idioma del timo en los precios. Lo había aprendido seguramente del Chip's de la puerta de al lado. En realidad, todas las tiendas del barrio procuraban practicar la discriminación, tal como todo el mundo sabía.

Y todas estaban llenas. Otro Papá Noel le estaba dando a la misma campanilla en el exterior de la quesería. 'Rudolph, el reno de la nariz colorada' matraqueaba a través de un altavoz oculto por encima de la acera delante de Madre Tierra, cuya ecológica clientela seguramente seguía calzando sandalias. Luther aborrecía aquella tienda y se negaba a poner los pies en ella. Nora compraba allí hierbas orgánicas, pero él no sabía muy bien por qué. El viejo propietario mexicano del estanco estaba adornando alegremente

su escaparate con lucecitas; una pipa asomaba por la comisura de su boca y el humo se perdía a su espalda y un árbol de mentirijillas ya había sido cubierto por una capa de nieve de mentirijillas. Cabía la posibilidad de que aquella noche nevara de verdad. Los compradores no perdían el tiempo y entraban y salían a toda prisa de las tiendas. El calcetín del pie derecho de Luther ya se había congelado sobre su tobillo.

No había cestas de compra junto a los puntos de control del Chip's, lo cual era naturalmente una mala señal. Luther no necesitaba ninguna, pero semejante circunstancia significaba que la tienda estaba abarrotada de gente. Los pasillos eran estrechos y los productos estaban expuestos de tal manera que nada tenía sentido. Cualquier cosa que tuvieras en la lista, tenías que cruzar media docena de veces el establecimiento para efectuar la compra. Un reponedor estaba trabajando sin desmayo en un expositor de chocolatinas navideñas. Un letrero, junto a la sección de carnicería, rogaba a los buenos clientes que efectuaran de inmediato sus pedidos de pavos navideños. ¡Ya habían llegado los nuevos vinos navideños!

¡Y los jamones navideños!

«Qué lástima -pensó Luther-.

¿Por qué comemos y bebemos tanto para celebrar el nacimiento de Cristo?« Encontró los pistachos al lado de las nueces. Semejante lógica era insólita en el Chip's.

El chocolate blanco no estaba en la sección de bollería, por lo que Luther masculló una maldición y echó a andar por el pasillo, mirándolo todo. Un carrito de la compra le propinó un golpe. No hubo disculpas, pues nadie se dio cuenta. Desde arriba sonaba la melodía 'Dios os conceda la paz, joviales caballeros', como si Luther necesitara que alguien lo consolara. Parecía Frosty, el muñeco de nieve. Dos pasillos más allá, al lado de toda una selección de arroces de todo el mundo, había un estante de chocolates a la taza. Se acercó un poco más y distinguió una tableta de cuatrocientos gramos de la marca Logan's. Un paso más y la tableta desapareció de repente, arrebatada por una mujer de aire malhumorado que ni siquiera se había percatado de su presencia. El pequeño espacio reservado a la marca Logan's quedó vacío y en su siguiente momento de desesperación, Luther no vio ni rastro de chocolate blanco.

Mucho chocolate de cacao puro o con leche y cosas por el estilo, pero nada de chocolate blanco.

Como es natural, la cola de entrega a domicilio era más lenta que las otras dos. Los descarados precios de Chip's obligaban a los clientes a comprar en pequeñas cantidades, pero ello no ejercía el menor efecto en la velocidad a la que éstos entraban y salían. Cada producto era levantado, examinado e introducido manualmente en la caja por una antipática cajera. La posibilidad de que un empleado te llenara las bolsas era una lotería, si bien en la época navideña éstos cobraban vida con sonrisas, entusiasmo y una sorprendente memoria para recordar los apellidos de los clientes. Era la época de las propinas, otro desagradable aspecto de la Navidad que Luther aborrecía con toda su alma. Seis dólares y pico por cuatrocientos gramos de pistachos. Apartó a un lado a un solícito empleado que se los iba a colocar en una bolsa y, por un instante, temió verse obligado a propinarle un tortazo para impedir que sus queridísimos pistachos fueran a parar a otra bolsa. Se los guardó en el bolsillo del abrigo y abandonó rápidamente la tienda.

Un numeroso grupo de personas se había congregado para contemplar cómo el viejo mexicano adornaba el escaparate de su estanco. El hombre estaba conectando el enchufe de unos pequeños robots que avanzaban penosamente a través de la falsa nieve ante el regocijo de los espectadores. Luther no tuvo más remedio que bajar del bordillo y, al hacerlo, cayó justo a la derecha en lugar de justo a la izquierda.

Su pie izquierdo se hundió doce centímetros en un frío charco. Se quedó paralizado una décima de segundo mientras sus pulmones retenían una bocanada de aire frío y él maldecía al viejo mexicano, a sus robots, a sus admiradores y los malditos pistachos. Tiró del pie hacia arriba y se arrojó agua sucia sobre la pernera del pantalón.

Mientras permanecía de pie en el bordillo, la campana repicaba con estridencia, el altavoz sonaba a todo volumen, 'Papá Noel ha llegado a la ciudad', y los juerguistas bloqueaban la acera, Luther empezó a aborrecer la Navidad. Cuando llegó a su automóvil, el agua se le había filtrado hasta los dedos de los pies.

-No había chocolate blanco -le dijo entre dientes a su mujer mientras se sentaba al volante. Ella se estaba enjugando los ojos.

-¿Y ahora qué ocurre? -le preguntó.

-Acabo de hablar con Blair.

-¿Qué? ¿Cómo? ¿Le ha ocurrido algo?

-Ha llamado desde el avión.

Está bien.

Nora se mordió el labio, tratando de recuperar el aplomo. «¿Cuánto debía de costar llamar a casa desde nueve mil metros de altura?«, se preguntó Luther. Había visto teléfonos en los aviones. Se podía utilizar cualquier tarjeta de crédito. Blair disponía de una que él le había dado, de esas cuyas facturas se envían a papá y mamá. Desde un móvil de allí arriba a un móvil de aquí abajo, probablemente diez dólares por lo menos. ¿Y para qué? Estoy bien, mamá.

Llevo sin verte casi una hora.

Todos nos queremos mucho. Todos nos echamos de menos. Tengo que dejarte, mami.

El motor estaba girando, pero él no recordaba haberlo puesto en marcha.

-¿Te has olvidado del chocolate blanco? -preguntó Nora, plenamente recuperada.

-No, no me he olvidado. Es que no había.

-¿No le has preguntado a Rex?

-¿Quién es Rex?

-El carnicero.

-Pues no, Nora, no sé por qué motivo no se me ha ocurrido preguntarle al carnicero si tenía alguna tableta de chocolate blanco escondida entre sus chuletas y sus hígados.

Nora tiró con toda la rabia que pudo de la manija de la portezuela.

-Lo necesito. Gracias por nada.

Y se fue.

«Espero que pises un charco de agua helada», murmuró Luther para sus adentros. Estaba furioso y soltó otros tacos. Dirigió las salidas de la calefacción hacia el suelo del vehículo para que se le deshelaran los pies y después se dedicó a contemplar a los gordinflones que entraban y salían de la hamburguesería. El tráfico estaba atascado en las calles de más allá.

«Qué bonito hubiera sido poder saltarse la Navidad -empezó a pensar-. Un chasquido de los dedos y estamos a dos de enero. Ni árboles ni compras ni regalos absurdos ni propinas ni aglomeraciones, ni envolturas de paquetes, ni tráfico ni muchedumbres, ni tartas de fruta, ni licores ni jamones que nadie necesitaba, ni 'Rudolph' ni Frosty, ni fiesta en el despacho, ni dinero malgastado.« Su lista era cada vez más larga.

Se echó sobre el volante con una sonrisa en los labios, esperando el calor de abajo mientras soñaba dulcemente con la fuga.

Nora ya estaba de vuelta con una bolsita marrón que depositó al lado de su marido con el suficiente cuidado como para que no se rompiera la tableta de chocolate y él se enterara de que ella lo había encontrado y él no.

-Todo el mundo sabe que hay que preguntar -dijo secamente mientras tiraba bruscamente de la correa de su bolso.

-Curiosa manera de vender -musitó Luther, haciendo marcha atrás-. Lo escondes en la carnicería, haces que escasee y la gente lo pide a gritos. Estoy seguro de que le aumentan el precio cuando lo tienen escondido.

-Vamos, cállate ya, Luther.

-¿Te has mojado los pies?

-No. ¿Y tú?

-Tampoco.

-Pues entonces, ¿por qué me lo preguntas?

-Estaba preocupado.

-¿Crees que no le pasará nada?

-Está a bordo de un avión.

Acabas de hablar con ella.

-Quiero decir allí abajo, en la selva.

-Deja de preocuparte, mujer.

El Cuerpo de Paz no la enviaría a un lugar peligroso.

-No será lo mismo.

-¿Qué?

-La Navidad.

«Por supuesto que no», estuvo casi a punto de decir Luther. Y lo más curioso fue que empezó a sonreír mientras se abría paso a través del tráfico.

2

Con los pies tostados y enfundados en unos gruesos calcetines de lana, Luther se quedó rápidamente dormido y despertó todavía más rápido. Nora estaba trajinando por la casa. La oyó en el cuarto de baño accionando el botón de la cisterna del escusado y los interruptores de la luz; después se fue a la cocina donde se preparó una infusión de hierbas, bajó por el pasillo para

dirigirse a la habitación de Blair, donde debió de contemplar las paredes y preguntarse lloriqueando cómo habían pasado los años. Después regresó a la cama, dio varias vueltas y tiró de los cobertores, tratando por todos los medios de despertarlo. Quería diálogo, una caja de resonancia. Quería que Luther le asegurara que su Blair estaba a salvo de los horrores de la selva peruana. Pero Luther estaba paralizado, no movía ni una sola articulación y respiraba lo más ruidosamente posible porque, como volviera a iniciarse el diálogo, la cosa se prolongaría varias horas. Fingió roncar y eso la hizo desistir de su intento. Pasadas las once ella se calmó.

Luther estaba muy nervioso y le ardían los pies. Cuando estuvo absolutamente seguro de que ella se había quedado dormida, se levantó de la cama, se quitó los gruesos calcetines, los arrojó a un rincón y bajó de puntillas por el pasillo hacia la cocina para tomarse un vaso de agua y después una taza de café descafeinado. Una hora más tarde se encontraba en su despacho del sótano sentado junto a su escritorio con unas carpetas abiertas, el ordenador encendido y unas hojas de cálculo en la impresora, tratando de encontrar pruebas cual si fuera un investigador. Luther era asesor fiscal y, por consiguiente, sus archivos eran muy meticulosos. Las pruebas eran tan abundantes que se olvidó del sueño. Un año atrás, la familia de Luther Krank se había gastado 6.100 dólares por Navidad. ¡6.100 dólares! 6.100 dólares en adornos, luces, flores, un nuevo muñeco de nieve y un abeto de Canadá. 6.100 dólares en jamón, pavos, pecanas, quesadillas y pastelillos que nadie se comía. 6.100 dólares en vinos y licores y puros habanos para repartir en el despacho. 6.100 dólares en tartas de fruta de los bomberos y calendarios del sindicato de la policía y bombillas del servicio de salvamento. 6.100 dólares en un jersey de lana de cachemira para Luther que éste aborrecía en su fuero interno y una chaqueta deportiva que sólo se había puesto un par de veces y un billetero de piel de avestruz que era muy caro y muy feo, y cuyo tacto le resultaba francamente desagradable. 6.100 dólares en un vestido que Nora se puso para la fiesta navideña de la empresa y un jersey de lana de cachemira que nadie había vuelto a ver desde que ella desenvolvió el paquete, y un pañuelo de un diseñador que le encantaba. 6.100 dólares en un abrigo, unos guantes y unas botas para Blair y un 'walkman' para cuando hacía 'jogging' y, naturalmente, el móvil más plano recién salido al mercado.

6.100 dólares en regalos de inferior cuantía para un selecto puñado de parientes lejanos, casi todos ellos de la parte de Nora. 6.100 dólares en tarjetas navideñas de una papelería situada tres puertas más abajo del Chip's, en el barrio donde todos los precios duplicaban los de otras zonas. 6.100 dólares para la Fiesta, el festorro anual de Nochebuena en la residencia de los Krank. ¡ 6.100 dólares! ¿Y qué quedaba de todo aquello? Tal vez uno o dos objetos útiles, pero poco más.

Con sumo deleite, Luther calculó los daños como si el causante de los mismos fuera otro. Todas las pruebas concordaban a la perfección y constituían un conjunto de acusaciones tremendo.

Rebuscó un poco al final, donde había reunido las sumas destinadas a obras benéficas. Donativos a la Iglesia, para la campaña de recogida de juguetes, para el hogar de los «sin techo» y el banco de alimentos. Pero pasó rápidamente por la beneficencia y regresó de inmediato a la horrenda conclusión:

6.100 dólares para la Navidad.

-El doce por ciento de mis ingresos brutos -dijo con incredulidad-. Seis mil cien dólares. En efectivo. Nada menos que seis mil cien dólares no deducibles. En su aflicción, hizo algo que raras veces hacía. Luther alargó la mano hacia la botella de coñac que guardaba en el cajón de su escritorio e ingirió unos cuantos tragos.

Durmió de tres a seis y cobró nuevamente vida mientras se duchaba. Nora estaba empeñada en servirle café y gachas de avena, pero Luther no quiso nada de todo aquello. Leyó el periódico, se rió con las tiras cómicas, le aseguró un par de veces que Blair se lo estaba pasando bomba y después le dio un beso y regresó corriendo a su despacho como si tuviera que cumplir una misión. La agencia de viajes estaba ubicada en el vestíbulo del edificio de Luther. Pasaba por delante de ella por lo menos dos veces al día y raras veces echaba un vistazo a los anuncios de playas, montañas, veleros y pirámides. La agencia era para los afortunados que podían viajar. Luther jamás había salido del país y, de hecho, jamás se le había ocurrido pensarlo. Sus vacaciones consistían en cinco días en la playa en el chalé de un amigo y, con la cantidad de trabajo que él tenía, podían darse por satisfechos si conseguían disfrutar de eso por lo menos.

Se marchó justo pasadas las diez. Utilizó la escalera para no tener que dar explicaciones y cruzó rápidamente la puerta de Regency Travel. Biff lo estaba esperando.

Biff lucía una impresionante flor en el pelo y un sedoso bronceado, y daba la impresión de haberse dejado caer unas cuantas horas por la tienda entre playa y playa. Su atractiva sonrisa obligó a Luther a detenerse en seco y sus primeras palabras lo dejaron estupefacto:

-Usted necesita un crucero -le dijo.

-¿Cómo lo sabe? -consiguió replicar con un hilillo de voz.

Ella le tendió la mano, tomó la suya, se la estrechó y lo acompañó a su alargado escritorio, donde lo acomodó a un lado del mismo mientras ella se sentaba al otro. Largas y bronceadas piernas, observó Luther. Piernas de playa.

-Diciembre es la mejor época del año para un crucero -empezó diciendo, pero Luther ya estaba convencido.

Los folletos cayeron como un torrente. Ella los desplegó sobre el escritorio ante la soñadora mirada de Luther.

-¿Trabaja usted en el edificio? -preguntó, acercándose como el que no quiere la cosa a la cuestión del dinero.

-Wiley & Beck, sexta planta -contestó Luther sin apartar los ojos de los palacios flotantes y las interminables playas.

-¿Especialistas en fianzas judiciales?

Luther se echó imperceptiblemente hacia atrás.

-No. Asesores fiscales.

-Perdón -dijo ella, lamentando el comentario. La pálida piel, las oscuras ojeras, el conservador traje cruzado azul oscuro con una mala imitación de corbata de colegio de pago. Hubiera tenido que comprenderlo. En fin, pensó, alargando la mano hacia otros folletos todavía más relucientes-. Me parece que no tenemos muchos clientes de su despacho.

-No solemos hacer muchas vacaciones. Demasiado trabajo. Me gusta éste de aquí.

-Excelente elección.

Se decidieron por el 'Island Princess', una impresionante mole nueva todavía por estrenar, con camarotes para seis mil personas, una docena de piscinas, cuatro casinos, cinco comidas al día, ocho escalas en el Caribe, la lista era interminable. Luther salió con un montón de folletos y regresó subrepticiamente a su despacho de seis pisos más arriba.

La emboscada se planeó con sumo cuidado. Primero, trabajó hasta muy tarde, lo cual no era en modo alguno insólito, pero en cualquier caso lo ayudaría a preparar el escenario de la velada. Tuvo suerte con el tiempo, porque seguía siendo desapacible. Le costaba entrar en el espíritu de la época estando los cielos tan húmedos y encapotados.

Y le resultaba mucho más fácil soñar con diez lujosos días tumbado bajo el sol. Si Nora no se estuviera preocupando por Blair, conseguiría convencerla. Se limitaría a comentar alguna terrible noticia acerca de un nuevo virus o quizás otra matanza en una aldea colombiana, y eso bastaría para encauzarla por el camino que él quería. La cuestión era apartar su mente de las alegrías de la Navidad. No va a ser lo mismo sin Blair, ¿verdad?

¿Por qué no nos tomamos un respiro este año? Vamos a escondernos. A fugarnos.

Nos daremos el gusto.

Como era de esperar, Nora estaba pensando en la selva. Lo abrazó sonriendo y procuró disimular que había estado llorando. Su jornada había transcurrido razonablemente bien. Había sobrevivido al almuerzo de las señoras y se había pasado un par de horas en el hospital infantil como parte de su apretado programa de voluntariado.

Mientras ella calentaba la pasta, Luther introdujo un CD de reggae en el estéreo, pero no pulsó 'play'. La elección del momento era fundamental. Se pasaron un rato hablando de Blair y, poco después de empezar a cenar, Nora abrió la puerta de par en par.

-Van a ser unas Navidades muy distintas, ¿verdad, Luther?

-Pues sí -contestó tristemente él, tragando saliva-. Nada será igual.

-Por primera vez en veintidós años, ella no estará aquí con nosotros.

-Hasta podría resultar deprimente. Suelen producirse muchas depresiones en Navidad, ¿sabes?

Luther se tragó rápidamente el bocado y su tenedor se quedó en suspenso en el aire.

-Me encantaría saltarme estas fiestas -dijo ella bajando la voz al final.

Luther se echó hacia atrás y ladeó su oído sano hacia ella.

-¿Qué ocurre? -preguntó Nora.

-¡Vaya! -exclamó teatralmente Luther, empujando su plato hacia delante-.

Ahora que lo dices.

Quería comentarte una cosa.

-Termínate la pasta.

-Ya he terminado -anunció él, poniéndose en pie de un salto.

Tenía la cartera de documentos al alcance de la mano y la tomó.

-¿Qué estás haciendo, Luther?

-Tú espera. -Se situó al otro lado de la mesa, sosteniendo unos papeles en ambas manos-. Ésta es la idea que se me ha ocurrido -dijo con orgullo-. Y es brillante.

-¿Por qué será que estoy tan nerviosa?

Él desplegó una hoja de cálculo y empezó a señalar con el dedo.

-Eso, querida, es lo que hicimos las pasadas Navidades. Nos gastamos seis mil cien dólares por Navidad. Seis mil cien dólares.

-Ya te he oído la primera vez.

-Y no nos sirvió prácticamente de nada. Buena parte del dinero se malgastó. Se despilfarró. Y en ello no se incluye el tiempo que yo perdí, el tiempo que tú perdiste, el tráfico, la tensión, la preocupación, las discusiones, el rencor, la pérdida de sueño... todas esas cosas tan horribles que arrojamos en la época de fiestas.

-¿Adónde quieres ir a parar?

-Gracias por preguntármelo.

-Luther soltó las hojas de cálculo y, con la rapidez de un mago, le mostró a su mujer el 'Island Princess'. Los folletos cubrían toda la mesa-. ¿Me preguntas que adónde quiero ir a parar con todo eso, querida? Pues al Caribe. Diez días y diez noches de absoluto lujo en el 'Island Princess', el buque de cruceros más lujoso del mundo. Las Bahamas, Jamaica, Puerto Rico; ah, espera un momento.

Luther corrió al estudio, pulsó el botón de 'play', esperó a que sonaran los primeros compases, ajustó el volumen y regresó a la cocina, donde Nora estaba examinando un folleto.

-¿Qué es eso? -preguntó su mujer.

-Reggae, la música que escucharemos allí abajo. Pero bueno, ¿dónde estaba?

-Estabas saltando de isla en isla.

-Ah, sí, practicaremos el submarinismo en el Gran Caimán, recorreremos a pie las ruinas mayas en Cozumel, practicaremos el surf en las islas Vírgenes. Diez días, Nora, diez días fabulosos.

-Tendré que adelgazar un poco.

-Los dos nos pondremos a régimen. ¿Qué dices?

-¿Dónde está el truco?

-El truco es muy sencillo.

Nos saltamos las Navidades. Ahorramos dinero y, por una vez, nos lo gastamos en nosotros mismos. Ni un céntimo para comida que no vamos a comer o ropa que no nos vamos a poner o regalos que maldita la falta que hacen. Es un boicot, Nora, un boicot completo a la Navidad.

-Me parece horrible.

-No, es maravilloso. Y sólo por un año. Vamos a tomarnos un respiro. Blair no está aquí. Regresará el año que viene y entonces podremos regresar al caos de la Navidad, si eso es lo que tú quieres. Vamos, Nora, por favor.

Nos saltamos la Navidad, ahorramos dinero y nos pasamos diez días chapoteando en el Caribe.

-¿Cuánto costará?

-Tres mil dólares.

-¿O sea que ahorraremos dinero?

-Un montón.

-¿Cuándo nos vamos?

-Al mediodía del día de Navidad.

Se miraron largo rato el uno al otro.

El pacto se selló en la cama, con la televisión encendida pero con el sonido apagado, con toda una serie de revistas diseminadas sobre las sábanas, todas sin leer, y los folletos al alcance de la mano en la mesilla de noche. Luther estaba echando un vistazo a un periódico de economía, pero apenas leía nada. Nora sostenía una edición de bolsillo en las manos, pero no pasaba las páginas. La causa de la ruptura habían sido los donativos benéficos. Ella se negaba en redondo a suprimirlos o a saltárselos, tal como Luther insistía en decir. Nora había accedido a regañadientes a no comprar regalos. Había llorado ante la idea de no poner un árbol, a pesar de que Luther le había recordado sin piedad los gritos que se pegaban el uno al otro cada Navidad a la hora de adornar el maldito trasto. ¿Y no pondrían ningún muñeco de nieve en el tejado cuando todas las casas de la calle lo tenían?

Lo cual trajo a colación el tema del ridículo que harían en público.

¿No los despreciarían por saltarse la Navidad?

Y qué, había replicado Luther una y otra vez. Puede que sus amigos y vecinos los censuraran al principio, pero en su fuero interno arderían de envidia. Diez días en el Caribe, Nora, le repetía una y otra vez. Sus amigos y vecinos no se reían cuando sacaban la nieve a paletadas, ¿verdad? Los espectadores no se burlarán cuando nosotros estemos tumbados al sol y ellos se pongan morados de pavo y de salsa.

No esbozarán relamidas sonrisas cuando nosotros regresemos esbeltos y bronceados y no temamos abrir el buzón de las cartas. Nora raras veces lo había visto tan decidido. Luther destruyó metódicamente todos sus argumentos uno a uno, hasta que no quedaron más que los donativos.

-¿Vas a permitir que seiscientos puñeteros dólares se interpongan entre nosotros y un crucero por el Caribe? -preguntó Luther acentuando el sarcástico tono de su voz.

-No, eso eres tú quien lo hace -le replicó fríamente ella.

Acto seguido, se fueron cada cual a su rincón y se esforzaron en leer. Pero, al cabo de una tensa y silenciosa hora, Luther empujó las sábanas hacia abajo, se quitó de un tirón los calcetines de lana y dijo:

-Muy bien pues. Vamos a hacer los mismos donativos que el año pasado, pero ni un centavo más.

Ella arrojó la edición de bolsillo y le echó los brazos al cuello. Se abrazaron y se besaron y después ella alargó la mano hacia los folletos.

3

Aunque el plan había sido de Luther, Nora fue la primera en ser puesta a prueba. La llamada se produjo el viernes por la mañana, al día siguiente del Día de Acción de Gracias, y la hizo un sujeto un tanto quisquilloso que no le resultaba demasiado simpático.

Se llamaba Aubie y era el propietario de La Semilla de Mostaza, una pretenciosa y pequeña papelería con un nombre un poco tonto y unos precios exorbitantes. Después de los saludos de rigor, Aubie fue directamente al grano.

-Estoy un poco preocupado por sus tarjetas navideñas, señora Krank -dijo, adoptando un aire de profunda inquietud.

-¿Y por qué está preocupado?

-le preguntó Nora.

No le gustaba ser acosada por un tendero malhumorado que apenas le dirigía la palabra el resto del año.

-Bueno pues, porque usted siempre elige las felicitaciones más bonitas, señora Krank, y tenemos que hacer los pedidos ahora.

No se le daban muy bien las adulaciones. A todos los clientes les soltaba la misma frase.

Según la auditoría de Luther, La Semilla de Mostaza les había cobrado la Navidad anterior trescientos dieciocho dólares en concepto de felicitaciones navideñas, cosa que en aquellos momentos resultaba un poco grotesca. No era una suma muy elevada, pero ¿qué recibían ellos a cambio? Luther se negaba a ayudar a escribir las direcciones y pegar los sellos y se ponía hecho una furia cada vez que Nora le preguntaba si habían de añadir o borrar de la lista a Fulano de Tal. Incluso se negaba a echar un vistazo a todas las felicitaciones que recibían y Nora no tenía más remedio que reconocer que el hecho de recibirlas cada vez le deparaba menos satisfacciones.

Por consiguiente, se mantuvo firme y dijo:

-Este año no vamos a hacer ningún pedido de felicitaciones navideñas.

Casi le pareció oír los aplausos de Luther.

-¿Qué ha dicho?

-Ya me ha oído.

-¿Le puedo preguntar por qué no?

-Por supuesto que no.

A lo cual Aubie no tuvo ninguna respuesta que ofrecer. Balbució algo y después colgó. Por un instante, Nora se llenó de orgullo.

Sin embargo, titubeó al pensar en las preguntas que le harían. Su hermana, la esposa del clérigo, los amigos de la junta de alfabetización, su tía la de la aldea de jubilados..., todos preguntarían en determinado momento qué había ocurrido con sus felicitaciones navideñas.

¿Perdidas en el correo? ¿Falta de tiempo?

No. Ella les diría la verdad.

Nada de felicitaciones navideñas este año, Blair se ha ido y nosotros nos vamos de crucero. Y, si tanto habéis echado de menos las felicitaciones, el año que viene os envío dos.

Animada por otra taza de café, Nora se preguntó cuántas personas de su lista llegarían a darse cuenta tan siquiera. Cada año recibía unas cuantas

docenas, un número cada vez menor, lo reconocía, y no llevaba la cuenta de quién se tomaba la molestia de felicitarles y quién no. En medio del torbellino navideño, ¿quién tenía tiempo para preocuparse por una tarjeta que no llegaba?

Lo cual le hizo recordar otra de las quejas preferidas de Luther contra las fiestas:

los acaparamientos para emergencias. Nora adquiría unas cuantas provisiones más para poder responder de inmediato a una felicitación inesperada. Cada año recibían dos o tres tarjetas de perfectos desconocidos y de gente que anteriormente jamás se las había enviado y, en cuestión de veinticuatro horas, ella enviaba rápidamente una felicitación de los Krank, siempre con su habitual nota manuscrita de saludo y deseos de paz.

Estaba claro que todo aquello era una bobada.

Llegó a la conclusión de que no echaría de menos en absoluto todo el ritual de las felicitaciones navideñas. No echaría de menos el aburrimiento de escribir todos aquellos mensajitos y todas aquellas direcciones en unos ciento y pico de sobres, echarlo todo al correo y preocuparse por la posibilidad de haber olvidado a alguien.

No echaría de menos la cantidad de correspondencia que se añadía a la habitual, la apresurada apertura de los sobres y las estereotipadas felicitaciones de personas tan agobiadas como ella.

Una vez liberada de las felicitaciones navideñas, Nora llamó a Luther para que éste la animara un poco. Luther se encontraba sentado detrás de su escritorio, tal como siempre ocurría el viernes posterior al Día de Acción de Gracias. Los ejecutivos más destacados de Wiley & Beck tenían que estar allí. Ella le refirió su conversación con Aubie.

-Ese miserable gusano -murmuró Luther-. Felicidades -le dijo cuando ella terminó.

-No me ha costado nada -presumió ella.

-Piensa en todas aquellas playas que nos esperan allí abajo, querida.

-¿Qué has comido? -le preguntó ella.

-Nada. Sigo con las trescientas calorías.

-Yo también.

Cuando colgó, Luther regresó a la tarea que tenía entre manos. No estaba devorando números ni bregando con las disposiciones de Hacienda como de costumbre, sino redactando una carta a sus compañeros. Su primera carta navideña.

En ella explicaba cuidadosa y hábilmente al despacho por qué razón no participaría en los rituales de las fiestas y, a su vez, agradecería que todos los demás le dejaran en paz. No compraría ningún regalo ni aceptaría ninguno. Pero gracias de todos modos. No asistiría a la cena navideña de gala de la empresa y tampoco estaría presente en la orgía de borracheras que llamaban la fiesta del despacho. No quería el coñac ni el jamón que ciertos clientes enviaban cada año a todos los ejecutivos. No estaba enfadado y no respondería con un «¡Gracias, igualmente!« a cualquiera que le deseara felices fiestas. Se iba a saltar simplemente las Navidades. Y, en su lugar, se iría de crucero. Dedicó buena parte de la tranquila mañana a la carta y él mismo la introdujo en el ordenador. El lunes dejaría una copia en todos los escrito-

rios de Wiley & Beck. Comprendieron el verdadero alcance de su plan tres días más tarde, poco después de cenar. Era totalmente posible disfrutar de la Navidad sin felicitaciones, sin fiestas y sin banquetes, sin regalos innecesarios y sin toda la serie de cosas que, por alguna extraña razón, se asociaban con el nacimiento de Cristo. Pero ¿cómo se podían celebrar debidamente las fiestas sin un árbol? Si prescindieran del árbol, Luther sabía que era muy probable que consiguieran su propósito.

Estaban quitando la mesa, a pesar de que apenas había nada que quitar. Un poco de pollo asado y requesón les permitía perder peso fácilmente, pero Luther aún estaba hambriento cuando llamaron al timbre de la puerta.

-Voy yo -dijo.

A través de la ventana anterior del estudio vio el remolque en la calle y comprendió de inmediato que los siguientes quince minutos no iban a ser muy placenteros. Abrió la puerta y se encontró con tres sonrientes rostros: dos chicos impecablemente vestidos con el uniforme y todas las insignias de los 'boy scouts' y, detrás de ellos, el señor Scanlon, el jefe de sección permanente de los 'boy scouts' del barrio. Él también lucía el uniforme.

-Buenas noches -les dijo Luther a los chicos.

-Hola, señor Krank. Soy Randy Bogan -dijo el más alto de los dos-. Este año volvemos a dedicarnos a la venta de árboles navideños.

-Tenemos el suyo en el remolque del camión -dijo el más bajo.

-El año pasado se quedó usted con un abeto azul de Canadá -terció el señor Scanlon.

La mirada de Luther se perdió más allá del lugar que ellos ocupaban, hacia el remolque de plataforma plana, cubierta con dos pulcras hileras de árboles. Un pequeño ejército de chicos los estaba descargando y transportando a las casas de los vecinos de Luther.

-¿Cuánto? -preguntó Luther.

-Noventa dólares -contestó Randy-. Hemos tenido que subir un poco el precio porque nuestro proveedor también lo ha subido.

Ochenta el año pasado, estuvo casi a punto de decir Luther, pero se contuvo. Nora apareció como por arte de ensalmo y, de repente, apoyó la barbilla en su hombro.

-Son tan encantadores -le dijo en un susurro.

¿Los chicos o los árboles?, estuvo casi a punto de preguntar Luther. ¿Por qué no se quedaba en la cocina y le dejaba resolver aquel asunto por su cuenta?

Con una enorme y falsa sonrisa, Luther les dijo:

-Lo siento, pero este año no vamos a comprar ninguno.

Rostros inexpresivos. Rostros deconcertados. Rostros tristes.

Un gemido por encima de su hombro cuando el dolor alcanzó a Nora. Contemplando a los chicos mientras percibía la respiración de su esposa sobre el cuello, Luther Krank comprendió que aquél era el momento crucial. Como fallara, se abrirían todas las compuertas. Comprar un árbol y después adornarlo y después comprender que ningún árbol parece completo sin un montón de regalos amontonados debajo de él.

«Mantente firme, muchacho», se dijo Luther en tono apremiante mientras su mujer murmuraba:

-Oh, Dios mío.

-Cállate -le dijo él con disimulo.

Los chicos miraron al señor Krank como si éste les hubiera arrebatado las últimas monedas que guardaban en los bolsillos.

-Disculpe que hayamos tenido que subir el precio -dijo apenado Randy.

-Ganamos menos que el año pasado por cada árbol -añadió el señor Scanlon en tono esperanzado.

-No es por el precio, chicos -dijo Luther con otra falsa sonrisa en los labios-.

Este año nos vamos a saltar la Navidad. Estaremos ausentes de la ciudad. No necesitaremos un árbol. Pero gracias de todos modos. Los chicos se empezaron a mirar los zapatos tal como suelen hacer los chicos que se sienten dolidos, y el señor Scanlon puso cara de pena. Nora volvió a soltar un compasivo gemido y a Luther, a punto de ceder al pánico, se le ocurrió una brillante idea.

-¿Vosotros no vais cada año al Oeste, allá por el mes de agosto, a Nuevo México, para una especie de gran asamblea, si no recuerdo mal lo que dice el folleto? Los pilló desprevenidos y los tres asintieron despacio con la cabeza.

-Muy bien pues, os propongo un trato. Yo paso del árbol, pero vosotros regresáis en verano y yo os entregaré cien dólares para vuestro viaje.

-Gracias -consiguió decir Randy, pero sólo porque se sintió obligado a hacerlo.

De repente, experimentaban el imperioso deseo de largarse cuanto antes de allí.

Luther cerró lentamente la puerta a su espalda y esperó. Ellos se quedaron un momento en los peldaños de la entrada y después se alejaron por el camino particular de la casa, volviendo la cabeza para mirar hacia atrás.

Cuando llegaron al camión, le comunicaron la extraña noticia a otro adulto vestido de uniforme. Otros la oyeron y, poco después, cesó la actividad alrededor del camión mientras los chicos y sus jefes se reunían al final del camino particular de los Krank y contemplaban la casa como si hubieran visto unos alienígenas en el tejado.

Luther se agachó y atisbó por detrás de las cortinas descorridas.

-¿Qué están haciendo? -preguntó Nora en un susurro a su espalda, también agachada.

-Simplemente mirando, creo.

-A lo mejor, se lo hubiéramos tenido que comprar.

-No.

-No hace falta adornarlo, ¿sabes?

-Silencio.

-Lo tendríamos en el patio de atrás.

-Cállate, Nora. ¿Y por qué hablas en voz baja? Estamos en nuestra casa.

-Por la misma razón por la que tú te escondes detrás de las cortinas.

Luther se incorporó y corrió las cortinas. Los 'boy scouts' se volvieron a poner en marcha y el camión empezó a avanzar muy despacio para ir entregando todos los árboles de la calle Hemlock.

Luther encendió el fuego de la chimenea y se acomodó en su butaca reclinable para leer un poco, asuntos tributarios. Se sentía solo porque Nora estaba haciendo pucheros, un breve arrebato que a la mañana siguiente ya se le habría pasado.

Si había conseguido enfrentarse a los 'boy scouts', ¿a quién podía temer? Se avecinaban sin duda otros encuentros, lo cual era precisamente otra de las razones por las que a Luther le desagradaba tanto la Navidad. Todo el mundo vendía algo, recogía dinero, pedía una propina, una gratificación, cualquier cosa, lo que fuera, algo.

Volvió a indignarse y se sintió muy a gusto.

Una hora más tarde salió de casa. Echó a andar despacio por la acera de la calle Hemlock sin rumbo fijo. El aire era fresco y ligero. A los pocos pasos, se detuvo a la altura del buzón de las cartas de los Becker y miró por la ventana del salón, que no quedaba muy lejos de la calle. Estaban colocando los adornos en el árbol y casi le parecía oír las discusiones. Ned Becker permanecía en equilibrio en el escalón superior de una pequeña escalera de mano, colocando las lucecitas, mientras Jude Becker, situada detrás de él, le daba órdenes. La madre de Jude, un prodigio eternamente joven más temible todavía que la propia Jude, participaba también en la refriega. Le estaba dando instrucciones al pobre Ned, unas instrucciones totalmente contrarias a las de Jude. Ponlas por aquí, ponlas por allá. Esta rama, no, la otra. ¿Es que no ves el hueco que hay aquí? ¿Pero qué demonios estás mirando? Entretanto, Rocky Becker, el veinteañero que había abandonado los estudios, permanecía sentado en el sofá con una lata de algo en la mano, burlándose de ellos y dándoles unos consejos, a los que, al parecer, nadie prestaba la menor atención. Pero era el único que se reía. La escena provocó la sonrisa de Luther, le confirmó su acierto y le hizo sentirse orgulloso de su decisión de prescindir simplemente de todo aquel jaleo. Siguió adelante con paso cansino, llenándose los arrogantes pulmones con el fresco aire y alegrándose por primera vez en su vida de saltarse el temido ritual del adorno del árbol. Dos puertas más abajo se detuvo para contemplar el asalto del clan de los Frohmeyer a un abeto de casi dos metros y medio de altura. El señor Frohmeyer había aportado dos hijos al matrimonio. La señora Frohmeyer se había presentado con tres y a éstos habían añadido otro con el que sumaban un total de seis, el mayor de los cuales no superaba los doce años. Toda la prole estaba colgando adornos y guirnaldas de oropel.

En determinado momento de todos los meses de diciembre, Luther oía comentar a alguna mujer del barrio lo feo que resultaba el árbol de los Frohmeyer. Como si a él le importara.

Pero, tanto si el árbol era feo como si no, ellos se lo pasaban en grande llenándolo de ridículos y vulgares adornos. Frohmeyer se dedicaba a la investigación en la universidad y ganaba ciento diez mil dólares anuales según los rumores, pero, con los seis hijos que tenía, no le daban para mucho. Su árbol sería el último en desaparecer pasado Año Nuevo.

Luther dio media vuelta y regresó a casa. En el chalé de los Becker, Ned estaba sentado en el sofá con una bolsa de hielo sobre el hombro y Jude revoloteaba a su alrededor y le echaba un sermón, meneando el índice. La es-

calera de mano estaba volcada y la suegra la estaba examinando. Cualquiera que hubiera sido la causa de la caída, no cabía la menor duda de que toda la culpa se la iban a echar al pobre Ned.

«Estupendo -pensó Luther-.

Ahora me tendré que pasar cuatro meses escuchando los detalles de una nueva dolencia.« Ahora que recordaba, Ned Becker ya se había caído de la escalera en otra ocasión, quizá cinco o seis años antes. Se había estrellado contra el árbol y lo había derribado al suelo, cargándose todos los adornos de Jude. Tras lo cual, ésta se había pasado un año haciendo pucheros.

«Qué locura», pensó Luther.

4

Nora y dos amigas acababan de atrapar una mesa en su establecimiento de comida preparada preferido, una estación de servicio transformada en charcutería, que seguía vendiendo gasolina pero había añadido bocadillos de diseño y café con leche a tres dólares la taza.

Todos los mediodías se llenaba de gente y las largas colas atraían a más gente todavía.

Era un almuerzo de trabajo.

Candi y Merry eran las otras dos miembros de un comité encargado de supervisar una subasta con destino al museo de arte. En torno a otras mesas se estaban acomodando con gran dificultad otras recaudadoras de fondos similares. Sonó el móvil de Nora. Ésta pidió perdón por no haberlo desconectado, pero Merry insistió en que atendiera la llamada. Los móviles sonaban por todo el establecimiento.

Era Aubie otra vez y, al principio, Nora se sorprendió de que conociera su número. Pero es que tenía por costumbre darlo a todo el mundo.

-Es Aubie, el de La Semilla de Mostaza -les explicó a Candi y Merry, incluyéndolas en la conversación.

Ellas asintieron con la cabeza sin el menor interés. Por lo visto, todo el mundo conocía a Aubie, el de La Semilla de Mostaza.

Tenía los precios más caros del mundo, por lo que, en cuestión de artículos de papelería, si una compraba allí, podía mirar por encima del hombro a cualquiera.

-Olvidamos comentar el tema de las invitaciones a su fiesta -dijo Aubie, y a Nora se le paralizó el corazón.

Ella también se había olvidado de las invitaciones y no quería hablar del asunto en presencia de Candi y Merry.

-Ah, sí -dijo.

Merry había trabado conversación con una voluntaria de la mesa de al lado y Candi estaba mirando a su alrededor para ver quién no estaba allí.

-Tampoco las vamos a necesitar -dijo Nora.

-¿No celebrarán ninguna fiesta? -preguntó Aubie sin poder disimular su curiosidad.

-Pues no, este año no habrá fiesta.

-Ya, pero es que...

-Gracias por su llamada, Aubie -dijo ella en un susurro, desconectando el aparato.

-¿Qué es lo que no vais a necesitar? -preguntó Merry, interrumpiendo bruscamente su conversación con la otra mujer para concentrarse en Nora.

-¿Que no habrá fiesta este año? -preguntó Candi, clavando los ojos en los de Nora cual si fueran un radar-. ¿Qué ha ocurrido?

Aprieta los dientes, se dijo Nora en tono apremiante. Piensa en las playas, en la cálida agua salada, en los diez días en el paraíso.

-Pues nada -contestó-. Este año vamos a hacer un crucero en lugar de celebrar la Navidad.

Blair se ha ido, ¿sabéis?, y necesitamos tomarnos un respiro. De repente, la charcutería se quedó en silencio, o eso por lo menos le pareció a Nora. Candi y Merry fruncieron el entrecejo mientras repasaban mentalmente la noticia. Nora, con las palabras de Luther resonando en los oídos, siguió adelante con su ofensiva.

-Diez días en el 'Island Princess', un barco de superlujo.

Las Bahamas, Jamaica, Gran Caimán. Ya he adelgazado un kilo y medio -dijo con alegre complacencia.

-¿Que no vais a celebrar la Navidad? -preguntó Merry en tono incrédulo.

-Eso es lo que he dicho -contestó Nora.

Merry era muy rápida en sus juicios y Nora había aprendido hacía años a replicar de inmediato.

Se tensó, preparada para una palabra cortante.

-¿Y cómo te las arreglas para no celebrar la Navidad? -preguntó Merry.

-Te la saltas sin más -contestó Nora como si con eso quedara todo explicado.

-Me parece maravilloso -dijo Candi.

-¿Y qué vamos a hacer en Nochebuena? -preguntó Merry.

-Ya se os ocurrirá algo -dijo Nora-. Hay otras fiestas.

-Pero ninguna como la tuya.

-Eres un cielo.

-¿Cuándo os vais? -preguntó Candi, soñando ahora con las playas sin la necesidad de tener que cargar con montones de parientes políticos durante una semana.

-El mismo día de Navidad.

Hacia el mediodía.

Era una hora un poco rara para salir, pensó cuando Luther reservó plaza para el crucero. Si vamos a saltarnos la Navidad, querido, le dijo, ¿por qué no salimos unos cuantos días antes? Y, de paso, nos saltamos la Nochebuena. Nos saltamos todo este insensato jaleo.

«¿Y si llama Blair en Nochebuena?«, le contestó él. Además, Biff les rebajaba trescientos noventa y nueve dólares del paquete porque pocas personas viajaban el veinticinco de diciembre. En cualquier caso, las reservas ya estaban hechas y pagadas y no habría ningún cambio.

-Pues entonces, ¿por qué no celebráis la fiesta de Nochebuena?

-preguntó Merry, poniéndose un poco pesada, pues temía verse obligada a organizar una por su cuenta.

-Porque no queremos, Merry.

Nos vamos a tomar un respiro y sanseacabó. Un año sin Navidad. Nada. Nada de árbol, ni de pavo ni de regalos. El dinero lo malgastaremos en un crucero. ¿Entendido?

-Yo lo entiendo -dijo Candi-.

Ojalá Norman hiciera algo así.

Pero ni se le ocurriría, por nada del mundo querría perderse veinte partidas de bolos. No sabes cuánto te envidio, Nora.

Tras lo cual, Merry hincó el diente en su bocadillo de aguacate. Masticó y se puso a mirar a su alrededor. Nora sabía exactamente lo que estaba pensando. ¿A quién se lo voy a contar primero? ¡Los Krank se van a saltar las Navidades! ¡Nada de fiesta! ¡Nada de árbol! Sólo dinero en el bolsillo para poder derrocharlo en un crucero.

Nora también comió, sabiendo que, en cuanto cruzara aquella puerta, el chisme se propagaría por toda la charcutería y, antes de la cena, todas las personas de su mundo se habrían enterado de la noticia. «¿Y qué?«, pensó. Era inevitable, y ¿por qué tanto alboroto?

Una mitad se uniría al bando de Candi, ardería de envidia y soñaría con Nora. Y la otra mitad estaría con Merry, aparentemente consternada ante la sola idea de que alguien pudiera saltarse la Navidad, pero incluso en el seno de aquel grupo de críticos Nora sospechaba que muchos envidiarían en secreto su crucero. Y, en cuestión de tres meses, ¿qué más le daría a la gente? Tras tomar unos cuantos bocados, las tres amigas empujaron los bocadillos a un lado y sacaron los papeles. No se hizo ningún otro comentario acerca de la Navidad, por lo menos no en presencia de Nora. Mientras se alejaba en su automóvil, ésta llamó a Luther para comunicarle la noticia de su más reciente victoria.

Luther iba de un lado para otro. Su secretaria, una bruja de cincuenta años llamada Dox, había replicado en tono sarcástico que se tendría que comprar ella misma un frasco de perfume barato, dado que aquel año Papá Noel no pasaría por allí. Lo habían llamado Scrooge un par de veces, cada vez con el acompañamiento de una carcajada. «Qué original», pensó Luther. Bien entrada la mañana, Yank Slader entró en el despacho de Luther como si huyera de la persecución de unos encolerizados clientes. Cerró la puerta atisbando con disimulo y se sentó.

-Eres un genio, tío -dijo casi en voz baja.

Yank era especialista en amortizaciones, tenía miedo hasta de su propia sombra y le encantaban las jornadas de dieciocho horas porque su mujer era una arpía de mucho cuidado.

-Por supuesto que lo soy -dijo Luther.

-Anoche regresé a casa muy tarde y, cuando mi mujer se fue a la cama, hice lo mismo que tú. Repasé los números, los extractos del banco y demás, y resultó que había gastado casi siete de los grandes.

¿Cuántos daños sufriste tú?

-Algo más de seis mil.

-Increíble, y todo para nada.

Me pongo enfermo sólo de pensarlo.

-Haz un crucero -dijo Luther, sabiendo muy bien que la mujer de Yank jamás aceptaría semejante locura. Para ella, las fiestas empezaban a finales de octubre e iban cobrando progresivamente fuerza hasta llegar a la gran explosión, un maratón de diez horas el día de Navidad, con cuatro comidas y la casa abarrotada de gente.

-Hacer un crucero -musitó Yank-. No se me ocurre nada peor.

Encerrado en un barco con Abigail durante diez días. La arrojaría por la borda.

Y nadie te lo reprocharía, pensó Luther.

-Siete mil dólares -repitió Yank, ensimismado.

-Ridículo, ¿no te parece? -dijo Luther mientras, por un instante, ambos expertos lamentaban el despilfarro de un dinero tan duramente ganado.

-¿Es tu primer crucero? -preguntó Yank.

-Sí.

-Yo jamás he hecho ninguno.

No sé si debe de haber gente desparejada a bordo.

-Estoy seguro de que sí. No te exigen ir con pareja. ¿Estás pensando en irte tú solo, Yank?

-No lo estoy pensando, lo estoy soñando.

Se perdió en sus pensamientos mientras sus apagados ojos se iluminaban con un destello de esperanza, de diversión, de algo que Luther jamás había visto en él. Yank abandonó por un instante aquella estancia y sus pensamientos recorrieron velozmente el Caribe, maravillosamente solo sin Abigail. Luther guardó silencio mientras su compañero soñaba, pero los sueños no tardaron en resultar un poco embarazosos. Por suerte, sonó el teléfono y Yank regresó bruscamente al duro mundo de las tablas de amortización y a una esposa pendenciera. Se levantó como si ya no tuviera nada más que decir. Sin embargo, al llegar a la puerta añadió:

-Eres mi héroe, Luther.

Vic Frohmeyer se enteró de los rumores por el señor Scanlon, el jefe de sección de los 'boy scouts' del barrio, y por la sobrina de su mujer, que compartía una habitación con una chica que trabajaba a tiempo parcial en La Semilla de Mostaza de Aubie, y por un compañero de la universidad a cuyo hermano le hacía la declaración de la renta alguien de Wiley & Beck. Tres fuentes distintas, lo cual significaba que los rumores tenían que ser ciertos. Krank era muy dueño de hacer cualquier cosa que le saliera de las narices, pero Vic y los restantes vecinos de Hemlock no lo aceptarían sin rechistar.

Frohmeyer era el jefe no elegido de Hemlock. Su chollo en la universidad le permitía disponer de tiempo para otras actividades, y su desbordante energía lo inducía a pasarse el rato en la calle organizando toda suerte de actividades. Teniendo seis hijos, su casa era el lugar de encuentro por excelencia. Las puertas estaban siempre abiertas y siempre había algún juego en marcha. Como consecuencia de ello, su césped estaba un tanto deteriorado, pero él cuidaba con sumo esmero sus parterres de flores.

Era Frohmeyer quien llevaba a Hemlock a los candidatos para que participaran en las barbacoas de su patio de atrás y para que hicieran sus promesas electorales. Frohmeyer repartía las peticiones llamando de puerta en puerta y era el que animaba a sus convecinos para que se manifestaran en contra de una anexión o a favor de bonos escolares o en contra de una nueva autovía de cuatro carriles situada a varios kilómetros de distancia o a favor de una nueva red de alcantarillado. Frohmeyer llamaba al servicio de limpieza cuando no recogían la basura de algún vecino y, siendo quien era, los asuntos se resolvían rápidamente. Si alguien encontraba un perro extraviado de otra calle, bastaba una llamada de Vic Frohmeyer para que el servicio de Control de Animales se presentara de inmediato. Si veían a un muchacho melenudo con tatuajes y la siniestra pinta propia de un delincuente, Frohmeyer conseguía que la policía le apuntara al pecho con el dedo y le empezara a hacer preguntas. Si alguien de Hemlock tenía que ingresar en el hospital, los Frohmeyer organizaban las tandas de visitas y de comidas y se encargaban incluso del cuidado del jardín. Cuando se producía un fallecimiento en Hemlock, se encargaban de las flores para el funeral y las visitas al cementerio. Un vecino que necesitara algo podía acudir a los Frohmeyer para lo que fuera. La idea de los Frostys, los muñecos de nieve, se le había ocurrido a Vic, pero el mérito no era enteramente suyo, pues la había copiado de una zona residencial de Evanston. El mismo Frosty en todos los tejados de Hemlock, un Frosty de algo más de dos metros de altura con una estúpida sonrisa, un sombrero de copa negro y unos gruesos «michelines» en la cintura, iluminado de blanco desde el interior mediante una bombilla de doscientos vatios enroscada en una cavidad cercana al colon de Frosty. Los Frostys de Hemlock habían debutado seis años atrás y habían obtenido un éxito arrollador. Veintiuna casas a un lado y otras tantas al otro, toda la calle bordeada por dos perfectas hileras de Frostys a doce metros de altura del suelo. Dos equipos de telediario habían ofrecido reportajes en directo.

Al año siguiente, la calle Stanton, al sur, y la calle Ackerman, al norte, se adornaron respectivamente con 'Rudolphs' y cascabeles de plata, y entonces el municipio, accediendo a los discretos requerimientos de Frohmeyer, empezó a otorgar premios a los mejores adornos del barrio.

Dos años atrás se había producido un desastre cuando se desencadenó un vendaval que envió casi todos los Frostys al distrito colindante. Frohmeyer reunió a los vecinos y el año anterior Hemlock se había adornado con una versión ligeramente más pequeña de Frostys. Sólo dos casas no habían participado.

Cada año Frohmeyer decretaba la fecha en que debían resucitar los Frostys, por lo que, tras haber oído los rumores acerca de Krank y de su crucero, decidió hacerlo de inmediato. Después de cenar redactó una pequeña circular para sus vecinos, cosa que hacía por lo menos un par de veces al mes, hizo cuarenta y una copias y encargó a sus seis hijos la distribución directa a cada casa de Hemlock.

La nota decía: «Apreciado vecino: Mañana los cielos estarán despejados, un excelente momento para devolver a Frosty a la vida.

Llame a Marty, a Judd o a mí mismo si necesita ayuda. Vic Frohmeyer.«

Luther tomó la nota que le ofrecía un sonriente chiquillo.

-¿Quién es? -preguntó Nora desde la cocina.

-Frohmeyer.

-¿Sobre qué?

-Frosty.

Nora se dirigió muy despacio al salón, donde Luther sostenía en la mano la cuartilla como si fuera una convocatoria para formar parte de un jurado. Ambos se miraron asustados y Luther empezó a menear lentamente la cabeza.

-Tienes que hacerlo -le dijo ella.

-No, no lo haré -replicó él con gran firmeza mientras su furia crecía por momentos-. No pienso hacerlo. No permito que Vic Frohmeyer me diga que tengo que adornar mi casa para la Navidad.

-Es sólo colocar a Frosty.

-No, es mucho más que eso.

-¿Qué?

-Es el principio, Nora. ¿Es que no lo entiendes? Podemos saltarnos la Navidad si nos sale de las puñeteras narices y...

-No digas palabrotas, Luther.

-Y nadie, ni siquiera Vic Frohmeyer, nos lo puede impedir.

-Más gritos-. ¡No quiero que me obliguen a hacer eso!

Estaba señalando hacia el techo con una mano mientras agitaba la nota en la otra. Nora se retiró a la cocina.

5

Un Frosty de Hemlock constaba de cuatro piezas: una ancha base redonda, una bola de nieve ligeramente más pequeña que encajaba en la base, después un tronco y después la cabeza con la cara y el sombrero. Cada pieza se podía encajar en la siguiente de mayor tamaño de tal forma que el almacenamiento durante los restantes meses del año no planteaba demasiadas dificultades. Puesto que su precio era de ochenta y ocho dólares con noventa y nueve centavos más gastos de envío, todo el mundo guardaba su Frosty con sumo cuidado.

Y los desenvolvía con gran regocijo. Durante toda la tarde se podían ver piezas de Frosty en casi todos los cobertizos de coches de Hemlock y a sus propietarios quitándoles el polvo y comprobando el estado de las piezas. Después los ensamblaban como si fueran auténticos muñecos de nieve, una pieza encima de la otra, hasta que alcanzaban los más de dos metros de altura y quedaban listos para ser colocados en el tejado.

La instalación no era una tarea muy sencilla. Se necesitaba una escalera de mano y una cuerda, más la ayuda de un vecino. Primero se tenía que escalar el tejado con una cuerda alrededor de la cintura y después se izaba a Frosty, que era de plástico duro y pesaba unos veinte kilos, procurando que no sufriera arañazos con las tejas de asfalto. Cuando Frosty llegaba a la cumbre, lo ataban a la chimenea con una cinta de lona que el propio Vic Frohmeyer se había inventado.

Se enroscaba una bombilla de veinte vatios a las entrañas de Frosty y se arrojaba una extensión desde la parte posterior del tejado.

Wes Trogdon era un corredor de seguros que había llamado a la compañía para comunicar que estaba indispuesto para poder sorprender a sus hijos levantando su Frosty primero que nadie. Él y su mujer, Trish, lavaron su muñeco de nieve poco después del almuerzo y, a continuación, bajo la estrecha supervisión de su esposa, Wes trepó al tejado, bregó y efectuó los necesarios ajustes hasta completar la tarea.

Desde doce metros de altura y con una vista espléndida, miró arriba y abajo de Hemlock y se llenó de orgullo al pensar que se había adelantado a todos, incluido Frohmeyer.

Mientras Trish preparaba chocolate caliente, Wes empezó a arrastrar cajas de lucecitas de colores desde el sótano hasta el camino de la entrada, donde las sacó para examinar los circuitos.

Ningún vecino de Hemlock colocaba más lucecitas navideñas que los Trogdon. Recubrían las paredes del patio, adornaban los arbustos y los árboles, perfilaban la casa y adornaban las ventanas...; el año anterior habían encendido catorce mil luces.

Frohmeyer salió temprano del trabajo para poder supervisar las tareas de Hemlock y se alegró mucho al ver tanta actividad. Se sintió momentáneamente celoso de Trogdon por habérsele adelantado, pero, en realidad, ¿qué más daba? Ambos no tardaron en unir sus fuerzas en el camino de la entrada de la señora Ellen Mulholland, una encantadora viuda que ya estaba cociendo en el horno unos deliciosos pastelitos de chocolate y nueces. Izaron su Frosty en un abrir y cerrar de ojos, devoraron sus pastelitos y se fueron a prestar ayuda a otro sitio. Se les unieron algunos niños, entre ellos Spike Frohmeyer, que tenía doce años y el mismo olfato que su padre para la organización y las actividades comunitarias, y, a última hora de la tarde, apuraron el paso yendo de puerta en puerta antes de que la oscuridad se les echara encima y los obligara a ir más despacio. Al llegar a la casa de los Krank, Spike llamó al timbre pero no obtuvo respuesta. El Lexus del señor Krank no estaba allí, lo cual no era nada extraño a las cinco de la tarde. Pero el Audi de la señora Krank se encontraba bajo el cobertizo, señal segura de que ella estaba en casa. Las cortinas estaban corridas y las persianas bajadas. Pero nadie abría la puerta, por lo que el grupo se dirigió a casa de los Becker, donde Ned estaba lavando a Frosty mientras su suegra le ladraba instrucciones desde los peldaños de la entrada.

-Ya se van -murmuró Nora por el teléfono de su dormitorio.

-¿Por qué hablas en voz baja?

-le preguntó Luther un tanto alterado.

-Porque no quiero que me oigan.

-¿Quiénes son?

-Creo que Vic Frohmeyer, Wes Trogdon, me parece que ese Brixley del otro extremo de la calle y unos niños.

-Un auténtico grupo de matones, ¿eh?

-Más bien una pandilla callejera. Ahora están en casa de los Becker.

-Que Dios se apiade de ellos.

-¿Dónde está Frosty? -preguntó Nora.

-Donde siempre ha estado desde el mes de enero. ¿Por qué?

-No sé.

-Tiene gracia, Nora. Hablas en voz baja por teléfono en el interior de una casa cerrada porque nuestros vecinos están yendo de puerta en puerta para ayudar a otros vecinos a colocar un ridículo muñeco de nieve de plástico de dos metros de altura que, por cierto, no tiene absolutamente nada que ver con la Navidad. ¿Lo has pensado alguna vez, Nora?

-No.

-Votamos a favor de 'Rudolph', ¿recuerdas?

-Pues no.

-Tiene gracia.

-Pues yo no me río.

-Frosty se va a tomar un año de vacaciones, ¿de acuerdo? La respuesta es no.

Luther colgó suavemente el aparato y trató de concentrarse en su trabajo. Cuando ya había anochecido, regresó muy despacio a casa, pensando por el camino que era una tontería preocuparse por cuestiones tan intrascendentes como colocar un muñeco de nieve en el tejado. Y se pasó todo el rato pensando en Walt Scheel. «Vamos, Scheel -murmuró para sus adentros-. No me decepciones.« Walt Scheel era su rival en Hemlock, un malhumorado sujeto que vivía justo delante de ellos, en la acera de enfrente. Dos hijos recién salidos de la universidad, una esposa que luchaba contra un cáncer de mama, un misterioso trabajo en una empresa belga, unos ingresos que, al parecer, se contaban entre los más altos de Hemlock; pero, a pesar de lo que ganaba, Scheel y su mujer querían que sus vecinos creyeran que tenían mucho más. Si Luther se compraba un Lexus, Scheel se compraba otro. Si Bellington instalaba una piscina, Scheel necesitaba de repente una piscina en el patio de atrás, por prescripción facultativa. Si Sue Kropp, la del extremo oriental, instalaba en su cocina electrodomésticos de diseño -corrían rumores de que se había gastado en ellos ocho mil dólares-, Bev Scheel se gastaba nueve mil seis meses más tarde.

Según algunos testigos, después de la reforma, los platos de Bev, que era una pésima cocinera, sabían peor.

Pero su altivez había sufrido un duro golpe dieciocho meses antes a causa del cáncer de mama. Los Scheel habían sufrido una gran humillación. El hecho de ir siempre por delante de los vecinos ya no tenía importancia. Los objetos eran inútiles. Habían soportado la enfermedad con serena dignidad y, como de costumbre, Hemlock los había apoyado como si fueran de la familia. Tras un año de quimio, la empresa belga había llevado a cabo un reajuste. Cualquiera que fuera el trabajo de Walt, estaba claro que ahora éste desempeñaba una tarea de inferior categoría.

La Navidad anterior los Scheel estaban tan trastornados que apenas pusieron adornos. No colocaron a Frosty, el árbol era casi insignificante y sólo pusieron unas cuantas lucecitas alrededor de la ventana de la fachada, como si la idea se les hubiera ocurrido con retraso.

El año anterior, dos casas de Hemlock no habían colocado Frostys: la de los Scheel y otra del extremo occidental, propiedad de un matrimonio paquistaní que vivió tres meses allí y después se mudó a otro sitio. La casa estaba a la venta y Frohmeyer había considerado incluso la posibilidad de efectuar una incursión nocturna en la casa para colocar en su tejado el Frosty de repuesto que guardaba en el sótano.

-Vamos, Scheel -murmuró mientras circulaba entre el tráfico-.

Deja tu Frosty en el sótano.

La idea de Frosty había tenido su gracia seis años atrás, cuando se le ocurrió a Frohmeyer. Ahora era una lata. Pero no para los niños de Hemlock, reconocía Luther. Hacía tres años se había alegrado en su fuero interno cuando las ráfagas de viento habían azotado los tejados y habían enviado volando los Frostys sobre media ciudad.

Enfiló Hemlock y, por lo que pudo ver, la calle estaba flanqueada por muñecos de nieve idénticos, encaramados como luminosos centinelas en lo alto de las casas. Sólo se observaban dos huecos en sus filas: los Scheel y los Krank.

-Gracias, Scheel -murmuró Luther.

Unos niños circulaban en bicicleta. Los vecinos estaban fuera, colocando las luces y conversando por encima de los setos.

Una pandilla callejera se estaba reuniendo en el cobertizo de los coches de Scheel, observó Luther mientras aparcaba y se dirigía rápidamente a su casa. Como era de esperar, a los pocos minutos levantaron una escalera de mano y Frohmeyer subió con toda la agilidad de un veterano techador. Luther atisbó a través de las persianas de la puerta principal de su casa. Walt Scheel estaba en el patio de la parte anterior de la casa con unas doce personas y Bev permanecía de pie, en bata, en los peldaños de la entrada. Spike Frohmeyer estaba bregando con una extensión eléctrica. Se oían gritos y risas, todo el mundo le gritaba instrucciones a Frohmeyer mientras izaban el penúltimo Frosty de Hemlock. Apenas hablaron durante la cena a base de pasta sin salsa y requesón. Nora había adelgazado un kilo y medio y Luther dos. Tras lavar los platos, éste bajó a su trabajo del sótano, donde caminó durante cincuenta minutos quemando trescientas cincuenta calorías, más de las que acababa de consumir. Se duchó y trató de leer un poco.

Cuando la calle se quedó desierta, salió a dar un paseo. No quería ser un prisionero en su propia casa. No se escondería de sus vecinos. No tenía nada que temer de aquella gente.

Experimentó una punzada de remordimiento al contemplar las dos pulcras hileras de muñecos de nieve que vigilaban su pequeña y tranquila calle. Los Trogdon estaban colocando más adornos en su árbol, lo cual le trajo a la memoria algunos lejanos recuerdos de la infancia de Blair y aquellos tiempos tan remotos. No era de temperamento nostálgico. Se vive la vida de hoy, no la de mañana y tanto menos la de ayer, solía decir. Los cálidos recuerdos fueron rápidamente sustituidos por los pensamientos de las compras, el tráfico y el dinero derrochado. Luther estaba tremendamente orgulloso de su decisión de saltarse un año.

El cinturón le iba un poco más flojo. Las playas lo esperaban.

Una bici apareció de repente como por arte de ensalmo y se detuvo patinando.

-Hola, señor Krank.

Era Spike Frohmeyer, regresando sin duda a casa tras algún juvenil encuentro clandestino. El chico dormía menos que su padre y todo el barrio comentaba los paseos nocturnos de Spike. Era un muchacho simpático, pero un tanto indisciplinado.

-Hola, Spike -contestó Luther, conteniendo la respiración-.

¿Qué te trae por aquí?

-Estaba echando un vistazo a las cosas -contestó como si fuera el vigilante oficial del barrio.

-¿Qué cosas, Spike?

-Mi padre me ha enviado a la calle Stanton para ver cuántos 'Rudolphs' han colocado.

-¿Cuántos? -preguntó Luther, siguiéndole la corriente.

-Ninguno. Les hemos vuelto a ganar.

«Qué noche tan victoriosa celebrarían los Frohmeyer», pensó Luther. Menuda bobada.

-¿Va usted a colocar el suyo, señor Krank?

-Pues no, Spike. Este año no estaremos en la ciudad, no celebraremos la Navidad.

-No sabía que se pudiera hacer eso.

-Estamos en un país libre, Spike, puedes hacer casi lo que quieras.

-Pero usted no se irá hasta el día de Navidad -dijo Spike.

-¿Cómo?

-Al mediodía, según he oído decir. Dispone de mucho tiempo para colocar a Frosty. De esta manera, podremos volver a ganar el premio. Luther hizo una pausa de un segundo y se sorprendió una vez más de la rapidez con la cual los asuntos privados de una persona se podían propagar por el barrio.

-El premio es una exageración, Spike -dijo juiciosamente-. Deja que este año se lleve el premio otra calle.

-Creo que tiene usted razón.

-Anda, vete a casa.

El muchacho se alejó en su bicicleta y volvió la cabeza diciendo:

-Hasta luego.

El padre del niño aguardaba al acecho cuando Luther se acercó dando un paseo.

-Buenas noches, Luther -dijo Vic, como si el encuentro fuera puramente fortuito. Estaba apoyado en el buzón de la correspondencia, situado al final de su camino particular.

-Buenas noches, Vic -contestó Luther, casi a punto de detenerse.

Pero, en el último momento, decidió seguir adelante. Rodeó a Frohmeyer, el cual lo siguió.

-¿Cómo está Blair?

-Muy bien, Vic, gracias. ¿Y tus niños?

-Muy animados. Es la mejor época del año, Luther. ¿No lo crees tú así?

Frohmeyer le había dado alcance y ahora ambos caminaban el uno al lado del otro.

-Totalmente. No podría sentirme más feliz. Pero echo de menos a Blair. No será lo mismo sin ella.

-Por supuesto que no.

Se habían detenido delante del chalé de los Becker, justo al lado del de Luther, y estaban observando cómo el pobre Ned se mantenía en precario equilibrio en el último escalón de la escalera de mano en un infructuoso intento de colocar una estrella de gran tamaño en la rama más alta del árbol. Su mujer permanecía situada a su espalda ayudándole enormemente con sus instrucciones, aunque sin sujetar ni un solo momento la escalera mientras su suegra se mantenía algo más apartada para dominarlo todo mejor.

Parecía inminente un combate a puñetazos.

-Hay ciertas cosas de la Navidad que no voy a echar de menos -dijo Luther.

-¿O sea que te la vas a saltar en serio?

-Exactamente, Vic. Y te agradecería mucho que colaboraras un poco.

-No me parece bien y no sé por qué.

-Eso no eres tú quien tiene que decidirlo, ¿no crees?

-No, claro.

-Buenas noches, Vic.

Luther lo dejó allí, contemplando la divertida escena de los Becker.

6

La mesa redonda de Nora de última hora de la mañana en el hogar para mujeres maltratadas acabó de mala manera cuando Claudia, una amiga ocasional en el mejor de los casos, preguntó de repente como el que no quiere la cosa:

-O sea que este año no vas a organizar la fiesta de Nochebuena, ¿verdad, Nora?

De las ocho mujeres presentes, incluida la propia Nora, exactamente cinco de ellas habían sido invitadas a sus fiestas de Navidad en el pasado y tres no, y justo en aquel momento aquellas tres estaban buscando un hueco para colarse, al igual que Claudia.

«Pequeña bruja del demonio», pensó Nora, pero consiguió contestar rápidamente:

-Me temo que no. Este año nos la vamos a saltar.

A lo cual hubiera deseado añadir: «Y, si alguna vez celebramos otra fiesta,

Claudia querida, no contengas el aliento esperando que te invite.«

-Tengo entendido que vais a hacer un crucero -dijo Jayne-, una de las tres excluidas, tratando de reconducir el curso de la conversación.

-La verdad es que nos vamos el mismo día de Navidad.

-¿O sea que os vais a saltar totalmente la Navidad? -preguntó Beth, otra amistad casual a la que invitaban cada año sólo porque la empresa de su marido mantenía relaciones comerciales con Wiley & Beck.

-Toda -contestó Nora en tono agresivo, notándose un nudo en el estómago.

-Una buena manera de ahorrar dinero -comentó Lila, la bruja más grande de todo el grupo. El acento en la palabra «dinero» quizá pretendía in-

sinuar que en casa de los Krank la situación económica era un poco apurada. Nora notó que le ardían las mejillas. El marido de Lila era pediatra, la categoría de médico peor pagada, pero médico a pesar de todo. Luther sabía de buena tinta que estaban muy endeudados: casa impresionante, coche impresionante, club de campo. Tenían elevados ingresos, pero gastaban mucho más. Por cierto, ¿dónde estaba Luther en aquellos terribles momentos? ¿Por qué tenía ella que aguantar todo el peso de su descabellado proyecto? ¿Por qué se encontraba ella en el frente mientras él permanecía cómodamente sentado en su tranquilo despacho, tratando con gente que, o bien trabajaba para él, o bien le tenía miedo?

Wiley & Beck era un club de viejos amigos, un grupito de tacaños y pelmazos contables que probablemente estaban brindando por Luther por su valentía al haberse atrevido a esquivar la Navidad y ahorrarse unos cuantos dólares. Si su desafío pudiera arraigar en algún lugar, no cabía duda de que éste sería en la profesión de los contables.

Y, en cambio, a ella le estaban volviendo a dar una paliza mientras Luther se encontraba a salvo en el trabajo, interpretando probablemente el papel de héroe. Las mujeres eran las que se encargaban de organizar la Navidad, no los hombres. Ellas compraban, adornaban y cocinaban, planificaban las fiestas, enviaban tarjetas y se preocupaban por cosas en las que los hombres ni siquiera pensaban. ¿Exactamente por qué razón tenía Luther tanto empeño en esquivar la Navidad si apenas hacía el menor esfuerzo por conseguirlo?

Nora estaba furiosa, pero se contuvo. Hubiera sido absurdo montar un pollo enteramente femenino en el hogar para mujeres maltratadas. Alguien comentó la posibilidad de levantar la sesión y Nora fue la primera en abandonar la estancia. Su furia fue en aumento mientras regresaba a casa en su automóvil, pues estaba pensando cosas muy desagradables acerca de Lila y su comentario sobre el dinero. Y cosas todavía peores acerca de su marido y su egoísmo. Estaba a punto de sucumbir a la tentación de derrumbarse, entregarse a una orgía de compras y llenar la casa de adornos para que él se los encontrara al regresar a casa. Era capaz de adornar un árbol en un par de horas. Aún no era demasiado tarde para organizar la fiesta.

Frohmeyer estaría encantado de echarle una mano en la colocación de Frosty. Descontando los regalos y demás, aún les quedaría dinero suficiente para el crucero.

Al girar en Hemlock, lo primero que vio fue, naturalmente, que sólo una casa carecía de muñeco de nieve en el tejado. Gracias a Luther, se tendrían que pasar tres semanas aguantando aquel oprobio.

Su preciosa casa de ladrillo de dos pisos allí sola, como si los Krank fueran hindúes o budistas o pertenecieran a alguno de esos grupos que no creen en la Navidad.

De pie en el salón, miró a través de la ventana de la fachada y, por primera vez, se percató de lo fría y desangelada que resultaba la casa sin los adornos. Se mordió el labio y tomó el teléfono, pero Luther había salido a tomarse un bocadillo. En el montón de correspondencia que había sacado del buzón, entre dos sobres de felicitaciones navideñas, vio algo que la dejó petrificada. Un sobre de correspondencia aérea desde el Perú.

Con unas palabras en español escritas con letras de imprenta en la parte anterior.

Nora se sentó y lo abrió. Eran dos páginas escritas con la preciosa caligrafía de Blair, y las palabras tenían un valor incalculable.

Se lo estaba pasando muy bien en la selva del Perú. Le encantaba vivir con una tribu india cuyos orígenes se remontaban a varios miles de años atrás. Eran muy pobres en comparación con nuestros criterios, pero estaban sanos y eran felices. Había tardado aproximadamente una semana en olvidarse de todas las cosas de las que ellos carecían. Al principio, los niños se mostraban muy distantes, pero ahora ya se le acercaban y estaban deseosos de aprender. Blair dedicaba unos párrafos a los niños.

Se alojaba en una cabaña de hierba con Stacy, su nueva amiga de Utah. Los otros dos voluntarios del Cuerpo de Paz vivían a dos pasos de allí. Cuatro años atrás habían levantado una pequeña escuela. En cualquier caso, ella gozaba de buena salud y comía bien, no se había producido ninguna temible enfermedad ni se habían avistado animales peligrosos y el trabajo era muy estimulante. El último párrafo era la inyección de fortaleza que Nora necesitaba urgentemente.

Decía lo siguiente:

Sé que os va a ser difícil no tenerme en casa por Navidad, pero, por favor, no estéis tristes. Mis niños de aquí no saben nada de la Navidad y la verdad es que a mí me apetece mucho saltármela y disfrutar, en cambio, de su compañía. Tienen tan pocas cosas y aspiran a tan poco que me siento culpable del estúpido materialismo de nuestra cultura. Aquí no hay calendarios ni relojes, por lo que dudo mucho de que sepa cuándo viene y cuándo se va. (Además, ya lo compensaremos el año que viene, ¿no os parece?) Qué chica tan inteligente. Nora volvió a leer la carta y, de repente, se llenó de orgullo, no sólo por haber educado a una hija tan madura y juiciosa sino también por haber tomado la decisión de prescindir, por lo menos aquel año, del estúpido materialismo de nuestra cultura.

Volvió a llamar a Luther y le leyó la carta.

¡El viernes por la noche en el centro comercial! No era el lugar preferido de Luther, pero éste había comprendido que Nora necesitaba salir una noche. Cenaron en un falso pub de un extremo de la galería y después se abrieron camino entre las masas para llegar al otro extremo, donde en un multicine se estrenaba una comedia romántica protagonizada por toda una serie de astros de la pantalla. Ocho dólares la entrada a cambio de lo que Luther sabía que iban a ser otro par de aburridas horas de aguantar a unos payasos superpagados que se pasarían el rato riéndose a lo largo de un argumento para semianalfabetos. Pero a Nora le gustaba mucho ir al cine y él le siguió la corriente para mantener la fiesta en paz. A pesar de la gente que abarrotaba el centro comercial, el cine estaba desierto, lo cual llenó de alegría a Luther al darse cuenta de que todos los demás estaban allí fuera comprando. Se repantigó en la butaca con las palomitas de maíz y se quedó dormido.

Se despertó con un codazo en las costillas.

-Estás roncando -le dijo Nora en voz baja.

-¿Y qué más da? Aquí no hay nadie.

-Cállate, Luther.

Miró un poco la película, pero, al cabo de cinco minutos, se hartó.

-Vuelvo ahora mismo -murmuró, retirándose.

Prefería luchar a brazo partido entre la gente y dejar que lo pisaran con tal de no ver aquella idiotez. Utilizó la escalera mecánica para subir al piso superior y, una vez allí, se apoyó en la barandilla para contemplar el caos de abajo. Un Papá Noel permanecía sentado en su trono mientras una larga cola se iba acercando lentamente a él.

Allá en la pista de patinaje sobre hielo unos chirriantes altavoces dejaban escapar una melodía a todo volumen mientras cien niños disfrazados de duende patinaban alrededor de una criatura de peluche que, al parecer, era un reno. Todos los padres miraban a través del objetivo de una cámara de vídeo. Los fatigados compradores avanzaban con paso cansino, acarreando bolsas, chocando los unos con los otros y discutiendo con sus hijos. Luther jamás en su vida se había sentido más orgulloso. Al otro lado vio un nuevo establecimiento de artículos deportivos. Se acercó, observando a través del escaparate que dentro había mucha gente, pero no suficientes cajeras. Pero él sólo quería echar un vistazo. Encontró los equipos de buceo en la parte de atrás. El surtido no era muy amplio, pero estaban en diciembre. Los trajes de baño eran de tipo velocista, tremendamente estrechos de cintura y diseñados exclusivamente para nadadores olímpicos de menos de veinte años. Más que una prenda, eran una bolsa. Temía tocarlos. Pediría un catálogo y compraría desde la seguridad de su casa. Al salir, observó una discusión junto a una caja, algo acerca de la pérdida de un bono de ahorro. Qué tontos. Se compró un yogur desnatado y se pasó el rato paseando por el piso de arriba con una sonrisa de satisfacción en los labios mientras los pobres desgraciados se iban gastando el cheque de la paga. Se detuvo ante un póster de tamaño natural de una preciosidad en tanga, con la piel impecablemente bronceada. Lo invitaba a entrar en un pequeño salón llamado Siempre Morenos. Miró a su alrededor como si fuera un 'sex-shop' y entró precipitadamente en el local donde Daisy esperaba detrás de una revista. Su bronceado rostro trató de sonreír y pareció agrietarse en la frente y alrededor de los ojos.

Se había blanqueado los dientes, aclarado el cabello y oscurecido la piel; por un instante Luther se preguntó cómo debía de ser antes de someterse al cambio. Como era de esperar, Daisy le dijo que era la mejor época del año para adquirir un abono. Su oferta especial de Navidad consistía en dieciocho sesiones por noventa dólares. Al principio, sólo una sesión diaria de quince minutos, hasta llegar progresivamente a un máximo de treinta. Cuando se terminara el abono, Luther estaría espléndidamente bronceado y preparado con toda seguridad para cualquier cosa que el sol caribeño le pudiera echar encima. La siguió unos cuantos pasos hasta una hilera de pequeñas cabinas con una camilla de bronceado en cada una de ellas y apenas nada más. Ahora utilizaban el último grito en Esterillas Bronceadoras FX-2000 recibidas directamente desde Suecia, como si los suecos fueran unos expertos en el arte del bronceado. A primera vista, la esterilla bronceadora horrorizó a Luther. Daisy le explicó que se tendría que desnudar, sí, totalmente, añadió ronroneando, y deslizarse al interior del aparato, colocándose encima la parte superior, que a Luther le recordaba un molde de gofres. Te asas durante veinte minutos, suena un reloj automático, te levantas y te vistes. No es nada.

-¿Cuánto suda uno? -preguntó Luther, tratando de asimilar su propia imagen en cueros vivos mientras ochenta lámparas le asaban todas las partes del cuerpo. Ella le explicó que las cosas se calentaban. Una vez listo, se limpiaba la esterilla bronceadora con un aerosol y unas toallas de papel y las cosas ya estaban a punto para un nuevo cliente.

¿Cáncer de piel?, preguntó.

Ella soltó una hipócrita carcajada. De eso ni hablar. Puede que ocurriera con las antiguas unidades, antes de que se perfeccionara la tecnología para eliminar los rayos ultravioleta y demás. En realidad, las nuevas esterillas eran más seguras que el sol. Ella llevaba once años bronceándose.

«Por eso tienes la piel como cuero quemado», pensó Luther.

Consiguió que le vendieran dos abonos por ciento veinte dólares. Abandonó el salón con la firme determinación de ponerse moreno, por muy incómodo que le pudiera resultar. Y se rió al imaginarse a Nora desnudándose detrás de unas paredes más delgadas que un papel y deslizándose al interior de la esterilla bronceadora.

7

El oficial se llamaba Salino y se presentaba cada año. Era fornido, no llevaba armas ni chaleco antibalas, ni maza ni porra, ni esposas ni radiotransmisor, ninguno de los artilugios que sus compañeros de profesión gustaban de ajustarse al cinturón y al cuerpo. A Salino no le sentaba nada bien el uniforme, pero llevaba tanto tiempo en tal situación que a nadie le importaba. Patrullaba por la zona sudeste, los distritos que rodeaban Hemlock, las prósperas zonas residenciales en las que el único delito era el robo de alguna que otra moto o algún que otro automóvil deportivo.

El compañero de Salino de aquella noche era un corpulento joven que mantenía las mandíbulas fuertemente apretadas y por encima del cuello de cuya camisa azul marino asomaba un grueso michelín de músculo. Se llamaba Treen y llevaba puestos todos los dispositivos y trastos de los que Salino había prescindido. Cuando los vio por el cristal de la puerta principal de su casa llamando al timbre, Luther pensó inmediatamente en Frohmeyer.

Frohmeyer era capaz de conseguir que la policía acudiera a Hemlock con más rapidez que el mismísimo comisario.

Abrió la puerta, los recibió con los consabidos saludos y las buenas noches y les franqueó la entrada. No le apetecía que entraran, pero sabía que no se irían hasta que hubieran terminado el ritual.

Treen sostenía en la mano un sencillo tubo blanco de plástico que contenía el calendario.

Nora, que justo unos segundos atrás estaba viendo la televisión con su marido, había desaparecido como por arte de ensalmo, pero Luther sabía que se encontraba al otro lado de la puerta-ventana, en la cocina, sin perderse ni una sola palabra.

Salino fue el encargado de hablar. Luther pensó que ello se debía probablemente a que su compañero tenía un vocabulario muy limitado. La Asociación Benéfica de la Policía estaba trabajando una vez más a toda marcha con toda suerte de maravillosas iniciativas en favor de la comunidad. Jugue-

tes para los niños. Cestas navideñas para los más desfavorecidos. Visitas de Papá Noel. Pistas de patinaje sobre hielo. Visitas al zoo, regalos para los ancianos de las residencias y para los veteranos de guerra ingresados en los hospitales. Salino ya había terminado su discurso. El mismo que Luther había oído otras veces. Para sufragar en parte los gastos de sus proyectos de aquel año la Asociación Benéfica de la Policía había editado una vez más un precioso calendario para el nuevo año, en el que se mostraba una vez más a algunos de sus miembros en acción al servicio de la gente.

Acto seguido, Treen sacó el calendario de Luther, lo desenrolló y fue pasando las hojas de gran tamaño mientras Salino iba dando las correspondientes explicaciones.

La página del mes de enero presentaba a un guardia urbano con una cordial sonrisa en los labios haciendo señas con la mano para que los pequeños de un parvulario cruzaran la calle. La página de febrero mostraba a un agente todavía más corpulento que Treen ayudando a un automovilista en apuros a cambiar un neumático. En medio de aquel esfuerzo, todavía le quedaban ánimos para sonreír. Marzo presentaba una tensa escena de un accidente nocturno con luces que parpadeaban por todas partes y tres hombres uniformados de azul hablando entre sí con el entrecejo fruncido.

Luther admiró las fotografías y el arte con que se habían realizado sin decir ni una sola palabra mientras los meses iban pasando.

¿Y qué ha sido de los 'slips' con estampado de piel de leopardo?, hubiera querido preguntar. ¿O de las escenas en la sauna? ¿O del guardaespaldas con sólo una toalla alrededor de la cintura? Tres años atrás, la A.B.P. había sucumbido a unos gustos más modernos y había publicado un calendario lleno de fotografías de sus miembros más jóvenes y esbeltos, todos prácticamente en cueros, la mitad de ellos sonriendo estúpidamente ante la cámara y la otra mitad luchando contra la torturada apariencia del «me revienta posar como modelo» dictado por la moda contemporánea.

Eran unas escenas prácticamente pornográficas y el periódico local llegó incluso a publicar en la primera plana un gran reportaje acerca de ellas. De la noche a la mañana, se armó un escándalo mayúsculo. El alcalde estaba furioso y el Ayuntamiento se vio inundado de quejas. El director de la A.B.P. fue despedido de inmediato. Los ejemplares no distribuidos del calendario fueron quemados y la emisora local de televisión filmó en directo la escena.

Nora conservó los suyos en el sótano, donde los estuvo contemplando en secreto hasta el mes de septiembre.

El calendario de los chicos musculosos fue un desastre económico para todos los interesados, pero dio lugar a un aumento de interés al año siguiente. Las ventas casi se duplicaron.

Luther compraba uno cada año, pero sólo porque era lo obligado. Curiosamente, los calendarios no llevaban la etiqueta del precio; por lo menos, los que entregaban personalmente los tipos como Salino y Treen. Su toque personal costaba algo más, una capa adicional de buena voluntad que las personas como Luther entregaban simplemente porque eso era lo que se solía hacer habitualmente. Y precisamente este obligado y descarado soborno era lo que Luther no soportaba. El año anterior había firmado un cheque por valor de cien dólares en favor de la A.B.P. pero este año no lo haría.

En cuanto terminó la presentación, Luther echó los hombros hacia atrás y dijo:

-No me hace falta.

Salino ladeó la cabeza como si no le hubiera entendido bien. El cuello de Treen se hinchó un poco más.

El rostro de Salino se transformó en una relamida sonrisa.

Puede que no le haga falta, decía la sonrisa, pero lo comprará de todos modos.

-¿Y eso por qué? -preguntó el agente.

-Ya tengo un calendario para el año que viene.

Era la primera noticia para Nora, que contenía la respiración mordiéndose una uña.

-Pero no como éste -consiguió mascullar Treen.

Salino le dirigió una mirada que decía: «¡Cállate!«

-Tengo dos calendarios en mi despacho y dos en mi escritorio -dijo Luther-.

Tenemos uno junto al teléfono de la cocina. Mi reloj me dice exactamente en qué día estamos al igual que mi ordenador.

Hace años que no me pierdo un solo día.

-Estamos recaudando fondos para los niños lisiados, señor Krank -dijo Salino con voz súbitamente suave y chirriante. A Nora le asomó una lágrima.

-Nosotros ya entregamos donativos para los niños lisiados, agente -replicó Luther-. A través de United Way, la Iglesia y los impuestos hacemos donativos a todos los grupos desfavorecidos que se pueda usted imaginar.

-¿No está usted orgulloso de su policía? -preguntó Treen con aspereza, repitiendo sin duda una frase que le debía de haber oído utilizar a Salino. Luther hizo una pausa de un segundo para tranquilizarse. Como si el hecho de adquirir un calendario fuera la única manera de medir el orgullo que le inspiraban las fuerzas policiales locales. Como si el hecho de pagar un soborno en su salón fuera una demostración de que él, Luther Krank, respaldaba totalmente a los chicos de azul.

-El año pasado pagué mil trescientos dólares en concepto de impuestos municipales -dijo Luther, clavando sus ojos encendidos de rabia en el joven Treen-. Una parte de los cuales sirvieron para pagar su sueldo. Otra parte fue para los bomberos, los conductores de ambulancias, los profesores de las escuelas, los empleados del servicio de recogida de basura, los barrenderos, el alcalde y su amplio equipo de colaboradores, los jueces, los alguaciles, los funcionarios de prisiones, todo el ejército de administrativos del Ayuntamiento y todos los trabajadores del hospital Mercy. Todos ellos desarrollan una gran labor. Usted, señor, desarrolla una gran labor.

Estoy orgulloso de todos los funcionarios municipales. ¿Pero qué tiene que ver un calendario con todo eso?

Estaba claro que a Treen jamás se lo habían explicado de una manera tan lógica, por lo que el agente no supo qué contestar. Y Salino tampoco. Se produjo una tensa pausa.

Al ver que no se le ocurría ninguna respuesta inteligente, Treen también se enfureció y decidió tomar el número de la matrícula de Krank, tenderle

una emboscada en algún sitio y sorprenderle tal vez superando el límite de velocidad o saltándose un semáforo.

Obligarlo a detenerse, esperar a que hiciera un sarcástico comentario, sacarlo a la fuerza del vehículo, empujarlo contra el capó, colocarle las esposas y enviarlo a la cárcel.

Aquellos placenteros pensamientos lo indujeron a esbozar una sonrisa. En cambio, Salino no sonreía. Había oído los rumores acerca de Luther Krank y sus planes para saltarse la Navidad. Frohmeyer se lo había dicho. Había pasado por allí la víspera y había visto la preciosa casa sin adornar y sin Frosty, sola y tranquila, pero extrañamente distinta.

-Siento mucho que piense estas cosas -dijo apenado Salino-. Lo único que pretendemos es reunir un poco más de dinero para los niños necesitados. Nora hubiera deseado irrumpir en la estancia diciendo: «¡Aquí tiene un cheque! ¡Deme el calendario!« Pero no lo hizo porque las consecuencias hubieran sido muy desagradables.

Luther asintió con la cabeza apretando las mandíbulas y mirando sin pestañear mientras Treen empezaba a enrollar teatralmente el calendario que ahora le endilgarían a otro. Bajo el peso de sus manazas, el calendario crujió y se arrugó mientras se iba haciendo cada vez más pequeño. Al final, su diámetro quedó reducido al de un palo de escoba y Treen lo volvió a introducir en su tubo y colocó un tapón en su extremo. Una vez finalizada la ceremonia, llegó la hora de retirarse.

-Felices fiestas -dijo Salino.

-¿La policía sigue patrocinando aquel equipo de béisbol para huérfanos? -preguntó Luther.

-Por supuesto que sí -contestó Treen.

-Pues entonces vuelvan en primavera y les entregaré un cheque de cien dólares para los uniformes.

Sus palabras no sirvieron para ablandar a los agentes, los cuales no consiguieron ni siquiera darle las gracias. En su lugar, asintieron con la cabeza y se miraron el uno al otro.

La situación era muy embarazosa cuando Luther los acompañó a la puerta sin que nadie dijera nada, sólo con el irritante ruidito que hacía Treen golpeándose la pierna con el tubo del calendario como si fuera un aburrido agente con una porra, a la espera de alguna cabeza que machacar.

-Eran sólo cien dólares -dijo severamente Nora, entrando de nuevo en la estancia.

Luther estaba atisbando a través de la persiana para cerciorarse de que efectivamente ya se hubieran ido.

-No, querida, era mucho más que eso -dijo en tono satisfecho, como si la situación hubiera sido muy complicada y sólo él hubiera comprendido su verdadero alcance-.

¿Qué tal un yogur?

Para los que se morían de hambre, la perspectiva de la comida borraba cualquier otro pensamiento.

Cada noche se premiaban con un tarrito de una pobre imitación de yogur de frutas desnatado que ellos saboreaban como si fuera la última comida de su vida. Luther había adelgazado tres kilos y medio y Nora tres. Esta-

ban recorriendo el barrio en un camión de reparto, en busca de objetivos. Diez de ellos ocupaban la parte de atrás tumbados sobre balas de heno, cantando mientras el vehículo seguía avanzando.

Bajo los 'quilts' algunas manos se entrelazaban y algunos muslos se palpaban, pero la diversión era inofensiva, por lo menos, de momento. A fin de cuentas, todos pertenecían a la Iglesia luterana. Su jefa estaba sentada al volante y a su lado se encontraba la esposa del pastor, que también se encargaba de tocar el órgano los domingos por la mañana en la iglesia.

El camión giró en Hemlock e inmediatamente vieron el objetivo. Aminoraron la velocidad mientras se acercaban a la casa sin adornos de los Krank. Por suerte, Walt Scheel estaba en el jardín luchando con una extensión unos dos metros y medio demasiado corta para poder conectar la electricidad del garaje con su seto de boj, en torno al cual había entretejido cuidadosamente cuatrocientas nuevas bombillitas de color verde. Puesto que Krank no iba a adornar su casa, él había decidido adornar la suya con renovado entusiasmo.

-¿Está en casa esa gente? -le preguntó la conductora a Walt cuando el camión se detuvo.

Estaba señalando con la cabeza hacia la casa de los Krank.

-Sí. ¿Por qué?

-Ah, pues porque hemos salido a cantar villancicos. Aquí tenemos a un joven grupo de la iglesia luterana de Saint Mark's.

Walt esbozó de repente una sonrisa y soltó el cordón. «Qué estupendo -pensó-.

Krank cree que es muy fácil huir de la Navidad.«

-¿Son judíos? -preguntó la conductora.

-No.

-¿Budistas o algo por el estilo?

-No, de ninguna manera. En realidad, son metodistas. Este año se quieren saltar la Navidad.

-¿Cómo dice?

-Ya me ha oído. -Walt se encontraba de pie junto a la portezuela del conductor, sonriendo de oreja a oreja-. Es un tipo un poco raro. Quiere saltarse la Navidad para poder gastarse el dinero en un crucero.

La conductora y la esposa del pastor dirigieron una prolongada y severa mirada a la casa de los Krank, situada en la otra acera.

Los muchachos de la parte de atrás habían dejado de cantar y estaban escuchando atentamente la conversación. Las ruedas estaban girando.

-Creo que unos cantores de villancicos les harían mucho bien -añadió servicialmente Scheel-. Adelante.

El camión se vació y los chicos corrieron a la acera para detenerse cerca del buzón de los Krank.

-Un poco más cerca -les gritó Scheel-. No les importará.

Se situaron en fila cerca de la casa, junto al parterre de flores preferido de Luther. Scheel corrió a la puerta de su casa y le dijo a Bev que avisara a Frohmeyer.

Luther estaba rebañando los lados de su tarrito de yogur cuando oyó un estruendo muy cerca de él.

Los cantores de villancicos iniciaron su sonoro ataque con gran rapidez, entonando la primera estrofa de 'Dios os conceda la paz, joviales caballeros'. Los Krank se agacharon. Después abandonaron a toda prisa la cocina, Luther en cabeza y Nora detrás hasta llegar al salón, donde se acercaron a la ventana de la fachada cuyas persianas estaban, afortunadamente, bajadas.

-Cantores de villancicos -murmuró Luther, retrocediendo-.Justo al lado de nuestros enebros.

-Qué bonito -dijo Nora en un susurro.

-¿Bonito? Están invadiendo nuestra propiedad. Es una encerrona.

-No están invadiendo nada.

-Pues claro que sí. Están en nuestra casa sin que los hayamos invitado. Alguien les ha dicho que vinieran, probablemente Frohmeyer o Scheel.

-Los cantores de villancicos no invaden las casas -insistió en decir Nora en un susurro casi inaudible.

-Yo sé lo que me digo.

-Pues entonces llama a tus amigos de la policía.

-Puede que lo haga -murmuró Luther, atisbando de nuevo a través de la persiana.

-Aún no es demasiado tarde para comprar un calendario.

Todo el clan de los Frohmeyer salió en tropel, encabezado por Spike sobre su monopatín. Para cuando se situaron detrás de los cantores de villancicos, los Trogdon ya habían oído el alboroto y se estaban incorporando al grupo. A continuación, salieron los Becker remolcando a la suegra y, detrás de ésta, Rocky, el que había abandonado la escuela.

'Navidad, Navidad', fue el siguiente, en una animada y vibrante interpretación inspirada sin duda en la expectación que se había creado. La directora del coro invitó a los vecinos a acompañarlos, cosa que éstos hicieron con gran entusiasmo. Cuando se iniciaron los acordes de 'Noche de paz', ya se habían congregado por lo menos treinta personas. Los cantores desafinaban bastante, pero a los vecinos les importaba un bledo.

Cantaban a voz en grito para hacer sufrir al viejo Luther. A los veinte minutos, Nora no pudo más y se fue a la ducha. Luther fingió leer una revista en su sillón, pero cada villancico sonaba más alto que el anterior. Se puso hecho una furia y empezó a soltar maldiciones por lo bajo. La última vez que atisbó a través de la persiana, la gente ocupaba todo el césped, sonreía y profería gritos contra su casa.

Cuando empezaron a cantar 'Frosty, el muñeco de nieve', bajó a su despacho del sótano y sacó la botella de coñac.

8

La rutina matinal de Luther no había cambiado en los dieciocho años que llevaba viviendo en Hemlock. Se levantaba a las seis, se ponía la bata y se calzaba las zapatillas, se preparaba el café, salía por la puerta del garaje y

bajaba por el camino de la entrada hasta el lugar donde Milton, el chico de los diarios, le había dejado el 'Gazette' una hora antes.

Luther podía contar los pasos que daba desde la cafetera hasta el periódico, sabiendo que la diferencia sólo podría ser de dos o tres. Al volver a entrar en la casa, una taza de café con un chorrito de crema de leche, la sección de deportes, el área metropolitana, las páginas económicas y, siempre al final, las noticias nacionales e internacionales. A medio leer las esquelas, le llevaba a su querida esposa una taza de café, cada día la misma taza de color lavanda, con dos azucarillos.

A la mañana siguiente de la fiesta de villancicos en el césped de su jardín, Luther bajó medio dormido por el camino de la entrada y, cuando estaba a punto de recoger el 'Gazette', vio por el rabillo del ojo toda una serie de vivos colores. Había una pancarta en el centro de su césped. 'Liberad a Frosty', proclamaba aquella cosa en audaces letras negras. Era un póster de color blanco con verdes y rojos alrededor y un dibujo de Frosty encadenado en algún lugar de la buhardilla, sin duda la buhardilla de los Krank. O era un dibujo muy malo de un adulto con demasiado tiempo que perder o bien un dibujo bastante bueno de un niño con una mamá mirando por encima de su hombro.

Luther intuyó de repente que unos ojos lo estaban mirando, montones de ojos, por lo que se colocó con aire ausente el 'Gazette' bajo el brazo y regresó tranquilamente a la casa como si no hubiera visto nada. Soltó un gruñido mientras se llenaba la taza de café y se le escapó una maldición por lo bajo mientras se acomodaba en su silla.

No pudo disfrutar de los deportes ni del área metropolitana, y ni siquiera las esquelas consiguieron despertar su interés. Después comprendió que no convenía que Nora viera el letrero. Se preocuparía mucho más que él. A cada nuevo ataque que recibía su derecho a hacer lo que le diera la gana, aumentaba la decisión de Luther de saltarse la Navidad. Pero estaba preocupado por Nora.

Él no se vendría abajo jamás, pero temía que ella sí lo hiciera. En caso de que creyera que los niños del barrio estaban protestando, puede que no pudiera resistirlo.

Actuó con rapidez, pasando furtivamente a través del garaje, dobló la esquina, levantando mucho los pies para cruzar el césped porque la hierba estaba mojada y prácticamente helada, arrancó la pancarta del suelo y la guardó en el cuarto de planchar, donde ya se encargaría de librarse de ella más tarde. Le llevó a Nora su café y volvió a sentarse junto a la mesa de la cocina, donde trató infructuosamente de concentrarse en el 'Gazette'. Pero estaba furioso y tenía los pies helados.

Se dirigió al trabajo en su automóvil.

En cierta ocasión había propuesto cerrar el despacho desde mediados de diciembre hasta el primero de enero. De todos modos, nadie trabaja, había argumentado con gran brillantez en el transcurso de una reunión de la firma. Las secretarias tenían que efectuar compras y salían a almorzar más temprano que de costumbre, regresaban tarde y después salían una hora antes para hacer recados. Mejor dejar simplemente que todo el mundo se tomara las vacaciones en diciembre, había dicho enérgicamente.

Una especie de semana de descanso, pagada, naturalmente. De todos modos, la facturación era muy baja, explicó, echando mano de toda suerte de tablas y gráficos para demostrar su aseveración. Sus clientes no estaban en sus despachos, por consiguiente no se podía cerrar ninguna operación hasta la primera semana de enero. Wiley & Beck se podría ahorrar unos cuantos dólares evitando la cena de Navidad y la fiesta del despacho. Incluso mostró un artículo de 'The Wall Street Journal' acerca de una gran empresa de Seattle que había adoptado semejante política con extraordinarios resultados, o eso por lo menos decía el 'Journal'.

Su exposición había sido espléndida. La firma votó en contra por once a dos y él se pasó un mes furioso. Sólo Yank Slader se había puesto de su parte. Luther pasó otra mañana desarrollando mecánicamente sus tareas, pero con la mente puesta en el concierto de la víspera junto a su parterre de enebros y en la pancarta de protesta de su jardín. Le gustaba la vida en Hemlock, se llevaba bien con todos los vecinos, incluso con Walt Scheel, y ahora se sentía incómodo por el hecho de haberse convertido en el blanco de sus iras. Biff, la de la agencia de viajes, modificó su estado de ánimo cuando entró más fresca que una rosa en su despacho sin apenas llamar a la puerta - Dox, su secretaria, estaba ocupada con unos catálogos- y le entregó los billetes del crucero junto con un impresionante itinerario y un folleto puesto al día del 'Island Princess'.

Desapareció en cuestión de unos segundos tras una visita demasiado corta para el gusto de Luther, quien, al admirar su figura y su bronceado, no pudo por menos de soñar con los incontables tangas en los que muy pronto podría deleitarse. Cerró la puerta de su despacho y no tardó en perderse en las azules aguas del Caribe.

Por tercera vez aquella semana salió subrepticiamente poco antes del almuerzo y se dirigió a toda prisa al centro comercial. Aparcó lo más lejos que pudo porque necesitaba el paseo, ahora que había adelgazado cuatro kilos y se sentía en plena forma, y entró en Sears con otros cien compradores de la hora del almuerzo. Sólo que él había acudido allí para echar una siesta.

Oculto detrás de unas gruesas gafas de sol, entró en el Siempre Morenos de la planta superior.

Daisy, la de la piel cobriza, había sido relevada por Daniella, una pálida pelirroja cuyas constantes sesiones de bronceado sólo habían servido para que sus pecas aumentaran y se extendieran. Le taladró la tarjeta, le asignó la cabina dos y, con toda la sabiduría de una experta dermatóloga, le dijo:

-Creo que hoy te bastará con veinticinco minutos, Luther.

Era por lo menos treinta años menor que él, pero no tenía el menor problema en llamarle simplemente Luther. Trabajaba en un empleo temporal a cambio del salario mínimo y jamás se le había pasado por la cabeza la idea de que quizá debería llamarle señor Krank.

¿Por qué no veintiséis minutos?, le hubiera querido replicar.

¿O veinticuatro?

Murmuró algo volviéndose a mirarla por encima del hombro y se dirigió a la cabina dos.

La Esterilla Bronceadora FX-2000 estaba fría al tacto, buena señal, pues Luther no soportaba la idea de deslizarse en el interior de aquel trasto

inmediatamente después de que otra persona lo hubiera abandonado. La roció rápidamente con Windex, frotó enérgicamente, volvió a comprobar que la puerta estuviera cerrada, se desnudó como si alguien pudiera verle y se introdujo con sumo cuidado en el lecho bronceador.

Se estiró y cambió de posición hasta sentirse lo más cómodo posible y luego bajó la tapa superior, pulsó el botón de puesta en marcha y empezó a asarse. Nora había estado allí un par de veces y no sabía muy bien si volvería a hacerlo, pues hacia la mitad de su última sesión, alguien había accionado el tirador de la puerta y le había pegado un susto de muerte. Balbució algo, no recordaba exactamente qué a causa del terror del momento, y al incorporarse instintivamente se había golpeado la cabeza con la parte superior de la esterilla bronceadora.

Luther había sido considerado culpable de lo ocurrido. Y el hecho de reírse no le había sido demasiado beneficioso precisamente.

No tardó en dejarse llevar por sus pensamientos hacia el 'Island Princess' con sus seis piscinas y todos aquellos morenos cuerpos en plena forma tumbados a su alrededor, hacia las playas de blanca arena de Jamaica y Gran Caimán, hacia las cálidas y tranquilas aguas del Caribe.

Un timbre lo sobresaltó. Sus veinticinco minutos habían terminado. Después de cuatro sesiones, Luther estaba empezando a observar una cierta mejora en el desvencijado espejo de pared. Era sólo cuestión de tiempo que alguien del despacho le hiciera un comentario acerca de su bronceado. Todos se morían de envidia.

Mientras regresaba precipitadamente al trabajo, con la piel todavía caliente y el vientre todavía más plano tras haberse saltado otra comida, empezó a caer aguanieve.

Luther se sorprendió al ver que temía regresar a casa. Todo fue bien hasta que dobló la esquina de Hemlock. Becker, el de la puerta de al lado, estaba añadiendo más lucecitas a sus arbustos y, para fastidiar, había intensificado la iluminación del extremo de su jardín que lindaba con el garaje de Luther. Trogdon había colocado tantas bombillitas que no se podía saber si había añadido unas cuantas más, pero Luther sospechaba que sí. En la otra acera, en la casa colindante con la de Trogdon, Walt Scheel colocaba cada día más adornos.

Y ahora, en la casa de al lado, al este de la de Luther, Swade Kerr se había dejado arrebatar súbitamente por el espíritu de la Navidad y estaba colocando alrededor de sus escuálidos arbustos de boj toda una serie de lucecitas intermitentes de color rojo y verde. Los Kerr impartían enseñanza a su numerosa prole en el propio domicilio, y la solían mantener encerrada en el sótano. Se negaban a votar, practicaban el yoga, comían exclusivamente alimentos vegetarianos, calzaban sandalias con gruesos calcetines en invierno y afirmaban ser ateos. Una gente muy rara, pero no eran malos vecinos.

Shirley, la mujer de Swade, tenía un aristocrático apellido compuesto y era propietaria de fondos fiduciarios.

-Me tienen rodeado -musitó Luther para sus adentros mientras aparcaba en su garaje, se dirigía corriendo a la casa y cerraba la puerta a su espalda.

-Fíjate en eso -dijo Nora frunciendo el entrecejo y, tras darle un beso en la mejilla, le hizo la pregunta de rigor-: ¿Qué tal día has tenido? Dos sobres de color pastel, lo más obvio.

-¿Qué es? -preguntó él en tono cortante.

Lo que menos le apetecía ver a Luther eran felicitaciones navideñas con sus ridículos e hipócritas mensajes. Lo que él quería era cenar; aquella noche lo haría a base de pescado al horno y verduras al vapor.

Extrajo las dos tarjetas de los sobres, cada una de ellas con el dibujo de un Frosty. No había firma. Ni dirección del remitente.

Felicitaciones navideñas anónimas.

-Muy gracioso -dijo, arrojándolas sobre la mesa.

-Pensé que te gustarían. Llevan matasellos del centro de la ciudad.

-Seguro que ha sido Frohmeyer -dijo Luther, quitándose la corbata de un tirón-.

Le encanta gastar bromas pesadas.

Mediada la cena, llamaron al timbre de la puerta. Luther hubiera podido limpiar el plato en dos bocados, pero Nora le predicaba siempre las virtudes del comer despacio. Aún estaba hambriento cuando se levantó, preguntándose en voz baja quién podría ser a aquella hora.

El bombero se llamaba Kistler y el auxiliar sanitario se llamaba Kendall, ambos eran jóvenes y esbeltos, ambos estaban en plena forma debido a las incontables horas que se pasaban haciendo ejercicio en la comisaría, sin duda a expensas del contribuyente, pensó Luther mientras los invitaba a entrar pero sin apenas permitirles cruzar el umbral. Otro ritual anual, otro ejemplo perfecto de lo que no le gustaba de la Navidad.

El uniforme de Kistler era de color azul y el de Kendall de color aceituna. Ninguno de los colores hacía juego con los gorros de Papá Noel que ambos se habían puesto, pero, en realidad, ¿qué más daba? Los gorros eran divertidos y tenían su gracia, pero Luther no sonrió.

El auxiliar sanitario sostenía la bolsa de papel junto a su pierna.

-Este año volvemos a vender tartas de fruta, señor Krank -estaba diciendo Kistler-. Lo hacemos todos los años.

-Nuestra meta es llegar a los nueve mil dólares.

-El año pasado conseguimos algo más de ocho.

-La víspera de Navidad repartiremos juguetes entre seiscientos niños.

-Es un proyecto impresionante.

Hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Un equipo de ataque muy bien entrenado.

-Tendría usted que verles la cara.

-Yo no me lo perdería por nada del mundo.

-En cualquier caso, tenemos que reunir el dinero, y muy rápido, por cierto.

-Aquí tenemos a nuestros viejos aliados de siempre, las Tartas de Fruta de Mabel -dijo Kendall alargando la bolsa hacia Luther por si éste quisiera tomarla y echar un vistazo dentro.

-Mundialmente famosas.

-Las hacen en Hermansburg, Indiana, la sede de Mabel's Bakery.

-Media ciudad trabaja allí.

Sólo elaboran tartas de fruta.

«Pobre gente», pensó Luther.

-Tienen una receta secreta y sólo utilizan ingredientes de primerísima calidad.

-Y hacen las mejores tartas de fruta del mundo.

Luther no soportaba las tartas de fruta. Los dátiles, los higos, las ciruelas, las nueces, los trocitos de coloreados frutos secos confitados.

-Ya llevan ochenta años haciéndolas.

-La tarta más vendida del país. Seis toneladas el año pasado.

Luther permanecía absolutamente inmóvil sin ceder ni un palmo de terreno, mirando rápidamente hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás.

-Sin sustancias químicas ni aditivos.

-Sí, no sé cómo consiguen conservarlas tan frescas.

Con sustancias químicas y aditivos, hubiera querido decir Luther. Un ramalazo de hambre lo golpeó con toda su fuerza. Poco faltó para que se le doblaran las rodillas y su cara de palo hiciera una mueca. Desde hacía dos semanas, su sentido del olfato se había agudizado, sin duda un efecto secundario del severo régimen que estaba siguiendo. Puede que percibiera una vaharada de las estupendas tartas de Mabel, no estuvo seguro, pero un anhelo irreprimible se apoderó de él. De pronto, experimentó el deseo de comer algo. De pronto, experimentó el impulso de arrebatarle la bolsa a Kendall, desgarrar un paquete y ponerse a devorar una tarta de fruta.

Pero se le pasó. Apretando las mandíbulas, Luther resistió y después se relajó. Kistler y Kendall estaban tan ocupados soltando su rollo habitual que ni siquiera se dieron cuenta.

-Sólo nos sirven una cantidad determinada.

-Tenemos suerte de que nos vendan novecientas. A nueve dólares cada una, ya tenemos los nueve mil que necesitamos para los juguetes.

-El año pasado nos compró cinco, señor Krank.

-¿Podría volverlo a hacer?

Sí, el año pasado compré cinco, recordó Luther ahora. Tres las llevé al despacho y las deposité en secreto sobre los escritorios de tres compañeros. Al término de la semana, habían pasado tanto de mesa en mesa que los paquetes estaban deteriorados. Dox los arrojó a la papelera cuando cerraron la víspera de Navidad. Nora regaló las otras dos a su peluquera, una señora de ciento cincuenta kilos que las coleccionaba por docenas y se pasaba hasta el mes de julio comiendo tartas de fruta.

-No -dijo Luther finalmente-.

Este año no compro.

El equipo de ataque guardó silencio. Kistler miró a Kendall y Kendall miró a Kistler.

-¿Cómo dice?

-No quiero ninguna tarta de fruta este año.

-¿Cinco le parecen demasiado?

-preguntó Kistler.

-Una me parece demasiado -replicó Luther, cruzando lentamente los brazos sobre el pecho.

-¿Ninguna? -preguntó Kendall, sin dar crédito a sus oídos.

-Cero -contestó Luther.

Adoptaron la expresión más triste posible.

-¿Siguen organizando aquel torneo de pesca del Cuatro de Julio para niños discapacitados?

-preguntó Luther.

-Todos los años -contestó Kistler.

-Estupendo. Vuelvan en verano y les entregaré cien dólares para el torneo de pesca.

-Gracias -consiguió musitar Kistler con un hilillo de voz.

Luther tuvo que efectuar unos cuantos embarazosos movimientos para conseguir que salieran. Después regresó a la mesa de la cocina, donde todo había desaparecido:

Nora, su plato con los últimos dos bocados de pescado al vapor, su vaso de agua y su servilleta.

Todo.

Furioso, se dirigió a la despensa, donde encontró un tarro de mantequilla de cacahuetes y unas galletitas saladas un poco rancias.

9

El padre de Stanley Wiley había fundado Wiley & Beck en 1949. Beck llevaba tanto tiempo muerto que nadie sabía exactamente por qué su nombre seguía figurando en la puerta. Sonaba bien -Wiley & Beck- y, además, hubiera resultado muy caro cambiar todo el papel de cartas y el restante material de escritorio. Para ser una asesoría fiscal con medio siglo de existencia, lo más curioso era lo poco que había crecido. Contaba con una docena de socios en el departamento fiscal, entre ellos, Luther, y unos veinte en el departamento de auditoría. Sus clientes eran medianas empresas que no podían permitirse el lujo de contratar los servicios de las grandes asesorías fiscales nacionales. Si Stanley Wiley hubiera sido más ambicioso unos treinta años antes, tal vez la veterana firma hubiera podido ponerse en órbita y convertirse en una fuerza. Pero él no había sido ambicioso y la empresa no había podido convertirse en una fuerza y ahora él fingía conformarse con ser lo que llamaba una «'boutique' de asesoría».

Justo en el momento en que Luther estaba planeando una rápida salida para dirigirse corriendo al centro comercial, Stanley apareció como por arte de ensalmo con un alargado bocadillo de cuyos lados colgaban unas hojas de lechuga.

-¿Tienes un minuto? -dijo con la boca llena.

Y empezó a sentarse antes de que Luther hubiera tenido tiempo de contestar que sí o que no o de preguntar si podía darse prisa.

Usaba unas estúpidas corbatas de pajarita y, por regla general, lucía en la pechera de su barata camisa azul con cuello de botones toda suerte de manchas... de tinta, mayonesa, café. Stanley era muy desordenado y su despacho era un auténtico vertedero de basura donde los documentos y las carpetas podían pasarse varios meses perdidos.

«Busca en el despacho de Stanley», solía decirse en la firma cuando se perdía algún papel.

-Tengo entendido que mañana por la noche te vas a saltar la cena de Navidad -dijo Stanley sin dejar de masticar.

A Stanley le encantaba recorrer los pasillos a la hora del almuerzo con un bocadillo en una mano y una botella de gaseosa en la otra, como si estuviera demasiado ocupado para almorzar como es debido.

-Me voy a saltar muchas cosas este año, Stanley, sin ánimo de ofender a nadie -contestó Luther.

-O sea que es verdad.

-Es verdad. No estaremos aquí.

Stanley se tragó el bocado frunciendo el entrecejo y después examinó el bocadillo en busca del siguiente lugar donde hincar el diente. Era el socio gerente, no el jefe. Luther era socio desde hacía seis años. Nadie en Wiley & Beck podía obligarle a hacer algo que él no quisiera.

-Lo siento mucho. Jayne va a sufrir una decepción.

-Le enviaré una nota -dijo Luther.

No solía ser una velada horrible: una excelente cena en un buen restaurante del centro de la ciudad, en un comedor privado del piso de arriba, buena comida, vinos aceptables, algún que otro discurso y después una orquesta y baile hasta las tantas. Todo presidido por el esmoquin, naturalmente, y el afán de las señoras de eclipsarse mutuamente con sus vestidos y sus joyas. Jayne Wiley era una mujer encantadora que se merecía algo más que lo que le ofrecía Stanley.

-¿Algún motivo en concreto?

-preguntó Stanley, fisgoneando un poco más de la cuenta.

-Este año nos vamos a saltar todo el número, Stanley, nada de árbol ni regalos ni ajetreo. Ahorraremos dinero y haremos un crucero de diez días. Blair se ha ido y necesitamos un respiro. Supongo que ya lo compensaremos con creces el año que viene y, si no, el otro.

-Es algo que vuelve todos los años, ¿verdad?

-En efecto.

-Me han dicho que estás adelgazando.

-Cinco kilos. Las playas me esperan.

-Tienes una pinta estupenda, Luther. Me han dicho que te estás sometiendo a unas sesiones de bronceado.

-Pues sí, quiero ponerme un poco más moreno. No quiero que el sol triunfe sobre mí.

El bocado de Stanley a la 'baguette' con jamón arrastró consigo unas tiras de lechuga que le quedaron colgando entre los labios. Y después un movimiento.

-No es mala idea, la verdad.

O algo parecido.

La idea que tenía Stanley de unas vacaciones eran una semana en una casa de la costa, una especie de choza en la que no había invertido ni un céntimo en treinta años.

Nora y Luther habían pasado allí una semana terrible como invitados de los Wiley, que ocupaban el dormitorio principal y colocaron a los Krank en la «'suite' de invitados», una estrecha habitación con literas y sin aire acondicionado. Stanley se pasaba desde media mañana hasta última hora de la tarde bebiendo tónica con ginebra, y el sol ni siquiera le rozaba la piel. Stanley se retiró musitando algo con la boca llena, pero, antes de que Luther pudiera escapar, Yank Slader irrumpió en su despacho.

-Llevo gastados cuatro mil doscientos dólares, chico -le anunció-. Y aún no veo el final. Abigail se acaba de gastar seiscientos dólares en un vestido para la cena de Navidad, no sé por qué no puede ponerse el del año pasado o el del anterior, pero ¿por qué discutir?

-Los zapatos le han costado ciento cuarenta. El bolso otros noventa. Tiene los armarios llenos de zapatos y bolsos, pero mejor que no diga nada. A este paso, gastaremos más de cinco mil. Por favor, deja que me vaya contigo de crucero. Siguiendo el ejemplo de Luther, Yank estaba llevando la cuenta de todos los daños causados por la Navidad. Dos veces a la semana actualizaba los gastos. No estaba seguro de lo que iba a hacer con los resultados. Probablemente nada, y él lo sabía.

-Eres mi héroe -repitió, abandonando el despacho con la misma rapidez con que había entrado.

«Todos me envidian», pensó Luther. En este momento, a una semana del jaleo y cuando la locura de las fiestas aumenta día a día, todos se mueren de celos. Algunos, como Stanley, se resistían a reconocerlo. Otros, como Yank, se mostraban totalmente orgullosos de Luther.

Como se le había hecho tarde para la sesión de bronceado, Luther se acercó a la ventana y disfrutó contemplando la fría lluvia que estaba cayendo sobre la ciudad.

Cielos grises, árboles yermos, hojas dispersas por el viento, embotellamientos de tráfico en las calles a lo lejos.

«Qué bonito», pensó, relamiéndose de gusto. Se dio una palmada en el plano vientre y después bajó y se tomó una gaseosa de régimen con Biff, la agente de viajes.

En cuanto sonó el timbre, Nora se incorporó de la Esterilla Bronceadora y tomó una toalla.

Sudar no era algo muy de su gusto, por lo que se secó enérgicamente. Lucía un breve bikini rojo que le sentaba de maravilla a la joven y delgada modelo del catálogo y que ella sabía que jamás se pondría en público, pero Luther había insistido en que se lo comprara de todos modos. Se había quedado boquiabierto de asombro al contemplar a la modelo y había amenazado con hacer él mismo el pedido. No era muy caro y Nora se lo había comprado. Se miró al espejo y se volvió a ruborizar al verse con aquella prenda tan breve. Había adelgazado con toda seguridad. Se estaba poniendo morena con toda seguridad.

Pero se hubiera tenido que pasar cinco años muriéndose de hambre y haciendo ímprobos esfuerzos en un gimnasio para sacar el mejor partido de

lo que en aquellos momentos llevaba puesto. Se vistió rápidamente, poniéndose los pantalones y el jersey por encima del bikini.

Luther juraba que se bronceaba en cueros, pero ella no se desnudaba para nadie. Hasta vestida se sentía una puta. La prenda le apretaba en todos los sitios que no debía y, cuando caminaba, no resultaba precisamente muy cómoda que digamos. Estaba deseando regresar a casa, quitársela, tirarla y disfrutar de un buen baño caliente.

Acababa de alejarse sana y salva de Siempre Morenos cuando dobló una esquina y se tropezó cara a cara con el reverendo Doug Zabriskie, su párroco. Iba cargado de bolsas de compra mientras que ella sólo llevaba el abrigo. Estaba pálido y ella tenía la cara enrojecida y aún estaba sudando. El clérigo aparentaba sentirse a gusto con su vieja chaqueta de 'tweed', su abrigo, su alzacuello y su camisa negra. A Nora, en cambio, el bikini le estaba cortando la circulación. Se saludaron cortésmente.

-La eché de menos el domingo -dijo el clérigo, siguiendo la misma desagradable costumbre que había adquirido años atrás.

-Es que estamos muy ocupados -contestó Nora, tocándose disimuladamente la frente para ver si todavía sudaba.

-¿Le ocurre algo, Nora?

-No, qué va -replicó ella en tono cortante.

-Parece que le falta la respiración.

-Es que me he pegado una caminata tremenda -explicó Nora, soltándole una trola a su párroco.

Por una extraña razón, él le miró los zapatos. No calzaba zapatillas deportivas, por supuesto.

-¿Podemos hablar un momento?

-dijo él.

-Sí, claro.

Había un banco vacío cerca de la barandilla del piso de arriba del centro comercial. El reverendo soltó las bolsas y las amontonó junto al banco. Cuando Nora se sentó, el minúsculo bikini rojo de Luther volvió a desplazarse y algo, un cordón quizá, se soltó justo por encima de su cadera mientras otra cosa se empezaba a deslizar hacia abajo.

Los pantalones que llevaba no eran ajustados sino holgados, por lo que había espacio suficiente para el movimiento.

-He oído toda suerte de rumores -dijo el clérigo amablemente.

Tenía la molesta costumbre de acercarse al rostro de su interlocutor cuando hablaba. Nora cruzó y volvió a cruzar las piernas, pero cada maniobra que hacía empeoraba la situación.

-¿Qué clase de rumores? -preguntó, tensa.

-Le seré sincero, Nora -dijo el párroco inclinándose y acercándose todavía más-.

He sabido de muy buena fuente que este año usted y Luther han decidido saltarse la Navidad.

-En cierta manera, sí.

-Jamás en mi vida había oído nada semejante -dijo el párroco en tono muy serio, como si los Krank acabaran de descubrir una nueva variedad de

pecado. De repente, Nora se quedó paralizada y, así y todo, siguió teniendo la sensación de que aún se le estaba cayendo la ropa. Unas nuevas gotas de sudor aparecieron en su frente.

-¿De veras se encuentra bien, Nora? -preguntó el párroco.

-Estoy perfectamente y estamos perfectamente. Seguimos creyendo en la Navidad, en la celebración del nacimiento de Jesús, pero este año queremos saltarnos toda la locura de las fiestas.

Blair se ha ido y queremos tomarnos un respiro.

El clérigo reflexionó un buen rato mientras ella cambiaba ligeramente de posición.

-Es un poco raro, ¿no le parece? -dijo el párroco, contemplando el montón de bolsas que había depositado en el suelo.

-Pues sí lo es. Pero, mire, nosotros estamos muy bien, Doug, se lo aseguro.

Somos felices, estamos sanos y simplemente queremos relajarnos un poco. Eso es todo.

-Tengo entendido que se van.

-Sí, un crucero de diez días.

El párroco se acarició la barba como si no supiera si aprobarlo o no.

-Pero no dejarán de asistir a las ceremonias de Nochebuena, ¿verdad? -preguntó con una sonrisa.

-No le puedo prometer nada, Doug.

Él le dio una palmada en la rodilla y le dijo adiós. Nora esperó hasta que lo perdió de vista y, finalmente, hizo acopio de valor y se levantó. Abandonó el centro comercial arrastrando los pies y maldiciendo a Luther y su bikini. La hija menor de la prima de la mujer de Vic Frohmeyer desarrollaba una intensa actividad en su parroquia católica, cuyo numeroso coro juvenil disfrutaba cantando villancicos por toda la ciudad. Un par de llamadas telefónicas fueron suficientes para contratar su actuación.

Estaba cayendo una ligera nevada cuando se inició el concierto. El coro formó una media luna en el camino de entrada, cerca de la lámpara de gas y, siguiendo una indicación, empezó a entonar a voz en grito 'Oh, pequeña ciudad de Belén'. Cuando Luther atisbó a través de la persiana, los miembros del coro lo saludaron con la mano.

No tardó en congregarse una multitud detrás de los cantores; niños del barrio, los Becker de la puerta de al lado, el clan de los Trogdon. Allí, gracias a una información anónima, un reportero del 'Gazette', se pasó un rato contemplando la escena y después decidió hacer valer sus derechos y llamó al timbre de los Krank. Luther abrió la puerta con rabia, dispuesto a soltar un puñetazo.

-¿Qué pasa?

Al fondo sonaban las notas de 'Blanca Navidad'.

-¿Es usted el señor Krank?

-preguntó el reportero.

-Sí, ¿y usted quién es?

-Brian Brown, del 'Gazette'.

¿Puedo hacerle unas preguntas?

-¿Sobre qué?

-Sobre este asunto de saltarse la Navidad.

Luther miró a la gente que ocupaba el camino de la entrada de su casa. Una de las oscuras siluetas de allí se había chivado. Uno de sus vecinos había llamado al periódico.

O Frohmeyer o Walt Scheel.

-No pienso decir nada -contestó, cerrando la puerta de golpe.

Nora estaba de nuevo en la ducha y él bajó al sótano.

10

Luther sugirió ir a cenar al Angelo's, su restaurante italiano preferido. Estaba ubicado en el sótano de un viejo edificio del centro de la ciudad, lejos de las hordas de las galerías y los centros comerciales, a cinco manzanas del itinerario del desfile. Era una buena noche para alejarse de Hemlock. Pidieron ensalada con un aliño ligero y pasta con salsa de tomate, sin carne, vino ni pan. Nora llevaba siete sesiones de bronceado y Luther diez. Mientras se bebían su agua con gas, admiraron el curtido aspecto de sus rostros y se burlaron de todos los pálidos semblantes que los rodeaban. Una de las abuelas de Luther era de origen medio italiano y sus genes mediterráneos estaban resultando ser muy efectivos a la hora de broncearse. Su piel era varios tonos más oscura que la de Nora y los amigos estaban empezando a darse cuenta. Pero a él le importaba un bledo. A aquellas alturas, todo el mundo sabía que se iban a las islas.

-Ahora está a punto de comenzar -dijo Nora, consultando su reloj.

Luther consultó el suyo. Las siete de la tarde.

El desfile de Navidad se iniciaba cada año en el Veteran's Park del centro de la ciudad. Con carrozas, vehículos de los bomberos y bandas de música, siempre lo mismo. La marcha la cerraba siempre Papá Noel en un trineo construido por el Rotary Club, escoltado por ocho gordinflones miembros de la masónica Antigua Orden Arábiga de los Nobles del Santuario Místico montados en motocicletas. El desfile recorría la zona oeste y pasaba muy cerca de Hemlock. Cada año desde hacía dieciocho los Krank y sus vecinos acampaban a lo largo del trayecto del desfile y convertían el acontecimiento en una fiesta. Era una noche festiva que Nora y Luther deseaban evitar aquel año. Hemlock estaría lleno a rebosar de niños, cantores de villancicos y cualquiera sabía qué otras cosas.

Probablemente bandas de ciclistas entonando «Liberad a Frosty» y pequeños terroristas clavando pancartas en el césped de su jardín.

-¿Qué tal fue la cena de Navidad de la firma? -preguntó Nora.

-Creo que como siempre. El mismo local, los mismos camareros, el mismo filete, el mismo 'sufflè'.

Slader dice que Stanley se emborrachó como una cuba durante el cóctel.

-Yo jamás lo he visto sereno en un cóctel.

-Pronunció el mismo discurso de siempre: gran esfuerzo, aumento de la facturación, el año que viene los derrotaremos a todos, Wiley & Beck es una gran familia, gracias a todos. Cosas de este tipo. Me alegro de que no fuéramos.

-¿Alguien más se saltó la cena?

-Slader dice que a Maupin, de Auditoría, no se le vio el pelo.

-Me gustaría saber cómo iba vestida Jayne.

-Se lo preguntaré a Slader.

Estoy seguro de que tomó apuntes.

Llegaron las ensaladas y ambos contemplaron el minúsculo montoncito de espinacas como si fueran unos refugiados muertos de hambre. Pero lo aliñaron con sumo cuidado, le añadieron un poco de sal y pimienta y empezaron a comer como si no sintieran el menor interés por la comida. En el 'Island Princess' se servían cinco grandes comidas al día. Luther se proponía comer hasta reventar.

En una mesa no muy separada, una hermosa joven morena estaba cenando con su pareja. Nora la vio y posó el tenedor.

-¿Tú crees que está bien, Luther?

Luther miró a su alrededor y preguntó:

-¿Quién?

-Blair.

Luther terminó de masticar y reflexionó acerca de la pregunta que ahora su mujer sólo le hacía tres veces al día.

-Está bien, Nora. Se lo está pasando en grande.

-¿Y está segura?

Otra pregunta habitual, planteada como si Luther supiera a ciencia cierta si en aquel preciso instante su hija estaba segura o no.

-El Cuerpo de Paz lleva treinta años sin perder a ningún voluntario. Tienen mucho cuidado, Nora; y ahora come.

Nora removió un poco la ensalada con el tenedor, tomó un bocado y perdió el interés. Luther dejó su plato limpio como una patena y se centró en el de su mujer.

-¿Te lo vas a comer? -le preguntó.

Ella intercambió los platos y, en un santiamén, Luther limpió el segundo. Les sirvieron la pasta y ella decidió proteger su cuenco.

Tras ingerir unos desganados bocados, se detuvo de repente con el tenedor a medio camino de su boca.

Lo volvió a posar y dijo:

-Lo olvidé.

Luther estaba masticando con fruición.

-¿Qué ocurre?

El rostro de su mujer mostraba una expresión aterrorizada.

-¿Qué ocurre, Nora? -repitió Luther, tragando el bocado con cierta dificultad.

-¿Los jueces no suelen ir a vernos al terminar el desfile?

Entonces Luther cayó también en la cuenta. Apartó momentáneamente el tenedor, tomó un sorbo de agua y su mirada se perdió en la distancia sin centrarse en nada en particular. Sí, en efecto, así era. Después del desfile, un comité de Parques y Zonas de Ocio recorría los barrios en una carroza tirada por un tractor John Deere y calibraba el nivel de espíritu navideño, otorgando premios a las distintas categorías: Diseño original, Iluminación, etc. Y también otorgaban un premio a la calle mejor adornada. Hemlock había ganado dos veces la cinta azul.

El año anterior Hemlock había quedado en segundo lugar, sobre todo porque, según los chismes que circulaban por la calle, dos de las cuarenta y dos casas no habían colocado un Frosty. Boxwood Lane, situada tres manzanas al norte, se había sacado de la manga una deslumbrante hilera de Chupa-chups -Calle del Chupa-chups, se calificaba a sí misma y le había arrebatado el premio a Hemlock.

Frohmeyer se pasó un mes enviando circulares.

La cena, ahora ya estropeada, llegó a una especie de punto muerto mientras ambos se comían desganadamente la pasta, procurando perder el mayor tiempo posible. Dos grandes tazas de café descafeinado.

Cuando el Angelo's se quedó vacío, Luther pagó la cuenta y ambos regresaron despacio a casa en su automóvil.

Como era de esperar, Hemlock volvió a perder. Luther recogió el 'Gazette' en la semipenumbra y se horrorizó al ver la primera plana de la sección del área metropolitana, en la que figuraba la lista de los ganadores de los premios: la avenida Cherry primera, Boxwood Lane en segundo lugar y Stanton en tercero. Trogdon, el de la acera de enfrente, con sus catorce mil bombillitas, quedó en cuarto lugar en Iluminación.

El centro de la página mostraba una enorme fotografía a todo color de la casa de los Krank, tomada a cierta distancia. Luther la examinó detenidamente y trató de establecer el ángulo. El fotógrafo la había tomado con un ángulo muy amplio, una especie de vista aérea.

A su lado, la casa de los Becker resplandecía con un cegador despliegue de luces. Y, al otro lado, la casa y el césped de los Kerr mostraban unas impecables hileras de lucecitas verdes y rojas, miles de ellas.

La casa de los Krank estaba a oscuras.

Al este, las casas de los Frohmeyer, los Nugent y los Galdy brillaban en todo su cálido esplendor, con los Frostys cómodamente instalados en los tejados. Al oeste, las residencias de los Dent, los McTier y los Bellington irradiaban todo el calor de la Navidad.

La casa de los Krank estaba totalmente oscura.

-Scheel -murmuró Luther. La fotografía se había tomado directamente desde el otro lado de la calle. Walt Scheel había permitido que el fotógrafo se encaramara al tejado de su casa de dos pisos y disparara la fotografía con un gran angular. Probablemente toda la calle lo estaba animando.

Bajo la fotografía, se publicaba un pequeño reportaje titulado:

«Saltarse la Navidad.« Decía lo siguiente:

El hogar del señor Krank y su esposa se ha quedado un poco oscuro esta Navidad. Mientras sus vecinos de la calle Hemlock colocan adornos y se preparan para la llegada de Papá Noel, los Krank se van a saltar la Navidad

y, según fuentes anónimas, se disponen a hacer un crucero. Nada de árbol, ni de luces ni de Frosty en el tejado; la suya es la única casa de Hemlock que guarda a Frosty en la buhardilla. (Hemlock, tradicional ganadora del concurso de adorno de calles organizado por el 'Gazette', ha obtenido este año un decepcionante séptimo lugar.) «Espero que ahora estén contentos», se quejó un vecino sin identificar. «Ha sido una cochina muestra de egoísmo», dijo otro.

Si Luther hubiera tenido a mano una ametralladora, habría salido a la calle y empezado a ametrallar las casas.

En su lugar, se pasó un buen rato con un nudo en el estómago y trató de convencerse de que ya se le pasaría. Faltaban apenas cuatro días para la partida y, cuando regresaran, todos aquellos malditos Frostys ya estarían guardados y las lucecitas y los árboles habrían desaparecido. Las facturas empezarían a llegar y entonces puede que todos sus maravillosos vecinos fueran más comprensivos con ellos.

Pasó la página del periódico, pero no podía concentrarse. Al final, hizo acopio de valor, apretó los dientes y le comunicó la mala noticia a su mujer.

-Qué manera más terrible de despertarme -dijo Nora, tratando de concentrar la mirada en la fotografía del periódico. Se frotó los ojos y entornó los párpados.

-Ese cabrón de Scheel dejó que el fotógrafo se encaramara a su tejado -dijo Luther.

-¿Estás seguro?

-Pues claro que estoy seguro.

Fíjate bien en la fotografía.

Nora lo intentó. Al final, consiguió enfocar la página y leyó el reportaje. Emitió un jadeo al llegar a la frase «... cochina muestra de egoísmo».

-¿Y eso quién lo ha dicho?

-preguntó.

-O Scheel o Frohmeyer.

Cualquiera sabe. Me voy a duchar.

-¡Cómo se atreven! -exclamó Nora sin apartar los ojos de la fotografía.

Así me gusta mi niña, pensó Luther. Enfádate. Mantente firme. Nos faltan sólo cuatro días... sólo faltaría que ahora nos viniéramos abajo.

Aquella noche después de cenar y de intentar mirar un poco la televisión, Luther decididó salir a dar un paseo. Se abrigó y se puso una gruesa bufanda de lana alrededor del cuello; fuera estaban a bajo cero y se avecinaba una nevada. Él y Nora habían comprado una de las primeras casas de Hemlock; no pensaba permanecer escondido.

Aquélla era su calle, su barrio, allí vivían sus amigos. Algún día aquel pequeño episodio caería en el olvido.

Luther inició su paseo con las manos profundamente metidas en los bolsillos mientras el gélido aire le vigorizaba los pulmones. Acababa de llegar al final, al cruce con Moss Point, cuando Spike Frohmeyer olfateó su rastro y le dio alcance con su monopatín.

-Hola, señor Krank -le dijo, deteniéndose a su lado.

-Ah, hola, Spike.

-¿Qué hace usted por aquí?

-Estoy dando un pequeño paseo.

-¿Disfrutando de los adornos navideños?

-Pues claro. Y tú, ¿qué haces por aquí?

-Vigilando un poco la calle -contestó Spike, mirando a su alrededor como si estuviera a punto de producirse una invasión.

-¿Qué te va a traer Papá Noel?

Spike esbozó una sonrisa y lo pensó un momento.

-Pues no estoy seguro, pero probablemente un juego, un palo de hockey y un par de tambores.

-Menudo lote.

-Claro que yo ya no creo en eso, ¿sabe? Pero Mike sólo tiene cinco años y seguimos fingiendo por él.

-Es natural.

-Tengo que irme. Felices fiestas.

-Felices fiestas también a ti, Spike -dijo Luther, pronunciando la felicitación prohibida por primera y última vez aquella temporada. Spike se perdió Hemlock abajo, corriendo sin duda a casa para informar a su padre de que el señor Krank había salido de casa y andaba suelto por la acera. Luther se detuvo delante del espectáculo de los Trogdon: catorce mil lucecitas entrelazadas en las ramas de los árboles y los arbustos, alrededor de las ventanas y de las columnas del porche. Arriba, en el tejado, Frosty disfrutaba de la compañía de Papá Noel y de su reno -'Rudolph', naturalmente, con su hocico que se encendía y apagaba-, todos perfectamente perfilados con lucecitas blancas. El tejado estaba a su vez perfilado por dos hileras de lucecitas verdes y rojas que parpadeaban alternativamente. La chimenea también se encendía y apagaba -centenares de lucecitas azules que se encendían simultáneamente y arrojaban un misterioso resplandor sobre el bueno de Frosty-. A lo largo de los arbustos de acebo que flanqueaban la casa, montaba guardia un batallón de soldados de hojalata de tamaño natural, todos ellos envueltos en luces multicolores. En el centro del césped se había instalado un precioso belén, con balas de heno auténticas y una cabra que movía el rabo hacia arriba y hacia abajo. Todo un número.

Luther oyó un ruido, la caída de una escalera de mano en el cobertizo de los automóviles que había al lado de la casa de los Trogdon y, a través de las sombras, vio a Walt Scheel manipulando otra tira de lucecitas. Se acercó a él y lo sorprendió desprevenido.

-Buenas noches, Walt -le dijo afablemente.

-Vaya, hombre, pero si es el bueno de Scrooge en persona -dijo Walt, esbozando una sonrisa forzada.

Ambos se estrecharon la mano y cada uno de ellos trató de buscar una frase hiriente e ingeniosa.

Luther dio un paso atrás, levantó la vista y preguntó:

-¿Cómo subió el fotógrafo hasta aquí arriba?

-¿Qué fotógrafo?

-El del 'Gazette'.

-Ah, ése.

-Pues sí, ése.

-Trepó.

-No me digas. ¿Y tú por qué se lo permitiste?

-Pues no sé. Dijo que quería fotografiar toda la calle.

Luther soltó un bufido y rechazó la respuesta con un movimiento de la mano.

-Me sorprendes un poco, Walt -dijo, a pesar de que no estaba en modo alguno sorprendido.

Llevaban once años manteniendo unas relaciones aparentemente cordiales, pues ambos deseaban evitar un enfrentamiento abierto. Sin embargo, a Luther le desagradaba el esnobismo y el afán de protagonismo de Walt. Y Luther no le caía bien a Walt porque éste llevaba años sospechando que sus sueldos eran casi iguales.

-Pues tú me sorprendes a mí -replicó Walt, aunque ninguno de los dos estaba sorprendido en absoluto.

-Creo que se te ha apagado una bombillita por allí -dijo Luther, señalando un arbusto envuelto en cientos de lucecitas.

-Voy ahora mismo.

-Nos vemos -dijo Luther, alejándose.

-Felices fiestas -le gritó Walt a su espalda.

-Bueno, bueno.

11

La fiesta navideña del despacho de Wiley & Beck empezaría con un almuerzo servido por dos hermanos griegos que estaban enemistados entre sí, pero preparaban la mejor 'baclava' de la ciudad. La barra abría a las once cuarenta y cinco; en realidad, las barras eran tres y, poco después, la situación empezaba a estropearse. Stanley Wiley sería el primero en emborracharse -él lo atribuiría a la alta graduación del ponche de huevo-, se encaramaría a un estrado al fondo de la mesa de la sala de juntas y soltaría el mismo discurso que habría pronunciado una semana atrás en el transcurso de la cena navideña de etiqueta. A continuación, ellos le harían un regalo, una escopeta de caza o un nuevo 'wedge' para arena o algún otro recuerdo inútil que prácticamente le arrancaría las lágrimas de los ojos pero que, pocos meses después, él regalaría discretamente a algún cliente. Habría más regalos, discursos y bromas y se cantarían algunas canciones a medida que circulara el alcohol. Un año se presentaron dos practicantes varones de 'striptease' y, al son de un ruidoso tambor, se quedaron desnudos a excepción de un taparrabo de leopardo mientras los hombres corrían a refugiarse y las secretarias soltaban gritos de emoción. Por medio de una circular, Stanley prohibió la presencia de practicantes varones de 'striptease' en el futuro. Dox, la secretaria de Luther, fue la que más gritó, y todavía conservaba las fotografías de los chicos.

Sobre las cinco, algunos de los más formales y envarados contables de Wiley & Beck empezaban a magrear o intentar magrear a algunas de las secretarias más feas de la casa. Pillar una curda era un comportamiento aceptado. Llevaban a Stanley a rastras a su despacho y lo atiborraban de café

antes de que regresara a casa. La empresa contrataba vehículos para que nadie tuviera que conducir. En conjunto, era un auténtico desastre. Pero a los socios les encantaba porque podían emborracharse a base de bien lejos de sus esposas, las cuales ya habían sido debidamente agasajadas en la elegante cena de gala navideña que organizaba la empresa y jamás participaban en la fiesta del despacho. A las secretarias les encantaba porque oían y veían cosas que podían guardarse y utilizar como chantaje durante el resto del año.

Luther aborrecía la fiesta navideña incluso en un año normal. Apenas bebía y jamás se emborrachaba y todos los años experimentaba vergüenza ajena al ver cómo hacían el ridículo sus compañeros. Por consiguiente, permaneció en su despacho con la puerta cerrada, resolviendo los detalles de última hora. De pronto, oyó una música en el pasillo, poco después de las once de la mañana. Buscó el momento apropiado y desapareció. Era el veintitrés de diciembre. No regresaría hasta el cinco de enero y, para entonces, el despacho ya habría vuelto a la normalidad. Que se fuera todo al carajo.

Entró en la agencia de viajes para despedirse de Biff, pero ella ya se había ido a un nuevo y fabuloso lugar de vacaciones de México que ofrecía un paquete especial.

Se dirigió rápidamente a su automóvil, orgulloso de haberse saltado la locura de la sexta planta. Tomó el camino del centro comercial para someterse a una última sesión de bronceado y echar un último vistazo a la multitud de imbéciles que esperaban hasta el último minuto para comprar lo que quedaba en las tiendas. El tráfico era muy lento, y cuando llegó finalmente al centro comercial un agente de tráfico estaba bloqueando la entrada. Los aparcamientos estaban totalmente ocupados. Ya no hay sitio. Vete.

«Con mucho gusto», pensó Luther.

Se reunió con Nora para almorzar en una abarrotada panadería del barrio. Habían hecho incluso una reserva, cosa inaudita el resto del año. Llegó con retraso. Observó que Nora había estado llorando.

-Es por Bev Scheel -le explicó ella-. Ayer fue a hacerse una revisión. El cáncer se le ha reproducido por tercera vez.

Aunque Luther y Walt nunca habían sido muy amigos, sus mujeres habían conseguido mantener unas buenas relaciones durante los últimos dos años. Pero lo cierto era que, durante muchos años, ningún vecino de Hemlock había mantenido demasiados tratos con los Scheel.

Trabajaban duro para tener cada vez más, y siempre hacían alarde de lo que ganaban.

-Se le ha extendido a los pulmones -dijo Nora, enjugándose los ojos.

Pidieron agua con gas.

-Y sospechan que también lo tiene en los riñones y el hígado.

Luther hizo una mueca al pensar en la extensión de la terrible enfermedad.

-Es tremendo -murmuró.

-Ésta podría ser su última Navidad.

-¿Lo ha dicho el médico? -preguntó Luther, que no se fiaba de las previsiones de los aficionados.

-No, lo digo yo.

Se pasaron más rato del debido hablando de los Scheel y, cuando ya estuvo harto, Luther dijo:

-Salimos dentro de cuarenta y ocho horas. Salud.

Entrechocaron sus vasos de plástico y Nora consiguió esbozar una sonrisa.

Mientras se estaban comiendo la ensalada, Luther preguntó:

-¿Te arrepientes de algo?

Ella meneó la cabeza, tragó el bocado y contestó:

-A ratos creo que he echado un poco de menos el árbol, los adornos, la música, los recuerdos. Pero no el tráfico, las compras y la tensión. Fue una gran idea, Luther.

-Soy un genio.

-No nos pasemos. ¿Tú crees que Blair pensará tan siquiera en la Navidad?

-No, con un poco de suerte.

Lo dudo mucho -contestó Luther con la boca llena-. Está trabajando con un grupo de salvajes paganos que adoran los ríos y cosas por el estilo. ¿Por qué iban a tomarse un respiro por Navidad?

-Eso es un poco duro, Luther.

¿Salvajes?

-Era una broma, cariño. Estoy seguro de que son encantadores. No te preocupes.

-Dijo que nunca miraba el calendario.

-Menuda hazaña. Yo tengo tres calendarios y muchas veces no sé a qué día estamos.

Millie, la de la Clínica Ginecológica, se acercó para dar un beso a Nora y desear felices fiestas a Luther, el cual se hubiera sentido molesto por la felicitación de no ser porque Millie era alta, esbelta y muy guapa a sus cincuenta y tantos años.

-Ya te has enterado de lo de Bev Scheel -dijo Millie en un susurro, como si Luther se hubiera esfumado de repente. Ahora éste sí que se sintió molesto. Rezó para que no cayera víctima de alguna terrible enfermedad, por lo menos en aquella ciudad. Las voluntarias se enterarían antes que él. Que sufra un ataque al corazón o un accidente de tráfico, algo que sea rápido. Algo sobre lo cual no se puedan hacer comentarios en voz baja mientras yo languidezco.

Al final, Millie se fue y ambos se terminaron la ensalada. Luther estaba muerto de hambre cuando pagó la cuenta y, una vez más, se sorprendió soñando con la abundancia de exquisitos manjares a bordo del 'Island Princess'. Nora tenía que hacer unos recados. Luther, no. Regresó a Hemlock, aparcó en el camino de la entrada, lanzando un pequeño suspiro de alivio al ver que no había ningún vecino paseando por las inmediaciones de su casa. Entre la correspondencia del día encontró otras cuatro felicitaciones navideñas anónimas centradas en Frosty, con matasellos de Rochester, Fort Worth, Green Bay y Saint Louis.

Los compañeros de universidad de Frohmeyer viajaban mucho y Luther sospechaba que era un jueguecito que éstos se llevaban entre manos. Froh-

meyer no descansaba y era lo bastante ingenioso como para haber organizado aquella travesura. Hasta la fecha llevaban recibidas treinta y una felicitaciones de Frosty, dos de ellas nada menos que desde Vancouver. Luther las conservaba todas y, a la vuelta del Caribe, tenía previsto introducirlas todas en un sobre de gran tamaño y enviárselas, con carácter anónimo, naturalmente, a Vic Frohmeyer, su vecino de dos puertas más abajo.

-Le llegarán junto con todos los gastos de sus tarjetas de crédito -murmuró mientras guardaba las felicitaciones de Frosty en un cajón, junto a las demás. Encendió el fuego de la chimenea, se acomodó en un sillón cubriéndose las piernas con un 'quilt' y se quedó dormido.

Fue una noche muy agitada en Hemlock. Errantes grupos de ruidosos cantores de villancicos se fueron turnando delante de la casa de los Krank. A menudo les echaban una mano los vecinos, dominados por el espíritu del momento. De pronto, desde detrás de un coro del Club de los Leones, una voz gritó:

-¡Queremos a Frosty!

Inmediatamente aparecieron unas pancartas de fabricación casera en las que se exigía «Liberad a Frosty», y la primera que se clavó en el suelo fue nada menos que la de Spike Frohmeyer. Él y su pequeño grupo de amigos subían y bajaban por Hemlock en monopatín o bicicleta, gritando y armando jaleo con toda la exuberancia propia de la antevíspera de Navidad. De repente, se organizó una fiesta callejera. Trish Trogdon preparó chocolate caliente para los niños mientras su marido Wes montaba unos altavoces en el camino de la entrada de su casa. Muy pronto 'Frosty, el muñeco de nieve' y 'Navidad, Navidad' empezaron a surcar la noche, interrumpidos tan sólo cuando apareció un coro de verdad para ofrecer una serenata a los Krank. Wes puso una selección de sus villancicos preferidos, pero su preferido de aquella noche era Frosty.

El hogar de los Krank permaneció a oscuras y en silencio, cerrado y a salvo. Nora estaba haciendo las maletas en el dormitorio. Luther se encontraba en el sótano, tratando de leer.

12

Víspera de Navidad. Luther y Nora durmieron hasta casi las siete de la mañana, cuando el teléfono los despertó.

-¿Puedo hablar con Frosty?

-preguntó una voz adolescente, pero, antes de que Luther pudiera replicar con una palabrota, se cortó la comunicación.

Pese a ello, Luther consiguió soltar una carcajada mientras se levantaba de un salto de la cama y se daba unas palmadas al liso vientre diciendo:

-Las islas nos llaman, cariño.

Vamos a hacer las maletas.

-Tráeme el café -dijo ella, deslizándose más profundamente bajo las mantas.

La mañana estaba fría y encapotada y la posibilidad de que nevara era de un cincuenta por ciento. A Luther no le apetecía una nevada, naturalmente. Nora experimentaría un arrebato de nostalgia en caso de que nevara

en Nochebuena. Se había criado en Connecticut, donde, según ella, la Navidad siempre era blanca.

Luther no quería que el tiempo se interpusiera en su vuelo del día siguiente. Permaneció de pie delante de la ventana de la fachada, justo en el lugar donde hubiera estado el árbol, se tomó el café, echó un vistazo al césped para comprobar que Spike Frohmeyer y su pandilla de forajidos no lo hubieran destrozado y miró hacia la casa de los Scheel de la otra acera. A pesar de sus luces y sus adornos, el lugar ofrecía un aspecto sombrío. Walt y Bev estaban allí dentro tomándose el café, haciendo las cosas como en estado de sonambulismo, sabiendo sin decirlo que aquélla podía ser su última Navidad juntos. Por un instante, Luther experimentó una punzada de remordimiento por el hecho de saltarse la Navidad, pero no le duró demasiado.

En la casa de al lado la situación era muy distinta para los Trogdon. Éstos seguían la antigua costumbre de hacer llegar a Papá Noel la mañana de la víspera de Navidad, veinticuatro horas antes que el resto del mundo y cargando a continuación su minifurgoneta para dirigirse a toda prisa a un hotelito y pasarse una semana esquiando.

El mismo hotelito cada año. Los Trogdon habían explicado que hacían la comida de Navidad en una cabaña de piedra delante de una preciosa chimenea encendida con otros treinta Trogdon. Muy acogedor, se esquiaba de maravilla, a los niños les encantaba y la familia se llevaba muy bien. Eran criterios distintos.

O sea que los Trogdon ya se habían levantado y estaban desenvolviendo montones de regalos. Luther observó movimiento alrededor del árbol y comprendió que sus vecinos no tardarían en salir acarreando cajas y bolsas hasta la furgoneta y entonces empezarían los gritos. Los Trogdon se llevaban rápidamente a sus hijos antes de que éstos se vieran obligados a explicar por qué razón Papá Noel les dispensaba semejante trato de favor. Por lo demás, Hemlock seguía estando tranquilo y en silencio, preparándose para los festejos.

Luther tomó otro sorbo de café y sonrió al mundo con expresión satisfecha. En la mañana de una típica víspera de Navidad, Nora se hubiera levantado al amanecer con dos largas listas, una para ella y otra todavía más larga para él. A las siete, ya habría colocado el pavo en el horno, la casa estaría impecable, las mesas estarían dispuestas para la fiesta y su absolutamente reventado marido estaría allí fuera en medio de la jungla del tráfico de última hora, tratando de cumplir todos los encargos de su lista. Se ladrarían el uno al otro cara a cara y a través del móvil. Él olvidaría algo y tendría que regresar a la calle. Rompería algo y se armaría la gorda.

Un completo caos. Después, a eso de las seis, cuando ambos ya estuvieran agotados y hartos de las fiestas, empezarían a llegar los invitados. Los invitados también estarían hechos polvo a causa del ajetreo de la Navidad, pero seguirían adelante y procurarían sacar el mejor partido de la situación. La fiesta de Nochebuena de los Krank había empezado años atrás con algo así como una docena de amigos que acudía a su casa a tomarse un aperitivo y unas copas.

El año anterior habían dado de comer a cincuenta.

Su sonrisa de satisfacción se ensanchó de oreja a oreja. Estaba saboreando la soledad de su casa y la perspectiva de un día sin nada que hacer

aparte de meter un poco de ropa en una maleta y prepararse para las playas. Disfrutaron de un tardío desayuno a base de insípidos cereales con salvado y yogur. La conversación durante la lectura del 'Gazette' fue agradable y relajada. Nora estaba tratando de ignorar valientemente los recuerdos de otras Navidades.

Y se esforzaba todo lo que podía en mostrarse emocionada por el viaje.

-¿Crees que está segura? -preguntó finalmente.

-Está perfectamente -contestó Luther sin levantar la vista del periódico.

Permanecieron de pie delante de la ventana de la fachada, haciendo comentarios sobre los Scheel mientras contemplaban el ir y venir de los Trogdon. El tráfico se intensificó en Hemlock mientras la gente salía para efectuar una última incursión en medio de la locura general.

Una camioneta de reparto se detuvo delante de su casa. Butch el repartidor bajó con una caja y corrió hacia la puerta justo en el momento en que Luther ya la estaba abriendo.

-Felices fiestas -dijo con la cara muy seria, arrojándole prácticamente el paquete a Luther.

Una semana atrás, en el transcurso de un reparto menos cargado de tensión, Butch se había entretenido un poco, a la espera de su propina anual. Luther le había explicado que aquel año no iban a celebrar la Navidad. «¿Lo ves?, ni siquiera hemos puesto el árbol, Butch. Nada de adornos. Nada de regalos. Nada de lucecitas en los arbustos, nada de Frosty en el tejado. Este año nos vamos a saltar todas esas cosas, Butch. Nada de calendarios de la policía ni de tartas de fruta de los bomberos.

Nada, Butch.«

Y Butch se fue sin nada.

La caja procedía de una empresa de ventas por correo llamada Boca Beach. La había encontrado en Internet. Se la llevó al dormitorio, cerró la puerta y se puso una camisa y unos 'shorts' a juego que en el catálogo parecían un poco originales, pero que ahora, colocados en su cuerpo, resultaban decididamente vulgares.

-¿Qué es, Luther? -preguntó Nora, aporreando la puerta.

Era un estampado de fauna marina en tonos amarillos, azul claro y sésamo:

gordos peces de gran tamaño con burbujas brotando de sus bocas y flotando hacia arriba. Un capricho, en efecto. Una bobada, sin duda. Luther decidió allí mismo que le encantaría lucir orgullosamente el atuendo alrededor de la piscina del 'Island Princess'. Abrió la puerta de un tirón. Nora se tapó la boca y se puso inmediatamente histérica. Él bajó por el pasillo mientras su mujer lo seguía muerta de risa, contemplando el fuerte contraste entre sus morenos pies y la alfombra de color caqui. Entró en el salón y se situó con aire desafiante delante de la ventana de la fachada para que todo Hemlock lo viera.

-¡Eso tú no te lo pones! -le rugió Nora a su espalda.

-¡Por supuesto que sí!

-¡Pues entonces, yo no voy!

-Pues claro que vas.

-Es horroroso.

-Lo que ocurre es que estás celosa porque no tienes un modelito como éste.

-Me encanta no tenerlo.

Entonces él la tomó en sus brazos y ambos bailaron riéndose por la estancia, Nora casi a punto de que se le saltaran las lágrimas. Su marido, un severo asesor fiscal de una empresa tan seria como Wiley & Beck, estaba haciendo todo lo posible por vestirse como un chulo de playa. Pero no lo conseguía ni de lejos.

Sonó el teléfono.

Tal como Luther recordaría más tarde, él y Nora dejaron de bailar y de reír al oír el segundo o quizás el tercer timbrazo y, por una incomprensible razón, ambos se detuvieron y contemplaron el teléfono. Éste volvió a emitir otro timbrazo y entonces Luther dio unos pasos para atender la llamada. Todo estaba mortalmente inmóvil y tranquilo, todo parecía desarrollarse en cámara lenta, tal como él recordaría más tarde.

-¿Diga?

Por una curiosa razón, le pareció que el auricular le pesaba más que de costumbre en la mano.

-Soy yo, papá.

Se sorprendió, pero después ya no. Se sorprendió de oír la voz de Blair, pero no se sorprendió en absoluto de que ésta hubiera buscado la manera de localizar un teléfono y llamar a sus padres para desearles unas felices Navidades. A fin de cuentas, en Perú tenían teléfonos.

Pero las palabras de Blair sonaban muy claras y resueltas. Luther tuvo dificultades en imaginarse a su amada hija sentada en el tocón de un árbol, hablando a gritos a través de un teléfono portátil vía satélite.

-Blair -dijo.

Nora se situó a su lado de un salto.

La siguiente palabra que Luther captó fue «Miami». Hubo otras palabras antes y otras después, pero ésta fue la que se le quedó grabada. A los pocos segundos del inicio de la conversación, Luther ya estaba perdiendo pie y hundiéndose en el agua. Las cosas giraban vertiginosamente a su alrededor.

-¿Cómo estás, cariño? -preguntó.

Unas cuantas palabras más y otra vez «Miami».

-¿Estás en Miami? -preguntó Luther con voz estridente y seca.

Nora cambió rápidamente de posición para que sus ansiosos y duros ojos estuvieran a pocos centímetros de los suyos.

Después Luther empezó a escuchar y repitió:

-Estás en Miami y vienes a casa por Navidad. ¡Qué alegría, Blair!

Nora aflojó las mandíbulas y abrió la boca de una manera que Luther jamás le había visto.

Éste escuchó un poco más y después preguntó:

-¿Quién? ¿Enrique? -Acto seguido, añadió a todo volumen-: ¡Tu novio! Pero ¿qué novio?

Nora consiguió pensar un poco y pulsó el botón del altavoz del teléfono. Las palabras de Blair brotaron del aparato y resonaron por todo el salón.

-Es un médico peruano que conocí hace tres semanas y es maravilloso. Fue un flechazo y, en cuestión de una semana, decidimos casarnos. Nunca ha viajado a Estados Unidos y está muy emocionado.

Le he contado todo lo que se hace ahí en Navidad, el árbol, los adornos, Frosty en el tejado, la fiesta de Navidad y todo lo demás.

¿Está nevando, papá? Enrique nunca ha visto la nieve.

-No, cariño, todavía no. Te paso a tu madre.

Luther le pasó el auricular a Nora a pesar de que con el altavoz puesto no era necesario.

-Blair, ¿dónde estás, cielo?

-preguntó Nora, simulando con éxito un entusiasmo que no sentía.

-En el aeropuerto de Miami, mamá, y nuestro vuelo llega a las seis y tres minutos. Enrique te encantará, mamá, es la cosa más dulce del mundo y, además, es superguapo. Estamos locamente enamorados el uno del otro. Ya hablaremos de la boda, probablemente será el verano que viene, ¿qué te parece?

-Hummm, ya veremos.

Luther se había hundido en el sofá, aparentemente aquejado de una dolencia de consecuencias posiblemente mortales.

Blair seguía parloteando sin cesar:

-Le he contado todo lo de la Navidad en Hemlock, los niños, los Frostys, la gran fiesta que celebramos en casa. Porque vas a celebrar la fiesta, ¿verdad, mamá? Luther, a las puertas de la muerte, soltó un gruñido y Nora cometió su primer error. En medio del terror del momento, no fue culpable de su confusión mental. Lo que hubiera tenido que decir, lo que ojalá hubiera dicho, lo que Luther, retrospectivamente, le dijo más tarde que hubiera tenido que decir era: «Pues no, cielo, este año no vamos a celebrar la fiesta.« Pero nada estaba claro en aquel momento, por lo que Nora dijo:

-Pues claro que sí.

Luther soltó otro gruñido. Nora le miró, el derrotado chulo de playa con su ridículo disfraz, tendido allí como si le hubieran pegado un tiro. Y no cabía duda de que ella se lo hubiera pegado de haber tenido una mínima ocasión de hacerlo.

-¡Estupendo! Enrique siempre quiso ver las Navidades en Estados Unidos. Se lo he contado todo. Qué bonita sorpresa, ¿verdad, mamá?

-Estoy emocionadísima, cariño -consiguió decir Nora con justo la dosis suficiente de convicción-. Nos lo vamos a pasar muy bien.

-Pero, mamá, nada de regalos, ¿de acuerdo? Por favor, prométeme que no habrá regalos. Quería daros una sorpresa apareciendo de repente en casa, pero no quiero que tú y papá salgáis ahora mismo a comprar un montón de regalos. ¿Me lo prometes?

-Te lo prometo.

-Estupendo. Estoy deseando regresar a casa.

Pero si sólo llevas un mes fuera, hubiera querido decirle Luther.

-¿Seguro que os parece bien, mamá?

Como si a Luther y Nora se les ofreciera otra alternativa.

Como si pudieran decir: «Pues no, Blair, no puedes regresar a casa por Navidad.

Da media vuelta, cariño, y regresa a las selvas del Perú.«

-Tengo que darme prisa. Volamos desde aquí a Atlanta y, desde allí, a casa.

¿Nos podéis ir a recoger al aeropuerto?

-Faltaría más, cielo -contestó Nora-. No hay problema. ¿Y dices que es médico?

-Sí, mamá, y es maravilloso.

Luther se sentó en el borde del sofá y se cubrió el rostro con las manos como si estuviera llorando.

Nora se quedó con el teléfono en una mano y la otra mano apoyada en la cadera, mirando al hombre del sofá como si no supiera si arrojárselo contra la cabeza o no.

En contra de lo que le aconsejaba su sentido común, decidió no hacerlo.

Luther separó las palmas de las manos justo lo suficiente para preguntar:

-¿Qué hora es?

-Son las once y cuarenta y seis del veinticuatro de diciembre.

La estancia se quedó petrificada un buen rato hasta que Luther preguntó:

-¿Por qué le has dicho que íbamos a celebrar la fiesta?

-Porque la vamos a celebrar.

-Ah.

-No sé quiénes van a venir ni qué van a comer cuando lleguen aquí, pero vamos a celebrar una fiesta.

-No estoy muy seguro…

-No empecemos, Luther. Esta estúpida idea se te ocurrió a ti.

-Ayer yo era un genio gracias a mi idea.

-Ya, pero hoy eres un idiota.

Vamos a celebrar la fiesta, señor Chulo de Playa, y pondremos un árbol con lucecitas y adornos y tú te vas a subir al tejado con tu bronceado traserito y vas a colocar a Frosty.

-¡No!

-¡Sí!

Tras otra prolongada pausa, Luther oyó el sonoro tictac de un reloj desde algún lugar de la cocina. O puede que fueran los regulares latidos de su corazón. Centró la atención en sus 'shorts'. Se los había puesto hacía apenas unos minutos en previsión de un mágico viaje al paraíso.

Nora colgó el teléfono y se fue a la cocina, donde enseguida empezó a abrir y cerrar ruidosamente cajones.

Luther seguía contemplando fijamente sus vistosos 'shorts'. Ahora lo ponían enfermo. Adiós crucero, playas, islas, cálidas aguas y cinco comidas al día.

¿Cómo era posible que una simple llamada telefónica pudiera cambiar tantas cosas?

13

Luther se dirigió lentamente a la cocina, donde su mujer estaba sentada junto a la mesa, confeccionando las listas.

-¿Podemos hablar un poco de eso? -dijo en tono suplicante.

-¿Hablar de qué, Luther? -le replicó ella en tono cortante.

-Digámosle la verdad.

-Otra idea estúpida.

-La verdad siempre es mejor.

Ella dejó de escribir y lo miró enfurecida.

-Ésta es la verdad, Luther.

Disponemos de seis horas para preparar todo esto para la Navidad.

-Hubiera tenido que llamar antes.

-No, daba por sentado que estaríamos aquí con el árbol, los regalos y la fiesta, como siempre.

¿Quién podría imaginar que a dos personas adultas por lo demás juiciosas se les ocurriera la idea de saltarse la Navidad e irse a un crucero?

-Puede que todavía podamos ir.

-Otra idea estúpida, Luther.

Ella viene a casa con su novio.

¿Lo vas comprendiendo? Estoy segura de que se quedarán aquí una semana. Eso espero, por lo menos.

Olvídate del crucero. Tienes problemas mucho más graves en este momento.

-No pienso colocar a Frosty.

-Vaya si lo colocarás. Y voy a decirte otra cosa. Blair nunca sabrá lo del crucero, ¿entendido?

Se llevaría un disgusto enorme si supiera que lo habíamos planeado y ella frustró nuestros planes. ¿Me has entendido, Luther?

-Sí, señora.

Nora le alargó una hoja de papel.

-Aquí tienes el plan, tío. Ve a comprar el árbol. Yo sacaré las luces y los adornos.

Mientras tú lo adornas, yo me daré una vuelta por las tiendas para ver si les queda un poco de comida para la fiesta.

-¿Quién viene a la fiesta?

-Todavía no he llegado tan lejos. Y ahora, en marcha. Y cámbiate de ropa, estás ridículo.

-¿Acaso los peruanos no son morenos? -preguntó Luther.

Nora se quedó momentáneamente paralizada. Ambos se miraron el uno al otro y después desviaron los ojos.

-Supongo que eso no importa ahora -dijo ella.

-Eso de la boda no va en serio, ¿verdad? -dijo Luther en tono de incredulidad.

-Ya nos preocuparemos por la boda si sobrevivimos a la Navidad.

Luther corrió a su automóvil, lo puso en marcha, hizo rápidamente marcha atrás en el camino de la entrada y salió a toda velocidad. La salida no tuvo dificultad. El regreso resultaría doloroso. El tráfico se intensificó en un abrir y cerrar de ojos. Mientras permanecía sentado inmóvil, Luther se llenó de angustia, se puso furioso y soltó una sarta de maldiciones. Mil pensamientos atravesaron vertiginosamente su agobiado cerebro. Una hora atrás estaba disfrutando de una tranquila mañana, tomando su tercera taza de café, etc., etc. Y ahora no había más que verlo..., un perdedor como los demás, perdido en medio del tráfico mientras el reloj iba marcando el paso del tiempo.

Los 'boy scouts' vendían árboles navideños en un aparcamiento de Kroger. Luther frenó patinando y bajó precipitadamente de su automóvil. Sólo quedaban un chico, un jefe de sección y un árbol. Las ventas estaban tocando a su fin.

-Felices fiestas, señor Krank -dijo el jefe de sección cuyo aspecto le resultaba vagamente familiar-. Soy Joe Scanlon, el mismo que le llevó un árbol a su casa hace unas semanas.

Luther le escuchaba sin dejar de contemplar el último árbol del puesto, una torcida y escuálida birria de pino que con razón nadie había comprado.

-Me lo llevo -dijo, señalándolo.

-¿En serio?

-Pues claro, ¿cuánto?

Un letrero de fabricación casera apoyado contra una furgoneta de reparto indicaba los distintos precios, empezando por setenta y cinco dólares y bajando progresivamente hasta quince a medida que pasaban los días. Todos los precios, incluso los de quince dólares, se habían ido tachando.

Scanlon titubeó antes de contestar:

-Setenta y cinco dólares.

-¿No quince?

-La oferta y la demanda.

-Eso es un timo.

-Es para los 'boy scouts'.

-Le doy cincuenta.

-Setenta y cinco, lo toma o lo deja.

Luther le entregó el dinero en efectivo y el explorador colocó una caja de cartón aplanada sobre el techo del Lexus de Luther.

Él y su jefe izaron el árbol y lo aseguraron con una cuerda. Luther los observó atentamente, consultando su reloj cada dos minutos. En cuanto el árbol estuvo en su sitio, la cubierta del motor y el portamaletas se empezaron a llenar de agujas muertas de pino, montones de ellas.

-Necesita agua -dijo el explorador.

-Pensaba que se iban a saltar ustedes la Navidad -dijo Scanlon.

-Felices fiestas -dijo Luther en tono malhumorado, subiendo a su automóvil.

-Yo que usted no circularía muy rápido.

-¿Por qué no?

-Estas agujas de pino son tremendamente quebradizas.

Una vez que se hubo adentrado de nuevo en el tráfico, Luther se agachó detrás del volante y miró directamente hacia delante mientras avanzaba a paso de tortuga. Al llegar a un semáforo, un camión de reparto de bebidas sin alcohol se situó a su lado y se detuvo. Oyó que alguien gritaba, levantó la vista hacia la izquierda y bajó ligeramente la luna de la ventanilla. Un par de palurdos lo estaban mirando desde arriba con una sonrisa en los labios.

-¡Es el árbol más feo que he visto en mi vida, tío! -gritó uno.

-¡Estamos en Navidad, hombre, a ver si te gastas un poco de dinero! -gritó el otro mientras ambos soltaban una sonora carcajada.

-Ese árbol se está pelando más rápido que un perro sarnoso -añadió uno, y entonces Luther subió la luna de la ventanilla. Pero siguió oyendo sus risas. Cuando ya se estaba acercando a Hemlock, notó que se le aceleraba el pulso. Con un poco de suerte, quizá podría entrar en casa sin que nadie lo viera. ¿Suerte? ¿Cómo podía esperar semejante cosa?

Pero ocurrió. Pasó rugiendo por delante de las casas de sus vecinos, llegó al camino de la entrada sobre dos ruedas y se detuvo patinando bajo el cobertizo de los automóviles. Todo ello sin ver ni un alma. Bajó de un salto y estaba tirando de las cuerdas cuando se detuvo en seco, miró y se quedó de una pieza. El árbol estaba completamente pelado, no era más que un conjunto de torcidas ramas y ramitas, sin sombra de verdor. Las quebradizas agujas de pino acerca de cuya fragilidad Scanlon le había advertido aún debían de estar volando al viento entre el Kroger y la calle Hemlock.

El árbol constituía un espectáculo lastimoso sobre la aplanada caja de cartón, muerto como un madero a la deriva.

Luther miró a su alrededor, escudriñó la calle y después arrancó el árbol de un tirón, lo arrastró a través del cobertizo y lo dejó en el patio de atrás, donde nadie pudiera verlo. Acarició la idea de encender una cerilla y librarlo de su desdicha, pero no había tiempo para ceremonias.

Por suerte, Nora ya había salido. Luther entró en la casa y estuvo casi a punto de estrellarse contra una muralla de cajas que ella había bajado de la buhardilla, todas cuidadosamente etiquetadas: nuevos adornos, viejos adornos, guirnalda, luces del árbol, luces exteriores. Nueve cajas en total y a él le correspondería la tarea de vaciar su contenido y adornar el árbol. Le llevaría varios días. Pero ¿qué árbol?

En la pared, junto al teléfono, Nora había fijado un mensaje con los nombres de cuatro parejas a las que él debería llamar.

Eran todos íntimos amigos, de esos a los que uno les podía confesar: «Mirad, hemos metido la pata.

Blair vuelve a casa. Perdonadnos, por favor, y venid a nuestra fiesta.« Los llamaría más tarde. Pero la nota decía que lo hiciera de inmediato. Así pues marcó el número de Gene y Annie Laird, quizá los amigos más antiguos que tenían en la ciudad. Gene se puso al teléfono y tuvo que hablar a gritos a causa del alboroto que reinaba en su casa.

-¡Tengo aquí a los nietos!

-dijo-. Los cuatro. ¿Te queda un sitio en el barco del crucero, chico?

Luther rechinó los dientes, soltó una rápida explicación y después formuló la invitación.

-¡Menudo desastre! -gritó Gene-. ¿Que ahora vuelve a casa?

-Pues sí.

-¿Y viene con un peruano?

-Exactamente. Nos hemos llevado un susto que no veas. ¿Nos podéis echar una mano?

-No sabes cuánto lo siento.

Nos ha llegado familia de cinco estados.

-También están invitados. Necesitamos gente.

-Voy a consultarlo con Annie.

Luther colgó el teléfono, contempló las nueve gigantescas cajas y se le ocurrió una idea. Una mala idea seguramente, pero en aquel momento andaba un poco escaso de buenas ideas. Corrió al cobertizo de los automóviles y contempló la casa de los Trogdon en la acera de enfrente. La furgoneta estaba llena de maletas y los esquís se habían asegurado sobre el techo. Wes Trogdon salió del garaje con una mochila, dispuesto a cargarla en el vehículo. Luther cruzó corriendo el césped del jardín de los Becker y gritó:

-¡Hola, Wes!

-Hola, Luther -contestó éste apurando el paso-. Felices fiestas.

-Gracias, igualmente.

Le dio alcance en la parte posterior de la furgoneta. Luther sabía que tenía que actuar con rapidez.

-Mira, Wes, estoy en un pequeño apuro.

-Luther, tenemos prisa. Ya hubiéramos tenido que estar en la carretera hace un par de horas.

Un pequeño Trogdon rodeó la furgoneta, disparando una pistola espacial contra un blanco invisible.

-Te entretendré sólo un minuto -dijo Luther, procurando hablar en tono despreocupado, pero lamentando tener que suplicar-. Blair nos llamó hace una hora. Vendrá a casa esta noche. Necesito un árbol de Navidad. El tenso rostro de Wes se relajó y, a continuación, éste esbozó una sonrisa. Acto seguido, soltó una carcajada.

-Lo sé, lo sé -dijo Luther, derrotado.

-¿Qué vas a hacer con este bronceado? -preguntó Wes entre risas.

-Vale, Wes, mira, necesito un árbol. Ya no quedan árboles a la venta. ¿Me puedes prestar el tuyo?

Trish gritó desde algún lugar del garaje:

-¡Wes! ¿Dónde estás?

-¡Aquí fuera! -contestó él también a gritos-. ¿Quieres mi árbol?

-Sí, te lo devolveré antes de que vuelvas a casa. Te lo juro.

-Pero eso es ridículo.

-Sí lo es, pero no tengo otra alternativa. Todo el mundo utilizará su árbol esta noche y mañana.

-¿Hablas en serio?

-Y tan en serio. Vamos, Wes.

Wes se sacó un llavero del bolsillo y sacó la llave del garaje.

-No se lo digas a Trish -dijo.

-No se lo diré, lo juro.

-Como rompas un adorno, ambos somos hombres muertos.

-Ella no se enterará, Wes, te lo prometo.

-¿Sabes que esto tiene mucha gracia?

-¿Por qué será que yo no me río?

Se estrecharon la mano y Luther regresó a toda prisa a su casa. Estaba casi a punto de conseguirlo cuando Spike Frohmeyer se adentró en su camino, montado en su bicicleta.

-¿Qué ha sido todo eso? -preguntó.

-¿Cómo dices? -replicó Luther.

-Lo de usted y el señor Trogdon.

-¿Por qué no te ocupas de tus...? -Luther se mordió la lengua y vio una oportunidad. En aquel momento necesitaba aliados, no enemigos, y Spike le vendría que ni pintado-. Mira, Spike -dijo cordialmente-. Necesito que me echen una mano.

-¿Qué hay que hacer?

-Los Trogdon permanecerán una semana ausentes y yo les cuidaré el árbol.

-¿Por qué?

-Los árboles se queman con mucha facilidad, sobre todo los que llevan muchas luces. El señor Trogdon teme que su árbol se caliente demasiado y yo me lo voy a llevar a mi casa durante unos días.

-Pues apague las luces.

-Pero es que, además, están todos los cables y los adornos. Es muy peligroso.

¿Crees que podrías echarme una mano? Te pagaré cuarenta dólares.

-¡Cuarenta dólares! Trato hecho.

-Vamos a necesitar una carretilla.

-Le pediré prestada la suya a Clem.

-Date prisa. Y no se lo digas a nadie.

-¿Por qué no?

-Forma parte del trato, ¿de acuerdo?

-Sí. Lo que usted diga.

Spike se fue a cumplir su misión. Luther respiró hondo y miró arriba y abajo de Hemlock. Estaba seguro de que muchos ojos lo vigilaban, tal como llevaban haciendo desde hacía dos semanas. ¿Cómo era posible que se hubiera convertido en un personaje tan odioso en su propio barrio? ¿Por qué tenía que resultar tan difícil bailar al son que uno quisiera tocar? ¿Hacer algo a lo que nadie se hubiera atrevido? ¿Por qué tanto resentimiento por par-

te de personas a las que conocía y apreciaba desde hacía tantos años?

Cualquier cosa que ocurriera en las siguientes horas, juró que no se rebajaría hasta el extremo de suplicar a sus vecinos que asistieran a su fiesta. En primer lugar, éstos no accederían a hacerlo porque estaban ofendidos. Y, en segundo, él no les daría la satisfacción de decir que no.

14

Su segunda llamada la hizo a los Albritton, unos viejos amigos de la parroquia que vivían a una hora de camino. Luther soltó su dramática historia y, al terminar, oyó que Riley Albritton se partía de risa.

-Es Luther -le dijo Riley a alguien que se encontraba en segundo plano, probablemente Doris-. Acaba de llamar Blair. Estará en casa esta noche.

Entonces a Doris o a quienquiera que fuera le dio un ataque de histerismo.

Luther pensó que ojalá no hubiera llamado.

-Échame una mano, Riley -imploró-. ¿Podríais pasaros esta noche por casa?

-Lo siento, muchacho. Vamos a cenar a casa de los MacIlvaine.

Nos invitaron un poco antes, ¿comprendes?

-De acuerdo -dijo Luther, y colgó.

El teléfono sonó de inmediato.

Era Nora con la voz más nerviosa que Luther jamás hubiera oído.

-¿Dónde estás? -preguntó Nora.

-Pues en la cocina. ¿Y tú, dónde estás?

-Circulando entre el tráfico de Broad, cerca del centro comercial.

-¿Y por qué vas al centro comercial?

-Porque no he podido aparcar en el Distrito, ni siquiera he podido salir de la calle. No he comprado nada. ¿Has conseguido un árbol?

-Sí, una auténtica preciosidad.

-¿Lo estás adornando?

-Sí, tengo a Perry Como cantando 'Navidad, Navidad' como música de fondo y yo me estoy tomando un ponche de huevo mientras adorno el árbol. Ojalá estuvieras aquí.

-¿Has llamado a alguien?

-Sí, a los Laird y a los Albritton, pero no pueden venir.

-Pues yo he llamado a los Pinkerton, los Hart, los Malone y los Burkland. Todos están ocupados. Pete Hart se ha tronchado de risa, el muy miserable.

-Le pegaré una paliza en tu nombre. -Spike estaba llamando a la puerta-. Tengo que hacer.

-Será mejor que empieces a llamar a los vecinos -dijo ella sin poder evitar que se le quebrara la voz.

-¿Por qué?

-Para invitarlos.

-Eso jamás, Nora. Tengo que colgar.

-No hay noticias de Blair.

-Está a bordo de un avión, Nora. Llámame más tarde.

La carretilla prestada de Spike era una vieja Radio Flyer que había conocido mejores tiempos.

Luther le echó un vistazo y le pareció demasiado pequeña y demasiado vieja, pero no se le ofrecía ninguna otra alternativa.

-Yo iré primero -explicó, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo-.

Espera cinco minutos y después acércate con la carretilla. Procura que nadie te vea, ¿eh?

-¿Dónde están mis cuarenta dólares?

Luther le entregó veinte.

-La mitad ahora y la mitad cuando terminemos el trabajo.

Entró en la casa de los Trogdon a través de la puerta del garaje y, por primera vez que él recordara, se sintió un ladrón. Una alarma sonó por espacio de diez segundos, diez segundos muy largos en cuyo transcurso a Luther se le paralizó el corazón mientras toda su vida y su carrera profesional cruzaban velozmente por su mente.

Pillado 'in fraganti', detenido, declarado culpable, pérdida de la licencia profesional, despedido de Wiley & Beck, deshonrado. Después se detuvo y esperó otros diez segundos antes de poder respirar.

Un panel situado junto a la puerta de atrás indicaba que tenía vía libre. Qué desastre. La casa era un vertedero de toda suerte de desperdicios esparcidos por doquier, prueba visible de otra provechosa visita del viejo Papá Noel. Trish Trogdon estrangularía a su marido como se enterara de que éste le había dado una llave a Luther.

En el estudio se detuvo para contemplar el árbol. En Hemlock todo el mundo sabía que los Trogdon no se molestaban demasiado en adornar el árbol. Permitían que sus hijos colgaran cualquier cosa que quisieran. Había un millón de luces, varias guirnaldas mal emparejadas, toneladas de vulgares adornos, carámbanos rojos y verdes e incluso ristras de palomitas de maíz. «Nora me matará», pensó Luther, pero no tenía otra alternativa. El plan era tan sencillo que no tenía más remedio que dar resultado. Él y Spike retirarían los adornos frágiles, las guirnaldas y las palomitas de maíz, por supuesto, lo dejarían todo en el sofá y en los sillones, sacarían el árbol de la casa con las luces intactas, lo trasladarían a la casa de Luther y le colgarían adornos de verdad. Y, en algún momento del cercano futuro, Luther y Spike lo volverían a despojar de sus adornos, lo trasladarían de nuevo a la casa de los Trogdon, lo volverían a adornar con las baratijas iniciales y todo el mundo estaría contento. Se le cayó el primer adorno y se rompió en mil pedazos. Apareció Spike.

-No rompas nada -le dijo Luther mientras recogía los restos del adorno.

-¿Nos vamos a meter en algún lío por esto? -preguntó Spike.

-Qué va, hombre. Y ahora vamos a trabajar. Rápido.

Veinte minutos más tarde el árbol ya había sido despojado de todo lo que podía romperse. Luther encontró una toalla sucia en el lavadero y, tumbado boca abajo al pie del árbol, consiguió colocar la base metálica sobre la

toalla. Spike se inclinó hacia él y empujó suavemente el árbol hacia un lado y después hacia el otro. A continuación, colocándose a cuatro patas, Luther logró que el árbol se deslizara hacia él sobre el parqué, el suelo de mosaico de la cocina y el estrecho pasillo que conducía al lavadero, donde las ramas rozaron las paredes, dejando un reguero de agujas muertas de abeto tras de sí.

-Vaya follón está usted armando -dijo Spike dulcemente.

-Ya lo limpiaré después -dijo Luther, sudando como un corredor de atletismo.

Como era de esperar, la anchura del árbol era superior a la de la puerta del garaje, tal como suele ser la de todos los árboles. Spike acercó la carretilla. Luther asió el árbol por el tronco, lo levantó con gran esfuerzo, consiguió hacer pasar la parte inferior a través de la puerta y después tiró para que pasara el resto. Cuando ya lo tuvo a salvo en el garaje, recuperó el resuello y miró con una sonrisa a Spike.

-¿Por qué está usted tan moreno? -preguntó el niño.

La sonrisa se desvaneció cuando Luther recordó de repente el crucero que no podría hacer. Consultó el reloj: la una cuarenta. La una cuarenta y no había conseguido ningún invitado para la fiesta, no había comida, Frosty no estaba en su sitio, no había luces en ningún sitio y ni siquiera un árbol, pero ya había uno en camino. En aquel momento, se vio perdido.

No puedes darte por vencido, muchacho.

Hizo un nuevo esfuerzo y consiguió levantar el árbol. Spike colocó la carretilla debajo y, como era de esperar, la base metálica del árbol era más ancha que la Radio Flyer. Pese a ello, Luther consiguió colocarla en ella y la estudió un instante.

-Tú te sientas aquí -le dijo a Spike, indicándole un reducido espacio de la carretilla, bajo el árbol-. Cuida de que no se ladee. Yo empujaré.

-¿Cree que dará resultado?

-preguntó Spike sin tenerlas todas consigo.

Al otro lado de la calle, Ned Becker estaba ocupado en sus propios asuntos cuando vio desaparecer el árbol de los Trogdon de la ventana de la fachada de la casa de éstos. A los cinco minutos, el árbol apareció de nuevo en el garaje, donde un hombre y un niño estaban tratando de sujetarlo. Miró con más detenimiento y reconoció a Luther Krank. Mientras observaba todos los movimientos, llamó a Walt Scheel a través de un teléfono inalámbrico.

-Hola, Walt, soy Ned.

-Felices fiestas, Ned.

-Igualmente, Walt. Oye, estoy viendo la casa de los Trogdon y creo que Krank ha perdido la chaveta.

-¡Qué dices!

-Les está robando el árbol de Navidad.

Luther y Spike empezaron a bajar por la ligera pendiente del camino de la entrada de los Trogdon hacia la calle. Luther se encontraba situado detrás, guiando la carretilla muy despacio. Spike sujetaba el tronco del árbol con expresión aterrorizada.

Scheel atisbó desde la puerta de su casa y, al comprobar el robo, llamó al nueve uno nueve.

-Nueve uno uno -dijo el responsable de la centralita.

-Sí, mire, aquí Walt Scheel, catorce ochenta y uno Hemlock. Se está produciendo un robo en este mismo momento.

-¿Dónde?

-Aquí mismo. En el catorce ochenta y tres de Hemlock. Lo estoy viendo desde aquí. Dense prisa.

El árbol de los Trogdon consiguió cruzar la calle justo a la altura de la casa de los Becker, desde la ventana de cuya fachada Ned, su mujer Jude y su suegra estaban contemplando la escena.

Luther consiguió girar con la carretilla a la derecha y empezó a tirar de ella hacia su casa.

Hubiera deseado correr para que nadie le viera, pero Spike le repetía una y otra vez que fuera despacio. Luther no quería mirar a su alrededor, pues no creía ni por asomo que nadie le hubiera visto.

Cuando ya estaba casi a punto de alcanzar el camino de la entrada de su casa, Spike dijo:

-La policía.

Luther dio la vuelta con la carretilla justo en el momento en que un coche patrulla se detenía en el centro de la calle con las luces encendidas, pero sin sirena. Dos oficiales saltaron como si aquello fuera una acción de una unidad especial de la policía.

Luther reconoció a Salino, el de la prominente barriga, y al joven Treen, el del musculoso cuello. Los mismos que habían pasado por su casa vendiendo calendarios para la Asociación Benéfica de la Policía.

-Hola, señor Krank -dijo Salino con una afectada sonrisa en los labios.

-Hola.

-¿Adónde va usted con eso?

-preguntó Treen.

-A mi casa -contestó Luther, señalándola.

Había estado a punto de conseguirlo.

-Quizá será mejor que se explique -dijo Salino.

-Pues sí, verá, Wes Trogdon, el de aquella casa de allí, me ha prestado su árbol de Navidad. Se fue hace una hora y Spike y yo lo estamos trasladando.

-¿Spike?

Luther se volvió y miró hacia el reducido espacio de la carretilla donde estaba Spike; había desaparecido y no se le veía por ninguna parte.

-Sí, un niño de unas puertas más abajo.

Walt Scheel se había sentado en una silla como si se dispusiera a presenciar una competición deportiva. Bev estaba descansando o, por lo menos, intentándolo. Las carcajadas de su marido eran tan estruendosas que ella salió para ver qué ocurría.

-Acerca una silla, cariño, han sorprendido a Krank robando un árbol.

Los Becker también se estaban desternillando de risa.

-Hemos recibido una llamada, informándonos de que se estaba produciendo un robo -dijo Treen.

-No hay tal robo. ¿Quién ha llamado?

-Un tal señor Scheel. ¿De quién es esta carretilla?

-No lo sé. De Spike.

-O sea que también ha robado la carretilla -dijo Treen.

-Yo no he robado nada.

-Tiene usted que reconocer, señor Krank, que todo esto resulta muy sospechoso.

-dijo Salino.

Sí, en circunstancias normales, Luther no hubiera tenido más remedio que reconocer que toda aquella escena era un tanto insólita. Pero Blair se estaba acercando por minutos y ya no había tiempo para volver atrás.

-En absoluto, señor. Trogdon siempre me presta su árbol.

-Será mejor que nos acompañe para que lo interroguemos -dijo Treen, sacándose unas esposas que llevaba sujetas al cinturón. La contemplación de las plateadas esposas hizo que Walt Scheel se desplomara. A los Becker también les estaba costando un esfuerzo respirar.

Luther notó que se le doblaban las piernas.

-Vamos, hombre, no hablará usted en serio.

-Acomódese en el asiento de atrás.

Luther se agachó todo lo que pudo en el asiento de atrás y, por primera vez en su vida, pensó en el suicidio. Los dos matones del asiento delantero estaban charlando a través de la radio acerca de la búsqueda del propietario de un objeto robado. Las luces del coche patrulla seguían dando vueltas y Luther hubiera deseado gritar:

¡Suéltenme! ¡Voy a presentar una denuncia! ¡Apaguen estas malditas luces! ¡El año que viene les compraré diez calendarios! ¡Adelante, péguenme un tiro! Si Nora regresara a casa ahora, pediría el divorcio.

Los gemelos Kirby eran unos delincuentes de ocho años que vivían al final de la calle y, por una incomprensible razón, acertaron a pasar por allí justo en aquel momento. Se acercaron a la ventanilla de atrás y miraron directamente a los ojos a Luther, el cual se agachó todavía más en el asiento. Acto seguido, se unió a ellos el hijo de los Bellington y los tres lo miraron como si fuera el asesino de sus madres.

Spike se acercó corriendo, seguido de Vic Frohmeyer. Los oficiales bajaron del vehículo e intercambiaron unas palabras con él.

Después Treen mandó alejarse a los niños e invitó a Luther a salir de la parte de atrás del coche patrulla.

-Tiene la llave -estaba diciendo Vic.

Entonces Luther recordó que tenía efectivamente la llave del garaje de Trogdon.

¡Pero qué tonto era!

-Conozco a estos dos hombres-añadió Frohmeyer-. No se trata de un robo.

Los policías se intercambiaron unas palabras en voz baja mientras Luther procuraba no prestar atención a las miradas de Vic y Spike. Miró a su alrededor, medio esperando ver a Nora entrar en el camino de la entrada de su casa y sufrir un ataque fulminante.

-¿Y qué me dice del árbol?

-Salino le preguntó a Vic.

-Si él dice que Trogdon se lo ha prestado, será verdad.

-¿Está seguro?

-Lo estoy.

-Bueno, bueno -dijo Salino sin dejar de mirar despectivamente a Luther, como si jamás en su vida hubiera visto a un delincuente más culpable. Los policías volvieron a subir muy despacio a su automóvil y se alejaron.

-Gracias -dijo Luther.

-¿Qué estás haciendo, Luther?

-preguntó Vic.

-Llevándome el árbol que me han prestado. Spike me está ayudando a trasladarlo. Vamos, Spike.

Sin más interrupciones, Luther y Spike bajaron con la carretilla por el camino de la entrada hasta llegar al cobertizo de los automóviles y, desde allí, bregaron con él hasta conseguir colocarlo hábilmente delante de la ventana de la fachada. Por el camino dejaron una estela de agujas muertas, témpanos de color rojo y verde y algunas palomitas de maíz.

-Ya pasaré después la aspiradora -dijo Luther-. Vamos a ver qué tal están las luces.

Sonó el teléfono. Era Nora, más aterrorizada que antes.

-No encuentro nada, Luther.

No hay pavo, jamón ni chocolatinas, nada. Y tampoco encuentro ningún regalo bonito.

-¿Regalos? ¿Y por qué quieres comprar regalos?

-Es Navidad, Luther. ¿Has llamado a los Yarber y a los Friski?

-Sí -mintió Luther-. Están comunicando.

-Pues sigue llamando, Luther, porque no va a venir nadie. Yo he intentado llamar a los McTeer, los Morris y los Warner, pero están todos ocupados. ¿Qué tal va el árbol?

-Bastante bien.

-Te llamo luego.

Spike enchufó las luces y el árbol cobró repentinamente vida. Abrieron las nueve cajas de los adornos sin preocuparse de colocar cada cosa en su sitio correspondiente.

Desde la otra acera Walt Scheel los estaba observando con unos prismáticos.

15

Spike estaba subido a la escalera de mano, inclinado en precario equilibrio sobre el árbol con un ángel de cristal en una mano y un peludo reno en la otra cuando Luther oyó el rumor de un automóvil en el camino de la entrada. Miró por la ventana y vio cómo el Audi de Nora se detenía patinando.

-Es Nora -dijo.

Pensando con rapidez, llegó a la conclusión de que convenía mantener en secreto la complicidad de Spike.

-Spike, tienes que irte ahora mismo -dijo.

-¿Por qué?

-Tu trabajo ha terminado, hijo, aquí tienes los otros veinte.

Un millón de gracias por todo.

Ayudó al niño a bajar de la escalera de mano, le entregó el dinero en efectivo y lo acompañó a la puerta principal. Cuando Nora entró en la cocina, Spike bajó los peldaños y desapareció.

-Descarga el coche -le ordenó Nora a Luther.

Tenía los nervios a flor de piel y estaba a punto de estallar.

-¿Qué ocurre? -preguntó él, e inmediatamente pensó que ojalá no hubiera dicho nada. Lo que ocurría estaba muy claro.

Nora puso los ojos en blanco y pareció a punto de estallar, después apretó la mandíbula y repitió:

-Descarga el coche.

Luther se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta y ya estaba a punto de salir cuando oyó:

-¡Qué árbol tan feo!

Dio media vuelta dispuesto a dar la batalla diciendo:

-Lo tomas o lo dejas.

-¿Lucecitas rojas? -preguntó Nora sin poderlo creer.

Trogdon había colocado una sola hilera de lucecitas rojas alrededor del tronco del árbol. Luther había sopesado la idea de quitarla, pero le hubiera llevado una hora.

En su lugar, él y Spike habían procurado taparlas con adornos.

Pero, como era de esperar, Nora las había visto desde la cocina.

Ahora ya había metido las narices en el árbol.

-¿Luces rojas? Nunca habíamos utilizado luces rojas.

-Estaban en la caja -mintió Luther.

No le gustaba mentir, pero sabía que ése sería su comportamiento habitual en el transcurso de aproximadamente un día.

-¿En qué caja?

-¿Cómo en qué caja? He estado colocando adornos en el árbol con toda la rapidez con que podía abrir las cajas, Nora. No es momento para empezar a ponerle peros al árbol.

-¿Témpanos verdes? -dijo Nora, arrancando uno de ellos-.

¿Dónde has encontrado este árbol?

-Les compré el último que les quedaba a los 'boy scouts'.

Era un quiebro, no una mentira directa.

Ella miró a su alrededor, vio las cajas vacías diseminadas por toda la estancia y llegó a la conclusión de que había cosas más importantes en que pensar.

-Además -dijo Luther con cierta imprudencia-, al paso que vamos, ¿quién lo va a ver?

-Cállate y descarga el coche.

Había cuatro bolsas de comida de un establecimiento del que Luther jamás había oído hablar, tres bolsas de compra con asas de un establecimiento de prendas de vestir del centro comercial, una caja de bebidas sin alcohol, una caja de agua embotellada y un espantoso ramo de flores de una floristería famosa por sus precios exorbitantes. Su cerebro de contable hubiera querido llevar la cuenta de los daños, pero lo pensó mejor.

¿Cómo lo explicaría en el despacho? Todo el dinero que había ahorrado se había desvanecido ahora como el humo.

Además, perdería el dinero del crucero que no había podido hacer porque se había negado a suscribir un seguro de viaje. Se encontraba hundido en un desastre económico y no podía hacer nada para detener la hemorragia.

-¿Conseguiste hablar con los Laird y los Warner? -preguntó Nora, con el auricular del teléfono pegado a la oreja.

-Sí, no pueden venir.

-Vacía estas bolsas de comida -ordenó Nora; después habló a través del teléfono-: Sue, soy Nora, felices fiestas. Mira, acabamos de tener una gran sorpresa. Blair viene a casa con su novio, estará aquí esta noche y andamos como locos tratando de organizar una fiesta de última hora. -Pausa-. En Perú, pensábamos que no la veríamos hasta las próximas Navidades.

-Pausa-. Pues sí, una gran sorpresa. -Pausa-. Sí, su novio.

-Pausa-. Es médico. -Pausa-. Es de algún lugar de allí abajo, del Perú creo, lo conoció hace tres semanas y ahora se van a casar, por lo que huelga decir que estamos un poco desconcertados.

Pausa.

Luther sacó cinco kilos de trucha ahumada de Oregón, todos envueltos herméticamente en papel de celofán, de esos que dan la impresión de que los peces se pescaron hace años.

-Creo que la fiesta va a ser muy bonita -estaba diciendo Nora-.

Siento que no podáis venir. Sí, le daré un abrazo a Blair de tu parte. Felices fiestas, Sue.

Colgó y respiró hondo.

-¿Trucha ahumada? -preguntó Luther, eligiendo el peor momento posible.

-O eso o pizza congelada -replicó ella con un fulgor de furia en los ojos y los puños fuertemente apretados-. No queda pavo ni jamón en los estantes y, aunque los hubiera, no habría tiempo para preparar nada. O sea que, así es, Luther, señor Chulo de Playa, vamos a comer trucha ahumada por Navidad. Sonó el teléfono y Nora corrió a contestar.

-Hola, sí, Emily, ¿qué tal estás? Gracias por devolverme la llamada.

Luther no recordaba a nadie que se llamara Emily. Sacó un bloque de kilo y medio de queso cheddar, un trozo de gran tamaño de queso suizo, varias cajas de galletas saladas, salsa de almejas y tres tartas de chocolate de dos días de una pastelería en la que Nora siempre evitaba comprar. Nora hablaba sin parar de su fiesta de última hora cuando, de pronto, exclamó:

-¡Podéis venir! Estupendo. Sobre las siete, informal, cosa de entrar y salir. -

Pausa-. ¿Tus padres? Pues claro que pueden venir, cuantos más seamos, mejor.

Estupendo, Emily. Nos vemos dentro de un rato.

Colgó sin sonreír.

-¿Emily qué?

-Emily Underwood.

A Luther se le cayó una caja de galletas al suelo.

-No -dijo.

De repente, Nora mostró especial interés en vaciar la última bolsa de comida que quedaba.

-No lo has hecho, Nora -dijo Luther-. Dime que no has invitado a Mitch Underwood. Aquí, a nuestra casa. No es posible, Nora, por favor, dime que no.

-Estábamos desesperados.

-Pero no tanto.

-Emily me cae bien.

-Es una bruja y lo sabes.

¿Que te cae bien? ¿Cuándo fue la última vez que almorzaste con ella, o desayunaste o tomaste café o lo que sea?

-Necesitamos cuerpos, Luther.

-Mitch el Bocazas no es un cuerpo, es un charlatán. Un fanfarrón insufrible. La gente huye de los Underwood, Nora. ¿Por qué?

-Van a venir. Puedes dar gracias.

-Van a venir porque nadie en su sano juicio sería capaz de invitarlos a una fiesta. Siempre están libres.

-Pásame el queso.

-Es una broma, ¿verdad?

-Se portará bien con Enrique.

-Enrique no querrá volver a poner los pies en Estados Unidos cuando Underwood termine con él.

Lo aborrece todo, la ciudad, el estado, a los demócratas, a los republicanos, a los independientes, el aire puro, cualquier cosa. Es un pelmazo insoportable. Cuando haya bebido más de la cuenta, lo oirán desde dos manzanas de distancia.

-Tranquilízate, Luther. Ya está hecho. Hablando de bebidas, no tuve tiempo de comprar el vino. Tendrás que ir tú.

-Yo no pienso abandonar la seguridad de mi hogar.

-Vaya si lo harás. No he visto a Frosty.

-No pienso colocar a Frosty.

Ya lo he decidido.

-Vaya si lo vas a colocar.

Volvió a sonar el teléfono y Nora lo tomó de inmediato.

-¿Quién será? -se preguntó Luther en voz baja-. Ya nada puede ser peor.

-Blair -dijo Nora-. Hola, cariño.

-Pásame el teléfono -murmuró Luther-. Los voy a mandar otra vez al Perú.

-Estáis en Atlanta, estupendo dijo Nora. Pausa-. Estamos preparando la comida, cielo, preparando la fiesta. -Pausa-. Nosotros también estamos muy emocionados, cielo, estamos deseando veros.

-Pausa-. Pues claro que voy a hacer un flan, tu postre preferido.

-Le dirigió a Luther una mirada de horror-. Sí, cariño, estaremos en el aeropuerto a las seis. Un beso. Luther consultó su reloj.

-Son las tres y media.

Nora colgó diciendo:

-Necesito un kilo de caramelo y un bote de crema de malvavisco.

-Yo terminaré de adornar el árbol -dijo Luther-. No quiero enfrentarme con las multitudes.

Nora se mordió por un instante una uña mientras calibraba la situación. Estaba elaborando un plan, probablemente muy detallado.

-Vamos a hacer una cosa -dijo-. Terminaremos de colocar los adornos sobre las cuatro. ¿Cuánto tardarás en colocar a Frosty?

-Tres días.

-A las cuatro, bajaré rápidamente al centro y tú colocarás a Frosty en el tejado.

Entretanto, repasaremos la agenda y llamaremos a cualquier persona que conozcamos.

-No le digas a nadie que vienen los Underwood.

-¡Cállate, Luther!

-Trucha ahumada con Mitch Underwood. Eso los atraerá a todos como moscas.

Nora puso un CD navideño de Sinatra y Luther se pasó veinte minutos colgando adornos sin orden ni concierto en el árbol de Trogdon mientras Nora colocaba velas y Papá Noeles de barro y adornaba la repisa de la chimenea con acebo y muérdago de plástico. Ambos se pasaron un buen rato sin decir nada hasta que Nora rompió el silencio con una nueva orden.

-Estas cajas ya pueden volver a la buhardilla.

De entre todas las cosas que Luther aborrecía acerca de la Navidad, tal vez la tarea más temida era el hecho de tener que acarrear cajas subiendo y bajando por la escalera plegable de la buhardilla.

Primero había que subir con la escalera hasta el piso de arriba y después introducirse en el estrecho pasillo que separaba dos dormitorios y modificar las posiciones para que las cajas, que inevitablemente eran demasiado grandes, se pudieran empujar hacia arriba, subiendo por la endeble esca-

lera plegable de mano hasta conseguir introducirlas a través del escotillón del desván. Era un milagro que Luther no hubiera sufrido ninguna grave lesión a lo largo de los años.

-Y, aprovechando que ya estás arriba, empieza a bajar a Frosty -ladró Nora en el tono propio de un almirante.

Acosó todo lo que pudo al reverendo Zabriskie hasta que, al final, éste le dijo que podría quedarse una media hora en su fiesta.

Luther llamó a punta de pistola a su secretaria Dox y le retorció el brazo hasta que ella accedió a pasarse unos minutos por su casa. Dox había estado casada tres veces y ahora estaba soltera, pero siempre tenía algún que otro novio a mano. Ellos dos, más el reverendo Zabriskie y su mujer, más todo el grupo de los Underwood, sumarían un optimista total de doce personas, siempre y cuando coincidieran todos a la misma hora. El total de doce estuvo casi a punto de provocar una vez más el llanto de Nora.

En la fiesta de Nochebuena, doce parecerían tres en su espacioso salón. Llamó a sus dos licorerías preferidas. Una estaba cerrada y la otra cerraría en cuestión de veinte minutos. A las cuatro, salió no sin antes haberle dado toda una serie de apresuradas instrucciones a Luther, el cual, a aquellas alturas, ya estaba pensando en la posibilidad de tomarse unos cuantos tragos de la botella de coñac que ocultaba en el sótano.

16

Pocos minutos después de que Nora se fuera, sonó el teléfono. Luther contestó. A lo mejor, era Blair otra vez. Le diría la verdad. Le reprocharía su desconsideración y su egoísmo por haberles dado aquella inesperada sorpresa de última hora.

Ella se sentiría dolida, pero lo superaría. Con la boda que se avecinaba, necesitaría más que nunca a sus padres.

-¿Diga? -contestó en tono cortante.

-Luther, soy Mitch Underwood -dijo una voz de trueno cuyo sonido hizo que Luther experimentara el deseo de introducir la cabeza en el horno.

-Hola, Mitch.

-Felices fiestas. Pues verás, gracias por invitarnos y todo eso, pero es que no podemos incluiros en nuestra agenda. Resulta que tenemos montones de invitaciones.

Ya, los Underwood figuraban en la lista preferente de todo el mundo. La gente se pirraba por las insoportables parrafadas de Mitch acerca de los impuestos sobre propiedades y la planificación urbana.

-Vaya, cuánto lo siento, Mitch -dijo Luther-. Quizás el año que viene.

-Pues claro, ya nos llamaréis.

-Felices fiestas, Mitch.

Ahora la reunión de doce personas había quedado reducida a una reunión de ocho y seguro que se iban a producir otras deserciones. Antes de que Luther tuviera tiempo de apartarse del teléfono, éste volvió a sonar.

-Señor Krank, soy yo, Dox -dijo una voz tensa.

-Hola, Dox.

-Siento mucho lo del crucero y demás.

-Eso ya me lo ha dicho usted.

-Sí, verá, es que ha ocurrido una cosa. La persona con quien salgo me había preparado la sorpresa de ir a cenar al Tanner Hall.

Champán, caviar y todo lo que usted quiera. Hizo la reserva hace un mes. Y la verdad es que no puedo decirle que no.

-Por supuesto que no, Dox.

-Va alquilar una limusina y yo qué sé qué otras cosas. Es un cielo.

-Estoy seguro de que sí, Dox.

-No podemos ir a su casa, pero me encantaría ver a Blair.

Blair llevaba un mes fuera.

Dox llevaba dos años sin verla.

-Se lo diré.

-Le pido disculpas, señor Krank.

-No se preocupe.

Ahora habían bajado a seis.

Tres miembros de la familia Krank más Enrique, el reverendo Zabriskie y su mujer. Estuvo casi a punto de llamar a Nora para comunicarle la mala noticia, pero ¿para qué? La pobrecilla estaba allí fuera rompiéndose la cabeza. ¿Por qué hacerla llorar? ¿Por qué darle otro motivo de pegarle una bronca porque su gran idea había fallado?

Luther estaba más cerca del coñac de lo que hubiera querido reconocer.

Spike Frohmeyer informó de todo lo que había visto y oído. Con cuarenta dólares en el bolsillo y una endeble promesa de guardar silencio flotando a su alrededor, al principio se negaba a hablar. Pero en Hemlock nadie era discreto. Tras un par de hurgonazos por parte de su padre Vic, lo soltó todo. Reveló que había cobrado a cambio de sacar el árbol de casa de los Trogdon; que había ayudado al señor Krank a colocarlo en su salón y a llenarlo precipitadamente con toda suerte de adornos y lucecitas; que el señor Krank no paraba de marcar números y llamar a la gente; que había oído justo lo suficiente como para saber que los Krank estaban organizando a marchas forzadas una fiesta de Nochebuena de última hora, pero nadie quería ir. No pudo establecer el motivo de la fiesta ni la razón por la cual ésta se había improvisado en el último momento, entre otras cosas porque el señor Krank utilizaba el teléfono de la cocina y hablaba en voz baja. La señora Krank había salido a hacer unos recados y llamaba cada diez minutos.

La situación era muy tensa en casa de los Krank, según Spike. Vic llamó a Ned Becker, el cual ya había sido alertado por Walt Scheel, por lo que los tres no tardaron en reunirse en conferencia mientras Walt y Ned mantenían contacto visual con la residencia de los Krank.

-Ella acababa de volver a salir precipitadamente -informó Walt-. Jamás había visto a Nora salir a tal velocidad.

-¿Dónde está Luther? -preguntó Frohmeyer.

-Todavía dentro -contestó Walt-. Creo que ya han terminado de adornar el árbol.

Tengo que decir que me gustaba más tal como estaba en casa de los Trogdon.

-Algo está pasando -dijo Ned Becker.

Nora llevaba en su carrito de la compra una caja de vino, seis botellas de tinto y seis de blanco, a pesar de no estar muy segura de por qué compraba tanto. ¿Quién demonios se iba a beber todo aquello? Puede que ella. Además, había comprado lo más caro. Quería que Luther se muriera del susto cuando viera la factura. Con todo el dinero que iban a ahorrar por Navidad y ahora mira en qué lío se habían metido. Un dependiente estaba bajando las persianas y cerrando la puerta del establecimiento. Una sola cajera atendía a los últimos clientes de la cola. Había tres personas delante de Nora y una detrás. Sonó el móvil en su bolsillo.

-Diga -medio susurró.

-Nora, soy Doug Zabriskie.

-Hola, padre -dijo ella empezando a aflojarse.

La voz lo traicionó.

-Tenemos un pequeño problema por aquí -dijo en tono abatido el clérigo-. El típico caos de la víspera de Navidad en que todo el mundo corre en distintas direcciones. Acaba de llegar inesperadamente la tía de Beth de Toledo y la situación se ha puesto difícil. Me temo que nos será imposible pasarnos un momento por ahí para saludar a Blair esta noche.

Hablaba como si llevara años sin ver a Blair.

-Qué lástima -consiguió decir Nora con una pizca de conmiseración. Hubiera querido soltar una sarta de maldiciones y echarse a llorar simultáneamente-. Otra vez será.

-Entonces, ¿no hay ningún problema?

-Ninguno en absoluto, padre.

Se despidieron deseándose mutuamente felices fiestas y Nora se mordió el trémulo labio. Pagó el vino, acarreó la caja a lo largo de quinientos metros hasta su automóvil, murmurando contra su marido a cada paso que daba. Se dirigió a pie hasta un Kroger, se abrió paso entre la gente que bloqueaba la entrada y bajó por los pasillos en busca de caramelo.

Llamó a Luther y nadie contestó. Más le valía estar en el tejado. Se tropezaron delante de los botes de mantequilla de cacahuete y ambos se vieron el uno al otro al mismo tiempo. Reconoció la mata pelirroja de su cabello, la barba pelirroja salpicada de gris y las pequeñas y redondas gafas negras, pero no recordaba su nombre. En cambio, él le dijo inmediatamente:

-Felices fiestas, Nora.

-Igualmente -contestó ella, esbozando una rápida y cordial sonrisa.

Algo malo le había ocurrido a su mujer, o había muerto de alguna enfermedad o se había fugado con un hombre más joven. Creía recordar que se habían conocido años atrás en un baile de etiqueta. Más tarde le habían hablado de su mujer.

¿Cómo se llamaba? A lo mejor, trabajaba en la universidad. Iba muy bien vestido, con un cardigan bajo una elegante trinchera.

-¿Por qué andas corriendo por ahí? -le preguntó él. Llevaba un cesto sin nada dentro.

-Cosas de última hora. ¿Y tú?

Nora tuvo la sensación de que no estaba haciendo nada en absoluto, de que había salido a mezclarse con las hordas simplemente por hacer algo, pues seguramente estaba solo.

¿Qué demonios le habría ocurrido a su mujer?

No llevaba ninguna alianza matrimonial a la vista.

-Comprando unas cuantas cosillas. Mañana vais a celebrar la gran comida, ¿verdad? -preguntó él, contemplando un bote de mantequilla de cacahuete.

-En realidad, será esta noche.

Nuestra hija viene de Suramérica y estamos improvisando una fiestecita.

-¿Blair?

-Sí.

¡Conocía a Blair!

Arrojándose al vacío, Nora le preguntó sin pensárselo:

-¿Por qué no te pasas por casa?

-¿Lo dices en serio?

-Pues claro, será un constante ir y venir. Montones de gente y montones de comida.

Pensó en la trucha ahumada y le entraron ganas de vomitar. Estaba segura de que recordaría su nombre en cualquier momento.

-¿A qué hora? -preguntó él, visiblemente complacido.

-Cuanto antes, mejor, sobre las seis y media.

Él consultó su reloj.

-Faltan menos de dos horas.

¡Dos horas! Nora llevaba reloj, pero, dicha por otra persona, la hora le sonaba horrible. ¡Dos horas!

-Bueno, tengo que darme prisa -dijo.

-Estáis en Hemlock -dijo él.

-Sí. Catorce-setenta y ocho.

Pero ¿quién era aquel hombre?

Se retiró precipitadamente, casi rezando para que su nombre le viniera a la memoria como por arte de ensalmo. Encontró el caramelo, la crema de malvavisco y las bases para la empanada.

En la caja rápida -diez artículos como máximo- había una cola que llegaba hasta la sección de congelados. Nora se incorporó a la misma sin apenas ver a la cajera, negándose a consultar el reloj y al borde de un total y absoluto derrumbamiento.

17

Esperó todo lo que pudo, a pesar de que no tenía ni un segundo que perder. A las cinco y media se haría rápidamente de noche y, en medio de todo el ajetreo del momento, a Luther se le había ocurrido la insensata idea de colocar al bueno de Frosty al amparo de la oscuridad. No daría resultado

y él lo sabía, pero el pensamiento racional no era fácil de atrapar y conservar. Dedicó unos momentos a planear el proyecto. El ataque por la parte de atrás de la casa era obligado; por nada del mundo permitiría que Walt Scheel o Vic Frohmeyer o cualquier otro lo viera en acción.

Consiguió sacar a Frosty del desván sin que ninguno de los dos resultara lesionado, pero, cuando finalmente llegó al patio con él, ya estaba soltando una sarta de maldiciones. Sacó la escalera de mano del cobertizo de herramientas del patio de atrás. Hasta aquel momento, nadie le había visto o, por lo menos, no lo creía.

El tejado estaba un poco resbaladizo a causa de alguna que otra placa de hielo. Y allí arriba hacía mucho más frío. Con una cuerda de nylon de algo menos de un centímetro de grosor atada alrededor de la cintura, Luther se encaramó como un gato muerto de miedo por las tejas de asfalto hasta llegar a la cumbre. Se asomó por encima del borde del tejado y miró hacia la calle: los Scheel estaban allí abajo, directamente delante de él.

Pasó la cuerda alrededor de la chimenea y después retrocedió poco a poco hasta que tocó una placa de hielo y resbaló unos sesenta centímetros. Se recuperó del susto, hizo una pausa y dejó que su corazón empezara a funcionar de nuevo con normalidad. Miró hacia abajo, aterrorizado. En caso de que desgraciadamente cayera, el vuelo de su caída libre sería muy breve y, al término del mismo, se estrellaría sobre el duro ladrillo entre los muebles metálicos del patio. La muerte no sería instantánea, de eso ni hablar. Tendría que padecer y, en caso de que no muriera, se le rompería el cuello o puede que sufriera lesiones cerebrales.

Pero qué absolutamente ridículo era todo aquello. Un hombre de cincuenta y cuatro años jugando de aquella manera.

Lo más tremendamente difícil de todo sería volver a situarse en la escalera de mano desde arriba, cosa que consiguió hacer clavando las uñas de los dedos en las tejas de asfalto mientras dejaba colgando un pie y después el otro en el aire. Una vez de nuevo en el suelo, respiró hondo y se felicitó por haber sobrevivido al primer viaje de ida y vuelta al tejado.

Frosty constaba de cuatro piezas: una ancha base redonda, una bola de nieve, el tronco con un brazo saludando y el otro en la cadera y la cabeza con el sonriente rostro y la chistera negra. Luther soltó un gruñido mientras montaba el maldito muñeco, encajando cada una de las piezas de madera en la otra. Enroscó la bombilla en el centro, enchufó el cable de veinticuatro metros, rodeó la cintura de Frosty con la cuerda de nailon y lo colocó en la posición más apropiada para el ascenso.

Eran las cinco menos cuarto.

Su hija y su flamante novio aterrizarían en cuestión de una hora y cuarto. El recorrido hasta el aeropuerto les llevaría veinte minutos, más el tiempo que tardaran en aparcar, ir de acá para allá, caminar, empujar y abrirse paso a codazos.

Luther experimentó el impulso de darse por vencido y ponerse a beber. Pero tiró fuertemente de la cuerda que rodeaba la chimenea y Frosty empezó a subir. Luther subió con él por la escalera de mano, lo pasó por encima del canalón y lo colocó sobre las tejas de asfalto. Luther tiraba y Frosty se movía un poquito. Sólo eran veinte kilos de plástico duro, pero no tardaron en re-

sultarle mucho más pesados. Poco a poco fueron avanzando el uno al lado del otro, Luther a gatas y Frosty de espaldas.

La oscuridad no se insinuaba por ninguna parte, los cielos no le prestaban la menor ayuda. En cuanto el pequeño equipo llegara a la cima, Luther quedaría a la vista.

Se vería obligado a levantarse para colocar su muñeco de nieve y asegurarlo en la parte anterior de la chimenea y, en cuanto estuviera en su sitio y se encendieran los doscientos vatios, el bueno de Frosty se uniría a sus cuarenta y un compañeros y todo Hemlock sabría que Luther se había rendido. Por consiguiente, hizo una breve pausa justo por debajo de la cumbrera y procuró convencerse de que le importaba un bledo lo que pensaran o dijeran sus vecinos. Agarró la cuerda que sujetaba a Frosty, se tumbó boca arriba, contempló las nubes de arriba y se percató de que estaba sudando y muerto de frío. Se burlarían, se reirían y se pasarían años contando la historia de la Navidad que Luther se había querido saltar, y él sería objeto de toda suerte de chistes; pero ¿de veras le importaba?

Blair sería feliz. Enrique vería unas auténticas Navidades norteamericanas. Y esperaba que Nora se calmara.

Después pensó en el 'Island Princess' que zarparía al día siguiente de Miami con dos pasajeros menos, rumbo a las playas y las islas con las que él había estado soñando.

Sintió el impulso de vomitar.

Walt Scheel se encontraba en la cocina, donde Bev estaba terminando de preparar una tarta; siguiendo la costumbre recién adquirida, se acercó a la ventana para observar la casa de los Krank. Al principio, nada, después se quedó petrificado. Asomando por encima del tejado junto a la chimenea estaba Luther; a continuación, Walt distinguió la negra chistera de Frosty y, después, su rostro.

-¡Bev! -gritó.

Luther se puso de pie, miró rápidamente a su alrededor como si fuera un ladrón, se agarró a la chimenea y empezó a tirar de Frosty.

-Estás de guasa -dijo Bev, secándose las manos con un paño de cocina.

Walt se reía tanto que no podía ni hablar. Tomó el teléfono para llamar a Frohmeyer.

Cuando Frosty estuvo completamente a la vista, Luther lo empujó cuidadosamente para situarlo en la parte anterior de la chimenea, donde él quería que estuviera. Su intención era mantenerlo allí un momento mientras le rodeaba la gruesa cintura con una cinta de lona de cinco centímetros de anchura y lo ataba fuertemente alrededor de la chimenea. Exactamente igual que el año anterior. En aquella ocasión, todo le había salido muy bien. Vic Frohmeyer bajó corriendo al sótano, donde sus hijos estaban viendo una película navideña.

-El señor Krank está colocando su Frosty. Id a verlo, pero no bajéis de la acera.

El sótano se quedó vacío.

En la parte anterior del tejado había una placa de hielo a escasos centímetros de la chimenea, prácticamente invisible para Luther.

Cuando Frosty ya se encontraba en su sitio pero aún no estaba atado y mientras Luther trataba de retirar la cuerda de nailon, estirar el cable eléctrico y colocar la cinta de lona alrededor de la chimenea, y justo en el momento en que estaba a punto de efectuar el movimiento tal vez más peligroso de toda la operación, oyó unas voces abajo. Y, cuando se volvió para ver quién estaba mirando, pisó inadvertidamente la placa de hielo justo por debajo de la cumbrera y, de repente, todo se cayó.

Frosty se ladeó y desapareció resbalando hacia la parte anterior del tejado sin que nada se lo impidiera, ni cuerdas ni cables ni cintas ni nada. Luther se encontraba directamente a su espalda, pero, por suerte, había conseguido enredarse con todo. Resbalando de cabeza por el inclinado tejado y gritando con tal fuerza que hasta Walt y Bev lo oyeron desde el interior de su casa, Luther se estaba deslizando tan rápidamente como un alud hacia una muerte segura. Más tarde evocaría con toda claridad la caída, aunque, como es natural, sólo lo reconocería en su fuero interno. Evidentemente, había más hielo en la parte anterior del tejado que en la posterior y, en cuanto lo encontró, se sintió como un 'puck' de 'hockey'. Recordaba muy bien haber salido volando de cabeza desde el tejado hacia el camino de hormigón que lo esperaba abajo. Y recordaba haber oído, pero no visto, a Frosty estrellarse cerca de allí. Después el agudo dolor en el momento en que se frenó la caída, un dolor alrededor de los tobillos cuando la cuerda y la extensión se tensaron bruscamente y sacudieron su pobre cuerpo como si fuera un látigo de cuero, salvándole con ello la vida. El hecho de ver a Luther precipitarse de cabeza desde el tejado aparentemente en persecución de su saltarín Frosty fue más de lo que Walt Scheel podía soportar. Se partió tanto de risa que hasta dobló la cintura. Bev estaba contemplando la escena, horrorizada.

-¡Cállate, Walt! -le gritó-.

¡Haz algo! -añadió mientras Luther permanecía colgado, dando vueltas boca abajo, muy por encima del hormigón del camino de la entrada, con los pies a escasa distancia del canalón del tejado.

Luther colgaba y giraba impotente por encima del camino de la entrada de su casa. Tras dar varias vueltas, la cuerda y el cable eléctrico quedaron fuertemente trenzados y Luther dejó de girar.

Estaba mareado y cerró un segundo los ojos. ¿Cómo vomita uno cuando está boca abajo?

Walt marcó el nueve uno uno por segunda vez aquella tarde. Informó de que un hombre había resultado lesionado y cabía la posibilidad de que muriera, allí, en Hemlock, por consiguiente, que enviaran de inmediato un equipo de salvamento. Después salió corriendo de su casa y cruzó la calle, donde los hijos de Frohmeyer se estaban congregando bajo el cuerpo de Luther. Vic Frohmeyer ya se estaba acercando a toda prisa desde dos casas más abajo, y todo el clan de los Becker de la puerta de al lado estaba saliendo de su casa.

-Pobre Frosty -le oyó decir Luther a uno de los niños.

Pobre Frosty, un cuerno, hubiera querido replicar.

La cuerda de nailon se estaba hundiendo en la carne de sus tobillos. Temía moverse porque le daba la sensación de que la cuerda había cedido un poco. Se encontraba todavía a dos metros y medio del suelo y una caída

sería desastrosa. Boca abajo, Luther trató de respirar y de serenarse. Oyó al bocazas de Frohmeyer. ¿Alguien podría hacerme el favor de pegarme un tiro?

-Luther, ¿cómo estás? -preguntó Frohmeyer.

-Estupendamente bien, Vic, gracias, ¿y tú?

Luther empezó a girar otra vez muy despacio por efecto del viento y no tardó en quedar situado de cara a la calle donde estaban sus vecinos, las personas a las que menos le apetecía ver.

-Traed una escalera de mano -dijo alguien.

-¿Eso que tiene alrededor de los tobillos es un cable eléctrico?

-preguntó otro.

-¿Dónde está fijada la cuerda?

-preguntó otro.

Todas las voces le eran conocidas, pero no podía identificarlas.

-He llamado al nueve uno uno -oyó que decía Walt Scheeel.

-Gracias, Walt -dijo levantando la voz hacia el grupo de gente.

Pero su cuerpo estaba volviendo a girar hacia la casa.

-Creo que Frosty ha muerto -le dijo en voz baja un adolescente a otro.

Colgado allí, a la espera de la muerte, a la espera de que la cuerda cediera por completo y lo dejara estrellarse allí abajo, Luther aborreció la Navidad con renovada pasión. Fíjate lo que le estaba haciendo la Navidad. Todo por culpa de la Navidad.

Y aborreció a sus vecinos, a todos, los jóvenes y los mayores. Ahora se habían congregado por docenas en el camino de entrada de su casa, los estaba oyendo acercarse y, mientras giraba lentamente, los vio correr calle abajo para contemplar el espectáculo.

La cuerda y el cable crujieron por encima de él, después cedieron y Luther cayó otros quince centímetros más antes de volver a detenerse con otra fuerte sacudida. La gente emitió un jadeo y algunos debieron de experimentar el deseo de vitorearle.

Frohmeyer estaba dando órdenes como si estuviera acostumbrado a manejar a diario situaciones como aquélla. Llegaron dos escaleras de mano y las colocaron una a cada lado de Luther. Ned Becker anunció a gritos desde el patio de atrás que había encontrado lo que sujetaba el cable eléctrico y la cuerda de nailon. En su experta opinión, no resistiría mucho más.

-¿Enchufaste la extensión?

-preguntó Frohmeyer.

-No -contestó Luther.

-Te vamos a bajar, ¿de acuerdo?

-Sí, por favor.

Frohmeyer empezó a subir por una de las escaleras y Ned Becker por la otra. Luther vio que abajo estaban Swade Kerr, Ralph Brixley y Judd Galdy, y algunos de los chicos mayores de la calle.

Mi vida está en sus manos, se dijo, cerrando los ojos. Pesaba ochenta y siete kilos, había adelgazado cinco para el crucero y estaba muy preocupado, pues no sabía muy bien cómo pensaban desenredarlo y bajarlo después hasta el suelo. Sus salvadores eran hombres de mediana edad que sólo sudaban

en los campos de golf. No eran precisamente levantadores de peso. Swade Kerr era un enclenque vegetariano que a duras penas tenía fuerza para tomar el periódico, y justo en aquel momento se encontraba situado debajo de él para ayudar a bajarlo al suelo.

-¿Qué plan tenéis, Vic? -preguntó Luther.

Le costaba hablar con los pies directamente arriba. La gravedad estaba haciendo que toda la sangre se le concentrara en la cabeza, la cual le estaba pulsando fuertemente.

Vic titubeó. La verdad era que no tenían ningún plan. Lo que Luther no podía ver era que un grupo de hombres se había situado directamente debajo de él previendo una posible caída. Pero sí pudo oír dos cosas.

Primero, que alguien decía:

-¡Ahí viene Nora!

Después oyó unas sirenas.

18

La muchedumbre abrió un camino para que pasara la ambulancia. Ésta se detuvo a tres metros de las escaleras de mano, del hombre que colgaba boca abajo y de sus presuntos salvadores. Dos auxiliares sanitarios y un bombero descendieron del vehículo, retiraron las escaleras, empujaron hacia atrás a Frohmeyer y sus huestes y, después, uno de ellos se puso al volante para situar cuidadosamente la ambulancia debajo de Luther.

-Luther, ¿qué estás haciendo ahí arriba? -preguntó Nora a gritos, abriéndose paso entre la gente.

-¿Y a ti qué te parece? -le replicó él también a gritos, mientras la cabeza le pulsaba cada vez más fuerte.

-¿Cómo te encuentras?

-Divinamente.

Los auxiliares sanitarios y el bombero se encaramaron a la cubierta del motor de la ambulancia, levantaron rápidamente a Luther unos cuantos centímetros, desenredaron la cuerda y el cable eléctrico y lo fueron bajando poco a poco. Algunos aplaudieron, pero la mayoría de la gente permaneció indiferente. Los auxiliares sanitarios comprobaron sus constantes vitales, después lo bajaron al suelo y lo trasladaron a la parte posterior de la ambulancia, cuyas portezuelas estaban abiertas. Luther se notaba los pies entumecidos y no podía sostenerse en pie. Al ver que temblaba, un auxiliar sanitario lo cubrió con dos mantas de color anaranjado. Mientras permanecía sentado en la parte posterior de la ambulancia y miraba hacia la calle, tratando de no prestar atención a todos los mirones que sin duda se alegraban de su humillación, la única sensación que pudo experimentar fue de alivio. Su deslizamiento de cabeza por el tejado había sido muy breve, pero aterrador.

Tenía suerte de estar consciente en aquellos momentos. Que miren. Que miren como unos imbéciles. Estaba demasiado dolorido como para que eso le importara.

Nora se acercó para echarle un vistazo. Reconoció al bombero Kendall y al auxiliar sanitario Kistler, los amables jóvenes que habían pasado por allí

un par de semanas atrás vendiendo tartas de fruta para su habitual obra benéfica de todas las Navidades. Les dio las gracias por rescatar a su marido.

-¿Quiere que lo llevemos al hospital? -preguntó Kendall.

-Por simple precaución -explicó Kistler.

-No, gracias -contestó Luther, sintiendo que le castañeteaban los dientes-. No me he roto nada.

Pero, en aquellos momentos, le parecía que lo tenía todo roto. Llegó un vehículo de la policía y aparcó en la calle, con las luces todavía destellando, claro. Treen y Salino bajaron y se abrieron paso contoneándose entre la gente para echar un vistazo a la situación.

Frohmeyer, Becker, Kerr, Scheel, Brixley, Kropp, Galdy, Bellington, todos se congregaron alrededor de Luther y Nora. Spike se encontraba también con ellos. Mientras Luther permanecía sentado allí, lamiéndose las heridas y respondiendo a las estúpidas preguntas de los chicos de uniforme, prácticamente todos los vecinos de Hemlock se apretujaron en torno a ellos para contemplar mejor la escena.

Cuando captó la esencia de lo ocurrido, Salino dijo, levantando un poco la voz:

-¿Frosty? Yo creía que este año se iban a saltar ustedes la Navidad, señor Krank. Primero, pide prestado un árbol. Y ahora, esto.

-¿Qué es lo que pasa, Luther? -preguntó Frohmeyer a voz en grito.

Era una pregunta pública. La respuesta tenía que ser para todos. Luther miró a Nora y comprendió que ésta no iba a decir ni una sola palabra. Las explicaciones le correspondían a él.

-Que Blair vuelve a casa por Navidad -soltó él de repente, frotándose el tobillo izquierdo.

-Blair vuelve a casa por Navidad -repitió Frohmeyer en voz alta, y la noticia se propagó como un reguero de pólvora a través de la muchedumbre. Cualquier cosa que opinaran acerca de Luther en aquellos momentos, los vecinos adoraban a Blair. La habían visto crecer e ir a la universidad y regresar todos los veranos a casa. Había hecho de canguro de casi todos los chicos más jóvenes de Hemlock.

Y, siendo hija única, había tratado a los otros niños como si fueran de la familia.

Era como la hermana mayor de todos.

-Y viene con su novio -añadió Luther, lo cual también se propagó rápidamente entre la gente.

-¿Quién es Blair? -preguntó Salino, como si fuera un investigador de la Brigada de Investigación Criminal en busca de pistas.

-Es mi hija -le explicó Luther al uniformado-. Se fue hace un mes al Perú con el Cuerpo de Paz, no tenía que regresar a casa hasta dentro de un año, o eso creíamos nosotros. Hoy llamó a eso del mediodía. Está en Miami, nos da la sorpresa de regresar a casa por Navidad, y trae a su novio, un médico que acaba de conocer allí abajo.

Nora se había acercado un poco más a él y ahora lo estaba sujetando por el codo.

-Y espera ver un árbol de Navidad, ¿verdad? -preguntó Frohmeyer.

-Sí.

-Y un Frosty.

-Claro.

-¿Y la fiesta anual de Nochebuena de los Krank?

-Eso también.

La gente se acercó un poco más mientras Frohmeyer analizaba la situación.

-¿A qué hora tiene que llegar aquí? -preguntó éste.

-El avión toma tierra a las seis.

-¡A las seis!

Cien personas consultaron sus relojes. Luther se frotó el otro tobillo. Ahora experimentaba una sensación de hormigueo en los pies, lo cual era una buena señal. La sangre le estaba volviendo a circular allí.

Vic Frohmeyer dio un paso atrás y contempló los rostros de sus vecinos.

Carraspeó, levantó la barbilla y empezó:

-Bueno, amigos, éste es el plan del juego. Vamos a celebrar una fiesta en casa de los Krank, una fiesta de bienvenida a casa por Navidad en honor de Blair. Los que podáis, dejad lo que estáis haciendo y echad una mano. Nora, ¿tienes un pavo?

-No -contestó ella humildemente-. Trucha ahumada.

-¿Trucha ahumada?

-Es lo único que he podido encontrar.

Varias de las mujeres preguntaron en susurros:

-¿Trucha ahumada?

-¿Quién tiene un pavo? -preguntó Vic Frohmeyer.

-Nosotros tenemos dos -dijo Jude Becker-. Están los dos en el horno.

-Estupendo -dijo Frohmeyer-.

Cliff, tú ve con un equipo a casa de Brixley y toma su Frosty. Toma también unas cuantas lucecitas para colocarlas en los setos de boj de Luther. Que todo el mundo vuelva a casa, se cambie de ropa, tome toda la comida sobrante que pueda y vuelva aquí para reunirnos todos dentro de una hora. Ustedes vayan al aeropuerto -añadió, dirigiéndose a Salino y Treen.

-¿Para qué? -preguntó Salino.

-Blair necesita que la acompañen a casa.

-No sé si podemos hacerlo.

-¿Quieren que llame al jefe?

Treen y Salino se encaminaron hacia su automóvil. Los vecinos empezaron a dispersarse, tras haber recibido instrucciones de Frohmeyer. Nora y Luther los vieron alejarse rápidamente Hemlock arriba y Hemlock abajo, todos ellos con un objetivo que cumplir.

Nora miró a Luther con lágrimas en los ojos y Luther también sintió el impulso de echarse a llorar. Tenía los tobillos en carne viva.

-¿Cuántos invitados asistirán a la fiesta? -preguntó Frohmeyer.

-Pues no sé -contestó Nora, contemplando la desierta calle.

-No tantos como tú piensas -le dijo Luther-. Los Underwood han llamado para excusarse. Y Dox también.

-El padre Zabriskie también -dijo Nora.

-¿No será Mitch Underwood?

-preguntó Frohmeyer.

-Pues sí, pero no vendrá.

«Qué fiesta tan esmirriada», pensó Frohmeyer.

-Bueno pues, ¿cuántos invitados necesitáis?

-Todo el mundo está invitado -dijo Luther-. Toda la calle.

-Sí, toda la calle -añadió Nora.

Frohmeyer miró a Kistler y le preguntó:

-¿Cuántos hay en la comisaría esta noche?

-Ocho.

-¿Podrían asistir también los auxiliares sanitarios y los bomberos? -le preguntó Vic a Nora.

-Sí, todos están invitados -contestó ella.

-Y la policía también -añadió Luther.

-Será mucha gente.

-Cuanta más gente, mejor, ¿verdad, Luther? -dijo Nora.

Luther se arrebujó en las mantas diciendo:

-Sí, a Blair le encantará que haya mucha gente.

-¿Qué tal unos cantores de villancicos? -preguntó Frohmeyer.

-Sería bonito -dijo Nora.

Ayudaron a Luther a entrar en la casa y, cuando llegaron a la cocina, éste ya podía caminar sin ayuda, aunque con una acusada cojera. Kendall le prestó un bastón de plástico que él juró no utilizar jamás.

En cuanto se quedaron solos en el estudio con el árbol de Trogdon, Luther y Nora compartieron unos breves momentos de tranquilidad a la vera del fuego. Hablaron de Blair. Trataron en vano de analizar la perspectiva de un novio, después un marido y después un yerno. Luther estaba preocupado por el grado de oscuridad del color de la piel de Enrique, pero no dijo nada. Estaba sufriendo una humillación y no podía mostrarse arrogante.

La unidad de sus vecinos los había conmovido profundamente. Nadie había hecho el menor comentario acerca del crucero.

Nora consultó su reloj y dijo que tenía que prepararse.

-Ojalá hubiera tenido una cámara -dijo mientras se retiraba-.

Tú colgado boca abajo allá arriba con media ciudad contemplando el espectáculo.

Y no paró de reírse hasta que llegó al dormitorio.

19

Blair se molestó un poco al ver que sus padres no la estaban esperando en la puerta de llegadas.

Cierto que los había avisado muy tarde y que en el aeropuerto había mucha gente y debían de estar muy ocupados con la fiesta, pero, a fin de cuentas, regresaba a casa con su elegido. Sin embargo, no dijo nada mientras ella y Enrique cruzaban rápidamente el vestíbulo tomados del brazo, serpeando hábilmente entre la gente, pegados por las caderas y mirándose tan sólo el uno al otro. Tampoco había nadie esperándolos en la zona de recogida de equipajes. Sin embargo, mientras arrastraban sus maletas hacia la salida, Blair vio a dos agentes de la policía con un letrero escrito a mano que decía: «Blair y Enrique.« Habían escrito mal el nombre de Enrique, ¿pero eso qué más daba en aquel momento? Blair los llamó y ambos entraron en acción, tomando las maletas y acompañándolos a través de la masa de gente. El oficial Salino explicó mientras salían que el jefe había enviado una escolta policial para Blair y Enrique. ¡Bienvenidos a casa!

-La fiesta está esperando -añadió mientras ellos introducían sus efectos personales en el maletero de un vehículo de la policía mal aparcado junto al bordillo, delante de los taxis. Un segundo automóvil de la policía estaba aparcado delante del primero.

Como suramericano que era, Enrique no estaba demasiado por la labor de subir voluntariamente a la parte de atrás de un vehículo policial. Miró nervioso a su alrededor y contempló el enorme gentío, los taxis y autobuses que circulaban en caravana, la gente que gritaba y los guardias que tocaban sus silbatos. Cruzó por su mente la idea de dar media vuelta, pero entonces sus ojos se posaron en el bello rostro de la muchacha a la que amaba.

-Vamos -dijo ella y ambos subieron al vehículo.

La hubiera seguido adondequiera que fuera. Con las luces centelleando, ambos automóviles salieron disparados, obligando a los demás vehículos a pegarse a los bordillos de las calles.

-¿Esto es lo que suele ocurrir siempre? -preguntó Enrique en un susurro.

-Jamás -contestó Blair.

Pero qué detalle tan simpático, pensó.

El oficial Treen conducía a toda velocidad. El oficial Salino sonreía al recordar la imagen de Luther Krank colgado boca abajo en presencia de todos los vecinos. Pero no pensaba decir ni una sola palabra. Blair jamás se enteraría de la verdad, según las órdenes impartidas por Vic Frohmeyer, el cual había conseguido hablar finalmente con el alcalde y también se había puesto en contacto con el jefe de la policía.

Cuando llegaron a la zona residencial, el tráfico disminuyó y empezó a caer una ligera nevada.

-Una pregunta, si no le importa -dijo Salino, volviendo la cabeza-. ¿Nieva allí abajo, en Perú?

-En las montañas, sí -contestó Enrique-. Pero yo vivo en Lima, la capital.

-Un primo mío fue a México una vez -añadió Salino, pero lo dejó correr, pues no tenía nada más que añadir.

El primo había estado a punto de morir, etc., pero Salino decidió prudentemente no adentrarse en historias de horror del Tercer Mundo. Blair es-

taba firmemente dispuesta a proteger a su novio y su país, por lo que intervino rápidamente diciendo:

-¿Ya ha nevado? Es un poco pronto.

El tema del tiempo era el más socorrido.

-La semana pasada tuvimos una capa de cinco centímetros, ¿verdad?

-dijo Salino mirando a Treen, el cual conducía sujetando con tal fuerza el volante que los nudillos se le habían quedado blancos en su afán de no separarse más de un metro y medio del vehículo policial que los precedía.

-Fueron diez centímetros -dijo Treen con autoridad.

-No, hombre, fueron cinco -replicó Salino.

-Diez -repitió Treen meneando la cabeza, lo cual irritó a Salino.

Al final, acordaron que la capa había sido de ocho centímetros mientras Blair y Enrique permanecían acurrucados en el asiento de atrás, contemplando las hileras de casas impecablemente adornadas.

-Ya estamos llegando -dijo ella en un susurro-. Ésta es Stanton, Hemlock es la siguiente.

Spike fue el vigía. Bastó con que encendiera un par de veces la luz verde de su linterna de señales de explorador para que el escenario estuviera listo. Luther entró cojeando en el cuarto de baño, donde Nora daba los últimos toques a su maquillaje.

Se había pasado veinte minutos probando desesperadamente todo lo que había podido encontrar: bases de maquillaje, polvos, toques de color. Su piel maravillosamente bronceada estaba escondida del cuello para abajo y ella tenía el firme propósito de aclararse la cara al precio que fuera. Pero no lo conseguía.

-Ahora estás demacrada -le dijo Luther con toda sinceridad.

Los polvos volaban alrededor de su cabeza.

Luther tenía el cuerpo demasiado dolorido como para preocuparse por su bronceado. Siguiendo el consejo de Nora, se había vestido de negro: un cardigan negro sobre un jersey negro de cuello cisne y unos pantalones gris oscuro. Cuanto más oscura fuera su ropa, más pálida parecería su piel, a juicio de Nora. El cardigan sólo se lo había puesto una vez y, por suerte, se lo había regalado Blair por su cumpleaños. El jersey de cuello cisne jamás se lo había puesto y ni él ni Nora recordaban su procedencia.

Se sentía algo así como un lugarteniente de la mafia.

-Déjalo ya -le dijo él mientras ella iba desechando frascos y lo miraba como si estuviera a punto de arrojarle uno a él.

-No quiero -replicó Nora-.

Blair no sabrá nada del crucero, ¿lo entiendes, Luther?

-Pues no le hables del crucero. Dile que el médico te ha recomendado que te broncees para asimilar mejor... hummm... ¿qué vitamina es?

-La D, pero a través del sol natural, no del artificial. Otra idea estúpida, Luther.

-Dile que hemos tenido un tiempo insólitamente bueno y que nos hemos pasado mucho rato al aire libre trabajando en los parterres de flores.

-Eso es una mentira que tú te inventas y no dará resultado. No está ciega.

Echará un vistazo a los parterres de flores y verá que llevamos meses sin tocarlos.

-Vaya.

-¿Se te ocurre alguna otra idea brillante?

-¿Y si decimos que nos estamos preparando para tomarnos un respiro en primavera? Y nos hemos sometido a unas sesiones de bronceado.

-Muy gracioso.

-Espera, ya lo tengo. Puesto que se va a casar con un peruano, hemos decidido ponernos un poco más morenos para estar a tono. ¿Qué te parece? En la fotografía de la boda no quedaría bonito que estuviéramos tan pálidos, ¿no crees? Nora pasó por su lado enfurecida, dejando en pos de sí una estela de polvos. Luther estaba bajando por el pasillo con la ayuda de su nuevo bastón de plástico para reunirse con la gente que se había congregado en su salón cuando oyó que alguien gritaba:

-Ya están aquí.

Debido a un defecto de la cinta de lona, Ralph Brixley estaba sujetando manualmente su Frosty delante de la chimenea del tejado de Luther en medio de la nieve y el frío cuando vio las luces verdes destellando desde el final de la calle.

-Ya vienen -gritó hacia el patio de los Krank, donde su ayudante, Judd Bellington, se encontraba junto a la escalera de mano, tratando de arreglar el desperfecto de la cinta.

Ralph contempló con cierto orgullo (y también con cierta irritación, pues allí arriba hacia un frío tremendo y la temperatura seguía bajando) cómo sus vecinos arrimaban todos el hombro para ayudar a uno de los suyos, por más que éste fuera Luther Krank.

Un numeroso coro bajo la trémula dirección de la señora Ellen Mulholland se había reunido junto al camino de la entrada de la casa e inmediatamente empezó a cantar 'Navidad, Navidad'. Linda Galdy tenía un juego de cascabeles que su grupo de acompañantes, precipitadamente reunido, empezó a agitar siguiendo el ritmo del coro. El césped del jardín de la parte anterior de la casa estaba lleno de niños del barrio, todos ellos aguardando la llegada de Blair y su nuevo y misterioso novio.

Cuando los vehículos de la policía aminoraron la velocidad delante de la casa de los Krank, los niños de Hemlock empezaron a lanzar vítores y a saludar a gritos a los recién llegados.

-Dios mío -exclamó Blair-.

Cuánta gente.

Había una bomba contra incendios aparcada delante de la casa de los Becker y una ambulancia de gran tamaño color verde lima delante de la de los Trogdon; las luces de ambos vehículos empezaron a destellar al unísono para dar la bienvenida a Blair. Cuando los automóviles de la policía se detuvieron en el camino de la entrada, el propio Vic Frohmeyer abrió la portezuela posterior.

-¡Felices Navidades, Blair!

-dijo con voz de trueno.

Ésta y Enrique no tardaron en verse rodeados de vecinos en medio del césped del jardín de la casa, mientras el coro seguía cantando a pleno pulmón. Blair presentó a Enrique, el cual parecía un poco perplejo por aquel recibimiento. Ambos se abrieron paso hasta los peldaños de la entrada y entraron en el salón, donde nuevos vítores los saludaron. A petición de Nora, cuatro bomberos y tres agentes de la policía permanecían situados codo con codo delante del árbol, tratando de ocultarlo todo lo posible de la vista de Blair. Luther y Nora esperaban nerviosamente en su dormitorio la reunión privada con su hija y la discreta presentación de Enrique.

-¿Y si no nos gusta? -murmuró Luther, sentado en el borde de la cama, frotándose los tobillos. La fiesta se estaba animando en el pasillo.

-Calla, Luther. Hemos criado a una chica muy lista.

Nora se estaba aplicando una última capa de polvos a las mejillas.

-Pero si acaban de conocerse.

-Un flechazo.

-Eso es imposible.

-Puede que tengas razón. Yo tardé tres años en darme cuenta de tu potencial.

Se abrió la puerta y Blair irrumpió en la estancia. Nora y Luther la miraron primero a ella y después miraron rápidamente más allá para ver cómo era de moreno Enrique.

¡No era moreno en absoluto!

¡Era por lo menos dos tonos más claro que el propio Luther! Ambos abrazaron con fuerza a su hija como si ésta llevara años ausente y después saludaron con un suspiro de alivio a su futuro yerno.

-Tenéis una pinta estupenda -dijo Blair, estudiando a sus padres.

Nora se había puesto un grueso jersey de lana; la primera vez que deseaba parecer más gorda, que ella recordara. Luther parecía un viejo gigoló.

-Hemos vigilado un poco el peso -dijo éste, sin soltar todavía la mano de Enrique.

-Habéis estado tomando el sol -le dijo Blair a su padre.

-Bueno, sí, hemos tenido un tiempo impropio de la estación. La semana pasada nos quemamos un poco bajo el sol trabajando en los parterres de flores.

-Vamos a la fiesta -dijo Nora.

-No podemos hacer esperar a los invitados -añadió Luther, encabezando la marcha.

-¿A que es guapo? -le dijo Blair en voz baja a su madre.

Enrique caminaba un paso por delante de ella.

-Mucho -contestó Nora con orgullo.

-¿Por qué cojea papá?

-Se ha lastimado el pie. Pero no es nada.

El salón estaba abarrotado de gente, una clase de gente un poco distinta, observó Blair, pero no importaba. La mayoría de los habituales no estaba. Pero, en cambio, estaban presentes casi todos los vecinos. Y ella no acertaba a imaginar por qué razón habían sido invitados los policías y los bomberos.

Había algunos regalos para Enrique, que éste desenvolvió en el centro de la estancia. Ned Becker le había regalado una camisa roja de golf, adquirida en un club de campo de la zona. A John Galdy le acababan de regalar un libro de fotografías de posadas campestres de la región. Su mujer lo envolvió de nuevo para regalo y ambos se lo ofrecieron a Enrique, el cual estaba tan conmovido que a duras penas podía reprimir las lágrimas.

Los bomberos le regalaron dos tartas de fruta, a pesar de que él había confesado que no tenían semejantes exquisiteces allí abajo, en Perú. La Asociación Benéfica de la Policía le regaló un calendario.

-Habla el inglés a la perfección -le comentó Nora en voz baja a Blair.

-Mucho mejor que yo -contestó ésta, también en voz baja.

-Creía que me habías dicho que jamás había visitado Estados Unidos.

-Estudió en Londres.

-Ah. -Enrique sumó un punto más. Apuesto, culto, conocedor del extranjero, médico y blanco-. ¿Dónde lo conociste?

-En Lima, durante un cursillo de orientación.

Se oyeron unos vítores cuando Enrique abrió una caja de gran tamaño y sacó una lámpara de lava que le habían regalado los Bellington.

Una vez finalizada la entrega de regalos, Luther anunció:

-Vamos a cenar.

Todos los invitados se encaminaron hacia la cocina, donde la mesa estaba cubierta con las sobras de Hemlock, si bien los manjares se habían colocado y dispuesto de tal forma que todo ofrecía un aire festivo y original. Hasta la trucha ahumada de Nora había sido aderezada por Jessica Brixley, tal vez la mejor chef de la calle.

Los cantores de villancicos estaban helados y cansados de la nieve, a pesar de que no nevaba demasiado. Se enteraron de que estaba a punto de empezar la cena y entraron en la casa en compañía del conjunto de cascabeles de la señora Linda Galdy.

El hombre de la barba pelirroja con quien Nora se había tropezado delante del estante de los botes de mantequilla de cacahuetes del Kroger apareció como llovido del cielo y se comportó como si conociera a todo el mundo, a pesar de que casi nadie le conocía. Nora le dio la bienvenida y lo observó detenidamente hasta que, al final, oyó que se presentaba como Marty no sé qué. A Marty le encantaban las reuniones y rápidamente entró en situación. A la hora del pastel y el helado, acorraló a Enrique y ambos se enzarzaron de inmediato en una animada conversación, nada menos que en español.

-¿Pero quién es ése? -preguntó Luther en voz baja, mientras pasaba cojeando por delante de su mujer.

-Marty -le contestó Nora también en voz baja, como si lo conociera de toda la vida.

Al terminar de comer, todos regresaron al salón, donde la chimenea ya estaba encendida. Los niños cantaron un par de villancicos y después Marty se adelantó con una guitarra. Enrique también se adelantó y explicó que él y su nuevo amigo tendrían el gusto de cantar dos tradicionales villancicos navideños peruanos. Marty rasgueó la guitarra con entusiasmo y el dúo empezó a cantar al unísono. Los oyentes no entendían la letra, pero el mensaje

estaba claro. La Navidad era una época de alegría y de paz en todo el mundo.

-Y, encima, canta muy bien -le comentó Nora, que no cabía en sí de gozo, a Blair.

Entre canción y canción, Marty explicó que había trabajado en el Perú y que los villancicos le hacían recordar con nostalgia aquel país. Enrique tomó la guitarra, tocó unos compases y empezó a cantar suavemente otro villancico. Apoyado contra la repisa de la chimenea, descansando el peso del cuerpo alternativamente en uno y otro pie, Luther esbozaba una valerosa sonrisa a pesar de que se moría de ganas de tumbarse y dormir como un tronco. Contempló los rostros de sus vecinos, todos los cuales estaban escuchando la música arrobados. Estaban todos allí, menos los Trogdon.

Y menos Walt y Bev Scheel.

20

Tras la interpretación de un nuevo villancico extranjero y mientras los invitados aplaudían a rabiar la interpretación del dúo de Marty y Enrique, Luther abandonó con disimulo la cocina y atravesó la oscuridad del cobertizo de los automóviles. Vestido con atuendo de nieve -abrigo, gorro de lana, bufanda, botas y guantes-, avanzó muy despacio con la ayuda del bastón de plástico que se había jurado a sí mismo no utilizar, procurando no hacer una mueca a cada paso que daba a pesar de que tenía ambos tobillos hinchados y en carne viva. En la mano derecha sostenía el bastón y en la izquierda un sobre de gran tamaño. Aunque nevaba muy poco, el suelo ya estaba cubierto con una capa de nieve.

Una vez en la acera, se volvió para contemplar a la gente que abarrotaba su salón. Una casa llena a rebosar. Un árbol cuyo aspecto mejoraba visto de lejos. Y, por encima de todo ello, un Frosty prestado.

Hemlock estaba tranquila a primera hora de la noche. Por suerte, la bomba contra incendios, la ambulancia y los vehículos de la policía ya habían desaparecido. Luther miró hacia el este y hacia el oeste y no vio ni un alma. Casi todos los vecinos estaban en su casa, cantando villancicos y salvándole de una situación que sin duda sería recordada como una de las más curiosas de su vida. La casa de los Scheel estaba profusamente iluminada por fuera pero casi completamente a oscuras por dentro. Gracias al bastón, Luther logró subir lentamente por el camino de la entrada a pesar del dolor que le causaban las cañas de las botas rozando contra las heridas del tobillo. Al llegar al porche, llamó al timbre y volvió a contemplar su casa, situada directamente al otro lado de la calle. Ralph Brixley y Judd Bellington doblaron la esquina, colocando a toda prisa hileras de lucecitas de colores en los setos de boj de Luther.

Éste cerró los ojos un instante, meneó la cabeza y se miró los pies.

Walt Scheel abrió la puerta con un cordial:

-Vaya, felices Navidades, Luther.

-Igualmente -dijo Luther con una sincera sonrisa en los labios.

-Te estás perdiendo tu fiesta.

-Sólo un segundo, Walt.

¿Puedo pasar?

-Pues claro.

Luther entró renqueando en el vestíbulo, donde se detuvo sobre una estera. Sus botas habían acumulado nieve y no quería dejar huellas.

-¿Te quieres quitar el abrigo?

-preguntó Walt.

Algo se estaba cociendo en la cocina y Luther lo consideró una buena señal.

-No, gracias. ¿Cómo está Bev?

-Hoy tiene un buen día, gracias. Pensábamos ir a tu casa para saludar a Blair, pero se puso a nevar. Cuéntame cómo es el novio.

-Es un muchacho muy simpático -contestó Luther.

Bev Scheel entró procedente del comedor, saludó y le felicitó las Navidades a Luther. Lucía un alegre jersey rojo de fiesta y su aspecto era el mismo de siempre, a juicio de Luther. Corrían rumores de que el médico le había dado seis meses de vida.

-Menuda caída has tenido -dijo Walt, sonriendo.

-Hubiera podido ser mucho peor -contestó Luther, haciendo un esfuerzo por reírse de sí mismo como protagonista del chiste. «Mejor no hablar demasiado del tema», pensó.

-Mira -añadió carraspeando-, Blair se quedará diez días aquí y, por consiguiente, no vamos a hacer el crucero. A Nora y a mí nos encantaría que lo aprovecharais vosotros.

Levantó ligeramente el sobre, como si se lo ofreciera. La reacción de los Scheel se produjo con cierto retraso, pues ambos se intercambiaron primero unas miradas y trataron de pensar. Estaban tan sorprendidos que se pasaron un buen rato sin poder hablar.

Entonces Luther siguió adelante.

-El vuelo sale mañana al mediodía. Tendréis que presentaros un poco antes para cambiar los nombres y demás, pero la molestia merecerá la pena. Diez días en el Caribe, playas, islas, todo lo que queráis. Serán unas vacaciones de ensueño.

Walt meneó la cabeza para decir que no, pero muy levemente. A Bev se le habían humedecido los ojos.

Ninguno de los dos pudo articular una sola palabra hasta que Walt consiguió decir:

-No podemos aceptarlo, Luther. No estaría bien.

-No digas bobadas. No suscribí el seguro de viaje; por consiguiente, si vosotros no vais, todo el paquete se perderá.

Bev miró a Walt, que la estaba mirando a ella y, cuando los ojos de ambos se cruzaron, Luther se dio cuenta. Era una locura, pero ¿por qué no?

-No sé si el médico me lo va a permitir -dijo ella con un hilillo de voz.

-Tengo que resolver cuanto antes ese asunto de Lexon -murmuró Walt, rascándose la cabeza.

-Y les prometimos a los Short que acudiríamos a su fiesta de Nochevieja -añadió Bev en tono pensativo.

-Benny dijo que a lo mejor vendría.

Benny era su hijo mayor, que llevaba años sin regresar a su casa.

-¿Y qué hacemos con el gato?

Luther dejó que siguieran buscando pretextos y, cuando se les acabó el repertorio de endebles excusas, dijo:

-Es un regalo que os hacemos, un sincero, cordial y desinteresado regalo de Navidad a dos personas que, en este momento, lo están pasando muy mal porque no consiguen encontrar un pretexto. Aceptadlo sin más.

-Es que no sé si tengo ropa apropiada -dijo ella, como era de esperar.

-No digas tonterías -replicó Walt.

Al ver que su resistencia se estaba derrumbando, Luther decidió rematar la faena y empujó el sobre hacia Walt.

-Está todo aquí dentro, los pasajes de avión, los billetes del crucero, los folletos, todo, incluido el número de teléfono de la agencia de viajes.

-¿Qué vale eso, Luther? Si vamos, lo pagaremos.

-Es un regalo, Walt. No vale nada y no quiero que paguéis nada.

No compliques las cosas.

Walt lo comprendió, pero su orgullo le impedía aceptar.

-Lo tendremos que discutir a la vuelta.

Ya estaba, ya habían ido y vuelto.

-A la vuelta hablaremos de todo lo que quieras.

-¿Y el gato? -preguntó Bev.

Walt se pellizcó la barbilla, pensando.

-Pues sí, eso sí es un problema. Ya es demasiado tarde para llamar a la residencia felina.

Con asombroso sentido de la oportunidad, un impresionante y peludo gato negro se presentó en el recibidor, se restregó contra la pierna derecha de Walt y después miró a Luther.

-No podemos dejarlo aquí sin más -dijo Bev.

-No, no podemos -dijo Walt.

Luther aborrecía los gatos.

-Podríamos preguntarle a Jude Becker si lo puede tener -dijo Bev.

-No os preocupéis. Yo me encargaré de él -dijo Luther, tragando saliva, en la absoluta certeza de que sería Nora quien se encargara de la tarea.

-¿Seguro? -se apresuró a preguntar Walt.

-No te preocupes.

El gato le volvió a echar otro vistazo a Luther y desapareció.

La antipatía era mutua.

Los adioses duraron más que los holas y, cuando abrazó a Bev, Luther temió que ésta se rompiera.

Bajo el grueso jersey, era una mujer tremendamente frágil y debilitada.

-Llamaré a Nora -dijo Bev en un susurro mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas-. Gracias.

Los ojos del duro e imperturbable Walt también estaban humedecidos. Ya en los peldaños de la entrada, mientras estrechaba la mano de Luther por última vez, Walt le dijo:

-Esto significa mucho, Luther. Gracias.

En cuanto los Scheel volvieron a encerrarse en su casa, Luther inició el camino de vuelta a la suya. Libre del peso del abultado sobre, de los caros billetes y de los gruesos folletos, libre de toda la autocomplacencia que todo ello representaba, sus pasos eran ahora un poco más rápidos. Y, rebosante de satisfacción por el hecho de haber hecho un regalo perfecto, Luther echó orgullosamente los hombros hacia atrás y caminó sin apenas cojear.

Al llegar a la calle, se detuvo y volvió la cabeza. La casa de los Scheel, que unos minutos antes estaba tan oscura como una cueva, resplandecía de luz tanto en la planta baja como en el piso de arriba. «Se pasarán toda la noche haciendo las maletas», pensó.

Se abrió una puerta al otro lado de la calle y la familia Galdy salió ruidosamente del salón de los Krank. Las risas y la música se escaparon con ellos y resonaron por todo Hemlock. La fiesta no daba la menor muestra de decaer. De pie en la calle, mientras los copos de nieve se iban posando en su gorro y en el cuello de su abrigo, Luther contempló su casa recién adornada, en cuyo interior se apretujaban todos sus vecinos, y valoró todo lo que tenía. Blair había regresado a casa en compañía de un simpático, apuesto y amable joven que estaba visiblemente loco por ella. Y que, justo en aquel momento, estaba dirigiendo toda la fiesta en colaboración con Marty como se llamara. Él mismo podía considerarse afortunado de estar allí de pie y no tendido apaciblemente sobre una mesa de la funeraria Franklin's o bien confinado en una cama de la UCI del hospital Mercy con tubos por todas partes. Los recuerdos de su vertiginosa caída de cabeza resbalando por el tejado de su casa como una bola de nieve todavía lo horrorizaban. Había tenido mucha suerte, desde luego. Contaba con amigos y vecinos capaces de sacrificar sus planes de Nochebuena con tal de echarle una mano.

Levantó la vista hacia su chimenea, desde donde el Frosty de Brixley lo estaba mirando. Sonriente y mofletudo rostro, chistera, pipa de mazorca de maíz. Entre las ráfagas de nieve, creyó ver un guiño en los ojos del muñeco de nieve. Muerto de hambre como de costumbre, experimentó el repentino impulso de comerse la trucha ahumada. Echó a andar por la nieve. «Me comeré también una tarta de fruta», se juró a sí mismo.

Quizás el año próximo.

FIN